

Col 522
Top. 201.551

61

SUR

SUR

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Viamonte 548

U. T. 31 Retiro 3220

BUENOS AIRES



COMITE DE COLABORACION

JOSE BIANCO

JORGE LUIS BORGES

ENRIQUE BULLRICH

CARLOS ALBERTO ERRO

ALFREDO GONZALEZ GARAÑO

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EDUARDO MALLEA

MARIA ROSA OLIVER

FRANCISCO ROMERO

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto \$ 1.—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina, América y España „ 10.—

(Por semestre \$ 5.—)

Otros países { Año „ 14.—
Semestre „ 7.—

Se reciben suscripciones en la Administración de SUR
Igualmente para todo pedido de librería
dirigirse a:

VIAMONTE 548, BUENOS AIRES

EDICIONES SUR

Emily Brontë

(TERRA INCOGNITA)

por

VICTORIA OCAMPO

Una obra admirable y una vida patética interpretadas con lucidez y fervor.



(\$ 1.— m/n.)

Virginia Woolf,
Orlando y Cía.

por

VICTORIA OCAMPO

El primer estudio completo en nuestro idioma sobre la famosa autora de "Orlando".



(\$ 1.50 m/n.)

SUR publicará en sus próximos números:

"La Paradoja de la Mentira", por Nicolás Berdiaeff.

"San Juan de la Cruz: de la noche oscura a la más clara mística", por María Zambrano.

"A Propósito de Freud", por Patricio Canto.

"Discurso sobre Melibea", por Salvador de Madariaga.

"Evolución y crisis en el arte contemporáneo", por Julio Rinaldini.

"Los sonámbulos", por Alexeï Remizov.

"La antropología filosófica y su problema", por Carlos Astrada.

"Las Siracusanas", de Teócrito. Versión del griego por María Rosa Lida.



E D I C I O N E S S U R

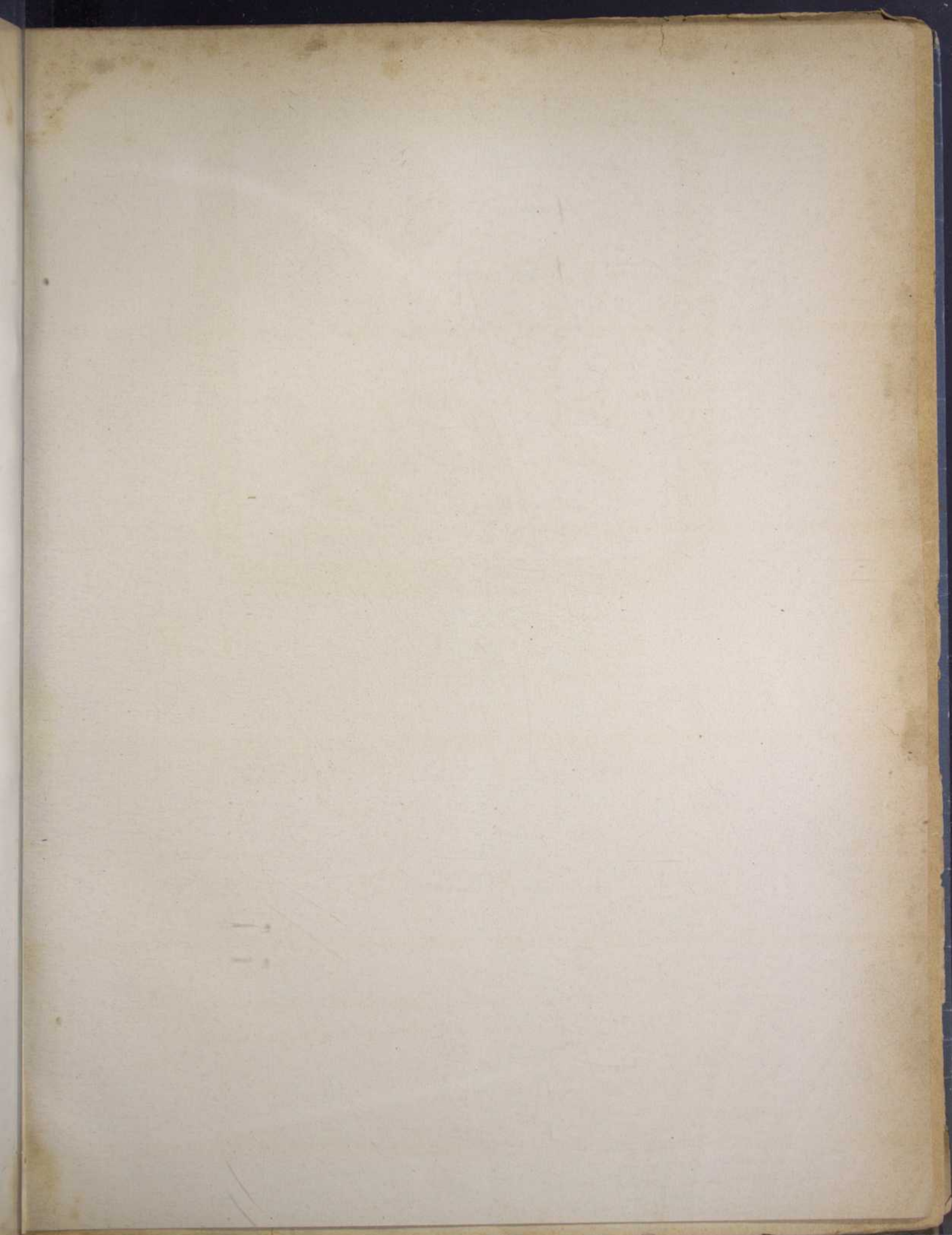
"EL MITO Y EL HOMBRE"

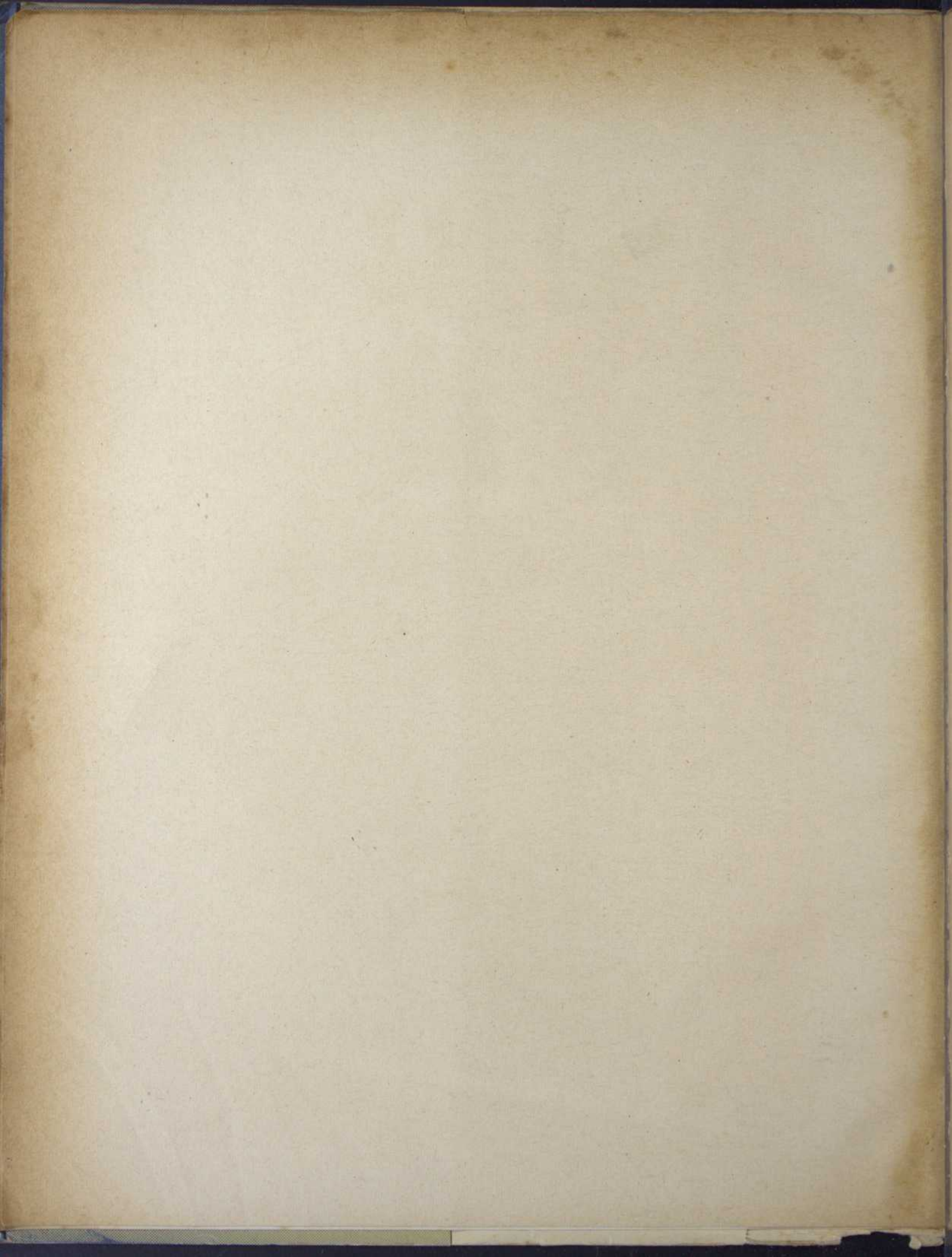
por

ROGER CAILLOIS

Por vez primera se publica en castellano un libro del joven y prestigioso sociólogo francés.

(\$ 2.50 m/n.)





S1CJ.14.4.4

20

BIBLIOTECA NACIONAL

FECHA - 8 SET 1999

COLECC N° 522

Top. 201.551

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

BIBLIOTECA NACIONAL

DONACION DE

DR. HUGO

QUINTANA

FECHA 8 SET 1999

OCTUBRE DE 1939

AÑO IX

BUENOS AIRES

S U M A R I O

L A G U E R R A

V I C T O R I A O C A M P O
VISPERAS DE GUERRA

F R A N C I S C O R O M E R O
LOS LÍMITES DE LA TEORÍA

J O R G E L U I S B O R G E S
ENSAYO DE IMPARCIALIDAD

E D U A R D O G O N Z Á L E Z L A N U Z A
*POSICIÓN DEL ESCRITOR FRENTE A LA
ACTUAL GUERRA EUROPEA*

R A F A E L P I V I D A L
LA BALANZA Y LA ESPADA

E N R I Q U E A N D E R S O N I M B E R T
HITLER CORRE EL AMOK

P A T R I C I O C A N T O
*LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA
EUROPEA*

J E A N C A Z A U X
LA GUERRA EN LAS CONCIENCIAS

A. M. P E T I T J E A N
CONDICIÓN DEL RESERVISTA

R O G E R C A I L L O I S
NATURALEZA DEL HITLERISMO

T U C Í D I D E S
ORACIÓN FÚNEBRE DE LOS ATENIENSES

D O C U M E N T O S

CONTESTACIONES A UNA CARTA DE OZORIO DE ALMEIDA ☆ *Amado Alonso*
☆ *Augusto José Durelli* ☆ *Pedro Henríquez Ureña* ☆ *Eduardo*
Mallea ☆ *Sebastián Soler* ☆ *Luis Emilio Soto.*

V Í S P E R A S D E G U E R R A

A veces, en medio de las más sombrías tragedias mundiales, sale a flote el recuerdo de nuestras pequeñas decepciones, puerilmente egoístas. El hombre está hecho de tal manera que es capaz de sentir el haber perdido una cacería (esas de los week-ends ingleses) o una excursión a Capri (era mi caso), mientras una catástrofe —cuya repercusión se anuncia difícil de aquilatar— amenaza la ciudad en que vive, el país que ama, el continente en que se encuentra ese país, otros continentes quizá, y los mares, y su persona.

Reflexionaba en todo esto a principios del mes de octubre pasado mirando por la ventanilla del tren el campo inglés, húmedo y verde, que salía a mi encuentro. Una semana había transcurrido desde Múnich, desde esos días abrumadores en que habíamos vivido como en una estufa de pesadilla, después de pasar por todos los grados de la incertidumbre y del malestar. Me dirigía hacia Yorkshire, aprovechando un momento de calma —sobre cuya duración no quería hacerme ilusiones— para visitar el Haworth de Emily Brontë. Al desembarcar en Nápoles el 13 de septiembre, un llamado telefónico de Cannes me había arrancado de esa luna de miel en que me sume siempre mi primer contacto con Europa, si he estado separada de ella algún tiempo. El llamado era tan terminante que me obligó a abandonar varios proyectos y la firme deter-

minación de apoderarme, pacíficamente, de Amalfi, de Poestum, del golfo de Tarento, de Sicilia, en fin, de todo el sur de Italia.

Salí para Roma sin detenerme. Apenas me habían permitido gustar el encanto de la vía Marina que ya el problema de los Sudetes comenzaba a hacerme entrever la posibilidad de que otras ciudades ofrecieran en un futuro cercano, sin la ayuda del Vesubio, el mismo aspecto que Pompeya.

En Roma, personas bien informadas me dieron los datos y consejos más contradictorios. Zarandeada entre opiniones y síntomas que se oponían unos a otros, acabé por no tomarlos en cuenta. Aprendí a no alarmarme demasiado si el ministro fulano renunciaba a su week-end en Escocia, y a no tranquilizarme por completo si el ministro zutano se quedaba horas acostado sobre la playa del mar Tirreno. Transformada en fatalista por la fuerza de las circunstancias, fuí a reunirme con unos amigos en Florencia, decidida ya a no hacer depender mis resoluciones del cariz que tomaba el descanso semanal de los gobernantes.

La mañana de mi llegada, la voz de Mussolini trepó hasta mi ventana, mientras abría una valija. Venía de Trieste sin cansancio aparente y se desparramaba como un olor por las calles de la ciudad más conmovedora de Italia. La voz cortaba las frases, cortaba despiadadamente las palabras y clavaba esos fragmentos en centenares de oídos. Este martilleo oratorio era interrumpido de cuando en cuando por una marejada de aclamaciones: "Du-ce, Du-ce, Du-ce". ¿Qué decía esa voz? "Ahora, porque somos fuertes, nos odian. ¡Tanto mejor! Es señal de nuestro poderío. Odiemos a quien nos odia". Era toda una moral y todo un programa.

La voz me perseguía; impregnaba el paisaje entero, desde San Miniato, allá lejos contra el cielo, hasta el Arno, aquí, bajo mi ventana. Periódicamente gritos respondían a preguntas lanzadas. "¿Estáis dispuestos a creer, a obedecer, a combatir?". "Su-bi-to, su-bi-to", contes-

taba el coro con ritmo perfecto, destacando cada sílaba — clamor que se henchía como una ola inmensa y caía luego desde su altura máxima en nuestros oídos. ¡Qué panegírico del odio! Y cuando llegaba la palabra “Mosca” pronunciada despectivamente, ¡qué rechifla!

En el Palazzo Vecchio una admirable exposición de armas antiguas solicitaba la atención de los turistas. Piazza del Duomo, el escaparate de una tienda ofrecía al transeúnte máscaras contra los gases por 50 libras. Las máscaras me parecieron tan absurdamente anacrónicas como los cascos y las corazas. Si me hubieran anunciado que seis días después iba a verme obligada a probarme una en Piccadilly, no lo hubiera creído. Sin embargo así sucedió, y cuando me la ataron a la cabeza descubrí que no sólo era absurdamente anacrónica, sino que esa máscara era también el símbolo de algo sublevante, insensato y monstruoso.

A mi llegada a París, el lunes 26 de septiembre, día del discurso de Hitler, día en que Sir Horace Wilson volaba hacia Berlín llevando una carta de Chamberlain, tuve la sensación que durante mis trece días de Europa había vivido al margen de los acontecimientos gracias a los resultados de la censura totalitaria. La arena, aquí, no era ya la de la playa de Ostia; era la que las porteras resignadas subían desde la vereda hasta el último piso; la que metida en bolsas de arpillera servía de protección a los monumentos.

Cuando desembarqué en Nápoles, me esperaba en el muelle de aquella ciudad un excelente chauffeur italiano, hombre honrado y sin picardía, que se indignó al descubrir que sus compatriotas habían omitido darme la cantidad exacta de nafta que me hicieran pagar. Al llegar al hotel, se quejó al gerente de lo ocurrido. Pero al gerente le sentó mal la queja y oí que le decía en italiano y con violencia: “Usted es un antifascista. ¿Cómo se atreve usted a criticar a sus compatriotas ante extranjeros?”. Estuve a punto de intervenir y de explicarle al gerente que si el fascismo pretendía ser sinónimo de patriotismo, mi nuevo

chauffeur hacía muy bien en denunciar un robo. ¡Pero para qué! No es precisamente el robo (y éste era insignificante) lo que el fascismo parece temer más, sino la revelación del robo, el escándalo... Así puede jactarse un país de no tener nunca "affaires".

En París yo respiraba de nuevo en una ciudad donde es lícito ser veraz, aunque se corra el riesgo del escándalo. Qué alivio poder hablar con cualquiera de cualquier cosa, en cualquier parte, sin miradas recelosas lanzadas hacia los vecinos de mesa, las puertas entreabiertas, los sirvientes; sin ese intolerable miedo del espionaje —base de toda dictadura— que acaba por envilecer no sólo a quien lo ejerce sino también a quien lo padece.

No me detuve en París más que unas pocas horas, que jamás olvidaré. Así miramos la cara de los que queremos cuando nos separamos de ellos; como si fuera posible tomarla con los ojos y guardárnosla en la retina.

El 26 de septiembre a las 11 de la noche llegué a Londres, donde me esperaba mi hermana. Al pasar delante de Green Park vi, con sorpresa, que en el césped estaban cavando refugios contra los bombardeos aéreos. En el cuarto conocido y siempre idéntico del hotel de Halfmoon Street, me llamó la atención ver sobre la mesa en que tiré mi sombrero una especie de prospecto, una hoja impresa cuyo título era el siguiente: "City of Westminster. Air Raid Precautions. Fitting gas masks". En ese papel se me pedía que fuese a probarme y a recoger una máscara contra gases antes del 1º de octubre. Estaba fechado el 23 de septiembre.

Éste fué mi primer contacto carnal con la idea de guerra. Con la idea de guerra hecha carne. Desde aquella noche la guerra no se me aparece ya como una de esas realidades abstractas cuya existencia reconocemos hasta el punto de admitir que puedan convertirse, para nosotros también, en algo concreto, pero que tocamos sólo con la imaginación de

la inteligencia. Había tocado la idea de guerra con la imaginación de la carne. Y cuando el jueves 29 de septiembre el mozo de Simpson, donde yo comía, en pleno centro de Londres, se acercó a decirme fraternalmente (veo todavía su cara de mensajero de buenas nuevas) que los "big four" habían llegado a un acuerdo, yo no recibí el impacto de esa declaración en el entendimiento sólo, sino en la carne. Independientemente de lo que pudo cruzárame por la cabeza, hubo en mí, en ese instante, una sensación que sólo puedo definir llamándola: alivio de la carne. No creo calumniar a mis vecinas, ni aun a mis vecinos, al decir que no era la única en experimentarla. Esa noche no se analizaban las cosas o, por lo menos, el análisis no era minucioso ni exigente. La guerra era una pesadilla para casi todos; nos había rozado y por unos pocos milímetros la veíamos pasar de largo, como un toro bravío. Antes que Chamberlain citara a Shakespeare, las calles de Londres estaban ya embalsamadas por "this flower safety".

Otras flores, sin metáfora, atrajeron mi mirada al día siguiente en Piccadilly y entré a comprarlas. El dueño de la tienda, un inglés vestido de punta en blanco con un clavel en el ojal, vino a hablar conmigo mientras la vendedora elegía mis jazmines del Cabo. La mañana de sol, una noche de sueño sin sobresaltos y el perfume del verano argentino que estaban envolviendo en papel celofán me inclinaban al optimismo. Manifesté mi creencia de que todo se arreglaría finalmente por vía de conciliación. Pero el inglés me contestó que sólo se había aplazado la guerra y que ceder era un error porque nuevas exigencias, de parte de los alemanes, vendrían a plantear nuevos problemas insolubles. Que más hubiera valido no diferir el desenlace, porque no se encontraría nunca un medio de entenderse con el vergonzoso régimen hitlerista.

El hombre aquel hablaba sin odio ninguno, pero con un convencimiento tranquilo, como alguien que ha resuelto la cuestión de una vez para siempre. No le venían a uno ganas de contradecirlo. Mi opti-

mismo matinal se había nublado considerablemente. Comenzaba a preguntarme hasta qué punto esa especie de alivio carnal del que me daba muy bien cuenta (“tu trembles, vieille carcasse”) y la perspectiva de poder circular libremente por esa Tierra Prometida que es Europa — alegría que yo había saboreado de antemano y de la que me sentía ávida— no influían en mí para volverme aceptable la componenda de Múnich. Esos temores involuntarios, esas decepciones vehementes facilitaban la localización exacta de las zonas de mi egoísmo. Lo iba pensando en el tren que me llevaba hacia Haworth en octubre pasado.

Pero esos escrúpulos eran del orden de los que nos asaltan en la adolescencia entre la confesión y la comunión, si cierto número de horas separa los dos sacramentos. Horas en que todos los pensares y sentires que nos vuelven hacia las más inocentes codicias cotidianas —consentidas o no— nos parecían sacrílegos. Horas en que experimentábamos la urgencia de despoblarnos de deseos, de establecer el desierto en el centro de nuestro ser y en que hasta la alegría de ese despojamiento —demasiado severo para que pudiera prolongarse— se volvía sospechoso por no sé qué parentesco con el orgullo.

Sí; después de Berchtesgaden, Godesberg y Múnich interrogábamos nuestra conciencia. ¿Éramos dignos, habíamos verdaderamente merecido ese don inestimable: la paz? ¿No le habíamos sacrificado algo de profundamente más vital, para los pueblos, que el espacio?

Los nuevos leitmotive de Hitler: el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la cuestión de la unidad nacional, la consolidación de la paz europea por ese medio (slogans de los que Denis de Rougemont nos da la clave en su magnífico epílogo al *Diario de Alemania*), todo eso había pasado a primer plano en septiembre de 1938. El lector común (en materia de política y conflictos internacionales) encontraba que el Fuehrer tenía malos modales, modales de gangster, pero pensaba que sin duda esos modales eran propios de los dictadores. Sus reivindicaciones

se parecían demasiado a las amenazas de un arrebatado o de un forajido, pero así y todo eran reivindicaciones.

El viernes 30, cuando los diarios ingleses anunciaron que Mr. Chamberlain había firmado con Herr Hitler una declaración estableciendo que el pueblo alemán y el pueblo inglés se proponían "never to go to war with one another again", el lector común confió de buena fe en la seriedad de esa promesa y creyó poderse regocijar de ella. Creyó que la probabilidad utópica de zanjar las dificultades entre las naciones sin recurrir a los medios más devastadores y ruinosos estaba en trance de volverse una posibilidad palpable. Yo lo creí con él. Lo creo aún. Mi creencia ha variado sólo en relación a lo siguiente: los acontecimientos han probado que una manera pacífica de solucionar los litigios no es viable mientras la mentalidad totalitaria y sus efectos nefastos para la economía del mundo infesten ciertos países. Ahora bien, nada demuestra que este orden de cosas no sea un tiempo de prueba por el cual tal o cual nación tenían que pasar. Nada demuestra tampoco que ese tiempo de prueba no haya sido provocado por tal o cual error rectificable de otros regímenes también rectificables. El hecho es que ese tiempo de prueba es un verdadero purgatorio y que todos estamos sufriendo, en distintos grados, su contragolpe. La historia dirá quienes son los condenados.

Mi colega en la Cooperación Intelectual, Ozorio de Almeida, en una carta muy bella que publicará el Instituto, habla de lo que más le llamó la atención en París el 18 de agosto de 1939, fecha de la movilización general. Es, más o menos, con algunas variantes, lo que yo pude observar en Londres en septiembre de 1938, cuando la guerra era una cuestión de horas. El haber vivido esos días de prueba en la capital del Imperio Británico, junto a sus ciudadanos —humildes o encumbrados, conocidos o desconocidos—, me ha enseñado sobre ellos cosas que ignoraba creyendo saberlas de puro sabidas. Se puede admirar sin querer; hasta se puede, a veces, querer sin admirar, aunque ya es más difícil. Yo sabía que

quería a los ingleses por ciertas razones y que los admiraba por otras. En septiembre estos dos sentimientos se confundían.

Recién llegada de la Argentina, país en que una atmósfera como la de Europa en 1938 y 39 es apenas concebible y difícilmente imaginable, acababa de pasar casi dos semanas en Italia. Durante ese corto período, la voz de Mussolini predicando el odio me había perseguido con sus tercas reiteraciones. No conseguía desentenderme de ella. Siempre la encontraba al acecho cerca de las ventanas, dispuesta a entrar con el viento tibio en las salas de los más hermosos museos o en los cuartos de los hoteles en que uno se refugiaba para dormir. Era, sí, la misma voz que me había interrogado cuatro años antes en el gran salón vacío del Palazzo Venetia. La misma que había afirmado rotundamente: “¿Cree usted que Dante ha escrito la *Commedia* a causa de su amor por Beatrice? La ha escrito a causa de su odio, de su odio por Florencia”.

El hombre que pronunciara esas palabras, que no considero acertadas ni justas y que son antipáticas como

...la dottrina che s'asconde
Sotto il velame...

de su juicio sobre Dante, no me fué sin embargo antipático. Había en él —y no hago más que repetir lo que escribí entonces— algo directo, brutal, macizo, imperioso como su cara, cuya fuerza incontestable seduce por las mismas razones que una catarata. Pero una catarata sólo puede seducir, en nosotros, al turista, es decir al que la admira de paso. No se nos ocurriría establecer nuestro domicilio al borde de esa caída.

Ese día, de muy cerca, como cuatro años más tarde, de tan lejos, cuando sus discursos llegados del norte de Italia me alcanzaban en Siena, Florencia o Roma, la insistencia que ponía el Duce en exaltar la fecundidad del odio y la higiene de la guerra me parecieron un juego peli-

groso y que se revelaría como tal el día del vencimiento. Creo en el poder maléfico o propiciatorio de las palabras repetidas hasta el infinito. Es lo que llaman propaganda en el mundo moderno, y es lo que los totalitarios manejan con maestría. Es también el sistema Coué puesto en práctica en gran escala.

En el espacio de dos días, y en un momento en que las horas llevaban el peso de minutos densos, había pasado de Roma a París y de París a Londres. Sufría el contragolpe. Sentía, en lo moral, algo análogo a lo que experimenté físicamente al abrirse la puerta del ascensor en el último piso del Chrysler Building de Nueva York: zumbidos en los oídos que provoca el cambio brusco de nivel; posibilidad de abarcar, gracias a ese cambio, una ciudad entera que se substraía a nuestros ojos detrás de cada casa, cuando caminamos por sus avenidas.

Durante esa semana de la crisis (como se la llamó), en las calles, los restaurants, los cines, los bancos, las tiendas, las iglesias, los hoteles, los parques, he visto el semblante del pueblo británico, he percibido su acento verdadero en circunstancias en que los sentimientos no podían permanecer enmascarados. He oído los discursos de Mr. Chamberlain en mi hotel de Halfmoon Street, rodeada de ingleses pertenecientes a distintas capas sociales; me he mezclado con el público de los cines de actualidad en donde aparecían sobre la pantalla el Fuehrer y el Duce; he conversado con los mozos de restaurants del Strand y con los dueños de castillos en Devonshire, con los vendedores de las tiendas de Jermyn Street y con los intelectuales de Bloomsbury, con los chauffeurs de taxi y con los artistas; hasta he conversado con los transeúntes, pues en esos días era fácil y casi diría inevitable entrar en conversación con cualquiera; había para ello un pretexto que dejaba de serlo, puesto que se había convertido en vínculo entre desconocidos que corrían la misma suerte y vivían bajo una misma amenaza: la guerra.

Durante esa semana memorable, me he encontrado a diario con

ciudadanos que expresaban libremente sus opiniones y sentimientos, y que los expresaban sin trabas, a su manera. Esa manera y el tono que empleaban los honra. Ciertamente es que ninguna voz les había predicado el odio. Ninguna voz les había repetido que el odio es saludable y vital y que es bueno cultivarlo y jactarse de su virulencia. Si en los cines (hablo de los que frecuenté) se saludaba la aparición de Mussolini o de Hitler con un rumor hostil, pronto quedaba ahogado y la sala se llenaba de un silencio glacial, resuelto y denso, cuya solidez era aún más significativa. Ante la gravedad de los acontecimientos, ese silencio espeso era simbólico de una manera de ser y de una potente reserva. Simbólico también de cierta repugnancia nacional ante toda bravata sin riesgo, ante todo fanatismo fanfarrón.

No. Con insultos soeces, con griterío desaforado, con explosiones de rencor no podían aliviarse de manera adecuada a su naturaleza los habitantes de las Islas Británicas en septiembre de 1938. Tampoco lo han de haber podido ahora en septiembre de 1939. La idea de guerra parecía ser, para toda esa gente, la de un terrible deber a cumplir en el momento en que no quedara medio de encontrar una solución menos devastadora, estéril y contraria a sus inclinaciones personales. Esta idea estaba ligada a la creencia de que un pueblo al exponer su honor compromete su poderío, porque un poderío sin honor carece de prestigio.

La tarde de Múnich, con un viejo amigo inglés que cuenta entre sus relaciones personajes tan distintos como Gandhi y Roosevelt, caminamos sin rumbo por las calles de Londres. Mientras nosotros mirábamos sobre el puente de Westminster el primer cañón antiaéreo, los vendedores de diarios anunciaban en sus carteles característicos que los "big four" decidían la suerte de Europa. Las campanas de la Abadía daban las seis y cuarto, sin prisa, indiferentes a nuestra espera angustiada, con el acento apacible e invariable de mi lejano Retiro. La torre de ladrillos rosados, la plaza con sus plátanos, la estación con sus trenes,

sus ruidos y sus olores entraron conmigo en Westminster. Numerosas personas habían elegido, como nosotros, ese refugio para rezar, soñar, esperar, desesperar, enmudecer. Nos sentíamos ligados a todos esos desconocidos por una misma idea fija. Unos a otros nos mirábamos con la impresión de habernos dado cita sin conocernos y de reconocernos por esa señal. Era como si nos apoyáramos los unos en los otros sin poder aclarar quién era el que ofrecía apoyo y quién el que lo buscaba. Este sostenerse mutuo, esta fraternidad surgía como algo casi independiente de nosotros y que sin embargo nos abarcaba, nos comprendía. Esto que se ceñía en torno era como la vuelta de un cuerpo a su estado sólido después de haber atravesado estados que lo ocultaban a nuestros sentidos. Esto era la solidaridad humana. Nos sentíamos más cerca de los vivos porque estábamos más cerca de los muertos. Nos sentíamos más cerca de los muertos porque la idea de la muerte que habita de ordinario en nosotros bajo su forma abstracta se concretaba. Y esa idea, al concretarse, se cargaba de soledad. Y por efecto de esa misma soledad, reconocida también en los demás, llegábamos por fin a mezclarnos sin juntarnos. Pues no era nuestro drama de soledad individual lo que compartíamos, sino el dolor que nos causaba. Y esta comunidad tácita del sufrimiento le hacía perder a nuestra soledad su contenido más amargo y la vaciaba de sus venenos.

Es lo que hubiera sentido en mi Francia si me hubiera encontrado allí, pensé entonces. Y, ahora viene lo esencial a mi parecer, también hubiera podido sentirlo en Italia, en Alemania, en Rusia al sonar horas de angustia, si algo o alguien, idea, hombre, circunstancia, no desviarán y precipitarán hacia otro polo esa misma corriente. Lo sentiría también hoy en esos países, a pesar de todo, junto a ciertas personas. Sé que esas personas existen, tienen para mí un nombre y una cara. ¡Y cuántas habrá, sin nombre ni cara para mí, que están en el mismo caso! Este sentimiento de solidaridad humana ¿no se encuentra en la fron-

tera de eso que llaman “comuni3n de los santos” y que tanta nostalgia nos inspira a nosotros, los que vivimos al margen de la fe?

Ni la Italia de Leonardo, ni la Alemania de Goethe, ni la Rusia de Mussorgsky pueden quedar excluidas de esa comuni3n. Pero la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin s3 pueden quedarlo en la medida en que se hayan entregado a esa nueva idolatr3a y a los instintos que despierta y satisface. Y es por esa raz3n que s3lo podemos desearles, con o sin guerra, una derrota que les abra los ojos.

Nosotros, americanos de las dos Am3ricas, no podemos titubear sobre la elecci3n del vencedor sin abjuraci3n total. Tendr3amos que cambiar de naturaleza y de vocabulario. Sean cuales fueren los errores e imperfecciones de pa3ses como Inglaterra y Francia, su causa es hoy m3s que nunca la nuestra. Permanecer neutrales ante su suerte equivale a permanecer neutrales ante nuestra propia suerte. Debemos tener conciencia de ello. Pues si Am3rica entera echara su peso del lado de la balanza que la justicia indica, significar3a que ya est3 en estado de hacer o3r su palabra y de hacerles respetar a los vencedores —en caso de que tuvieran tendencia a olvidarla— una m3xima que no est3 a3n escrita en ning3n c3digo, pero que un gran argentino nos leg3 en estos t3rminos: “La victoria no da derechos”. Entend3a, al decirlo, que la victoria como el poder3o no debe dar m3s que cargos, deberes y responsabilidades. Poco importa que se haya comenzado por defender la justicia si, llegada la victoria, se traicionan cargos, deberes y responsabilidades.

Nosotros, americanos que comulgamos en una fe, la del respeto a la justicia y a la persona humana, deseamos el triunfo de Francia y de Inglaterra por ser ellas quienes custodian hoy esa fe. Ante la guerra actual no podemos permanecer neutrales. Pero la victoria que deseamos para Francia e Inglaterra, la victoria a la que quisi3ramos colaborar, es la que no da derechos sino cargos, deberes y responsabilidades. Consideramos que es la 3nica victoria que puede salvarse de terminar, tarde

o temprano, en derrota para aquellos que la ganaron. La única fuera de alcance de las tentaciones totalitarias bajo uno u otro disfraz. Juzgar que Francia e Inglaterra son dignas de soportar el peso de esta nueva victoria es imaginarlas capaces, casi, de un milagro. La única manera de ayudarlas a realizar ese milagro es colaborar con ellas creyendo en él; colaborar con ellas conduciéndose, en el plano material y espiritual, con el pensamiento, la palabra y los actos de acuerdo con esa fe.

VICTORIA OCAMPO

LOS LÍMITES DE LA TEORÍA

La facultad de teorizar es una de las más elevadas del espíritu. La mente humana triunfa de la cambiante diversidad de los hechos, de su complejidad y confusión, analizándolos, ordenándolos jerárquicamente, buscando las instancias últimas a que puedan ser reducidos.

Pero teorizar es asunto de hombres teóricos. Sólo para el hombre teórico es lícita la teoría, porque sólo él, y sólo en cuanto hombre teórico, conoce y aplica las reglas de la teorización correcta, se precave del apresuramiento teorizante, tiene conciencia de la inseguridad que afecta aun a las teorizaciones mejor fundadas. Para teorizar es necesario conocer bien los hechos de que se parte —y meditar sobre ellos sin más preocupación que la de la verdad. Y si es difícil lo primero, porque captar lo dado tal como es dado supone una disciplina rigurosa, lo segundo es difícilísimo, porque mil motivos —hábitos mentales, nociones previas individuales y colectivas, preferencias, aspiraciones, toda suerte de *ídola* en una palabra— intervienen de continuo para marcar inflexiones en la marcha del pensamiento.

Las teorías funcionan de manera muy diferente según se refieran a la naturaleza o al hombre y la sociedad. Es éste un tema que conviene examinar con detenimiento, pero que ahora se recorrerá muy a la ligera. Si una teoría sobre la realidad natural es certera, habrá acuerdo entre la marcha de los hechos y su descripción conceptual; si no lo

es, la discrepancia entre el comportamiento de los hechos y su interpretación teórica descubrirá el error tarde o temprano. Los hechos de la naturaleza infrahumana y su teoría no se cruzan ni aun se tocan; permanecen en mundos separados. No hay teoría, por seductoramente bella que sea, capaz de persuadir a la naturaleza de que se desvíe un ápice de su curso para aproximarse a ella, y desde este punto de vista la naturaleza es insobornable. Para lo humano, para lo social, la cuestión es más compleja y mucho más grave. Los hechos y sus teorizaciones se desenvuelven sobre un mismo plano, poseen idéntica urdimbre, están modelados con la misma pasta psíquico-espiritual. Cualquier tesis sobre lo humano individual o colectivo, sobre la historia o la sociedad, es a su vez un hecho humano, histórico, social. Apenas una de estas tesis se difunde, es sabida o creída por muchos, queda incorporada como un hecho nuevo a la psique colectiva, influye en esta psique, y no sólo como saber, sino también con resonancias de otro orden, como impulsión o freno, como foco de atracciones o repulsiones. Esto lo sabemos todos más o menos vagamente, y lo aplica la madre que procura convencer a su hijo díscolo de que es un niño bueno para que se porte bien. En este terreno, los hechos y sus imágenes o teorizaciones son afines, conviven en el mismo recinto y suelen llegar a componer, por una especie de anastomosis, unidades nuevas. Adviértase ahora que estas interpretaciones que de tal modo se suman a lo interpretado van lastradas de antemano con una carga subjetiva presumiblemente mucho mayor que la que cae sobre las teorizaciones en torno a cosas de la naturaleza; el amor y el odio, el egoísmo y la generosidad, la ilusión optimista y la negra desesperanza, se deslizan al menor descuido, operan en medida incomparablemente mayor cuando, por ejemplo, se fragua una doctrina de lo social que cuando se propone una hipótesis sobre el átomo.

Consideremos primero el caso de una teoría carente de propósitos de inmediata aplicación. La intención se reduce a describir, acaso a explicar, ciertas situaciones; a registrarlas en conceptos. Pero toda acción supone previsión, y toda previsión se extrae de algún conocimiento.

Y al crecer la acción humana echa mano de cuanto saber halla a su alcance, hasta de aquel cuya utilidad no podían sospechar ni remotamente quienes lo obtuvieron. “El marino al que preserva del naufragio una determinación exacta de la longitud —escribe Condorcet— debe la vida a una teoría concebida dos mil años antes por unos hombres geniales que no se preocupaban sino de meras especulaciones geométricas”. No hay saber inmediato y seguro, no hay teorización —que es saber elaborado y extendido con gloria y con riesgo— que no puedan entrar alguna vez en una receta práctica, por muy ajenos a la aplicación que se imaginaran en su tiempo. Y apliquemos lo sentado antes, para subrayar el distinto alcance efectivo de las teorizaciones sobre la naturaleza por un lado y las concernientes a lo humano por otro. Si la teoría (natural) sobre la cual se establece el diseño de una máquina es falsa, la máquina no funcionará, y esto es todo. Si la teoría (antropológica, social, cultural) sobre la cual se apoya cualquier propósito de intervención planeada en lo humano es falsa, acaso el propósito tal como fué concebido fracase, pero las consecuencias de la teoría no terminarán ahí, como terminaban las de la otra en la parálisis de la maquinaria, sino que se prolongarán en infinitas resonancias de índole positiva o negativa, en energías psíquicas favorables o perjudiciales, encaminadas en esta dirección o en la otra.

Veamos ahora cómo todo se altera y agrava cuando la teoría sobre algo humano se constituye paralelamente al propósito aplicativo, a la inmediata utilización. Ya sabemos la radical inseguridad de toda teoría; ya vimos que a esta inseguridad, inseparable de cualquier teorización ¹, se agrega el potencial de los influjos subjetivos, mucho más elevado en las teorizaciones sobre lo humano que en las sobre lo natural: todo para el caso de la teoría limpia de próxima intención práctica. Pero ahora, sumando inseguridades, aparece el aprovechamiento de la teoría simultáneo o casi con su constitución. En primer lugar hay entonces una conjunción de los supuestos teóricos, que deben atenderse a registrar *lo*

¹ Un hecho en contra —dice Jeans en alguna parte— es suficiente para echar abajo una teoría; millones de hechos favorables no bastan para fundarla.

que es, y los proyectos prácticos, enderezados a *lo que se quiere*. Y esta conjunción dista mucho de ser lo que pretende, esto es, organización de un sistema de reglas derivadas de las comprobaciones teóricas; porque el hombre es en mucha mayor medida voluntad que entendimiento —ya Descartes fundaba en esto su doctrina del error—, y la supuesta conjunción es en verdad un conflicto en el que la instancia primaria lleva todas las de perder, y es derrotada efectivamente por la energía vital de la regla aplicativa, del propósito activo; si de algún modo la regla se apoya sobre la comprobación, es presionando sobre ella con tal fuerza que la aplasta, la desfigura, le obliga a decir, no su libre palabra, sino lo que ella desea que diga. El resuelto querer encarnado en el precepto práctico, dicho brevemente, obra hacia adelante en la dirección de la acción prevista, pero también hacia atrás acomodando a sí aquello que debería ser su autónomo y neutral fundamento. Una teoría sobre cualquier aspecto de la realidad es una hipótesis: hay que mantener los ojos muy abiertos para ver si los hechos entran cómodamente en ella, si se adapta a lo que es su oficio explicar. Pero si la teoría se convierte de inmediato en programa, pierde automáticamente la capacidad de aceptar la corrección, debe afirmar a ojos cerrados. En cuanto teoría, pierde su propio ser, su dignidad peculiar que consiste en estar atenta a su verdad o su no verdad. En cuanto mero programa, es un plan que en lugar de justificarse por sus fines y dibujarse flexiblemente según éstos y atendiendo a razones de ética o de buen sentido, procede con rigidez apoyándose en sus supuestos teóricos — supuestos falaces, a los que la urgencia aplicativa ha despojado, como se ha tratado de mostrar, de toda solidez y aun de toda veracidad.

La teoría convertida de inmediato en programa puede ser una equivocación; el programa que se solidifica en teoría es por lo general una tergiversación. Un programa persigue ciertos fines por los caminos que juzga más apropiados. Las circunstancias pueden obligarle a modificar la ruta siempre que el fin se alcance, y el fin confesado lisa y llanamente permite tanto juzgar el fin mismo como los medios puestos a su servicio,

a la luz de los criterios en uso, de las normas admitidas por los hombres. El programa como tal posee, por lo tanto, ductilidad para quien lo aplica y transparencia suficiente para que así quien lo usa como quien lo mira desde fuera no incurran respecto a él en confusiones. Pero si un programa se desarrolla en sistema, si desdobra una teoría con pretensiones científicas, ya no hay medios ni fines ni manera de ver nada claro. Las articulaciones estrictas impiden cualquier desviación ocasional; la pretensión teórica y la supuesta derivación necesaria de las consecuencias prácticas eluden la confrontación con los principios elementales que deben regir toda conducta: el lado práctico se apoya dogmáticamente en el teórico — que no es sino una proliferación secundaria suya, y todo se mueve como un mecanismo solidario, todo parece justificado y necesario, porque cada instancia se sustenta en el falso prestigio del conjunto. El programa auténtico reviste siempre una especie de modestia por grande que sea el fin: se manifiesta como un haz de intenciones apuntando a un blanco. Un programa trastocado en teoría es al mismo tiempo una ocultación del fin y una morbosa exacerbación de los medios, promovidos ficticiamente a fines, a algo válido por sí, en la indeformable estructura teórica. Y en esta amalgama de cosas tan dispares, la crítica logra escaso asidero porque constantemente está dispuesta la tangente para el escape: si los medios y los fines están en peligro de censura, se argüirá con las bases pseudocientíficas del punto de partida; si se impugna la seriedad de éstas, se hará callar en nombre de los supremos objetivos en trance de realización.

Manejarse por tales programas-teorías viene a ser algo muy distinto (casi lo contrario) de manejarse por principios. Los principios (buenos o malos) son cosa clara, presente; no consienten el equívoco. La teoría remite cada instancia a otra, y todas al complejo, de manera que obliga a la revisión del todo en cada caso. No es hacedero para todos y en cada instante tal faena, mientras que el programa propiamente dicho es confrontado con los principios casi sin querer hacer tal contraste o, cuando más, con un esfuerzo mínimo. Una consecuencia inte-

resante es que la teoría-programa favorece la irresponsabilidad: tras cada agente está, determinando su acción, una construcción intelectual que lo respalda sin que él de ordinario pueda someterla a un análisis clarificador. Mucho más simple es advertir si los principios aceptados son justos o injustos, si son obedecidos o violados.

Una teoría-programa es por lo común extremista, porque la teoría es asunto de la razón, y la razón estricta, la *ratio*, busca sin reposo por su propia índole el vértice sumo, el único principio, la causa suprema, la substancia idéntica y última. Por eso la teoría más pura coincide con el más exaltado extremismo en Parménides, que es probablemente el extremista mayor que recuerda la historia. En la naturaleza de la teoría — de la razón — está la reducción, la simplificación. De Copérnico y Galileo a Newton corre un notorio proceso de perfeccionamiento teórico que es al mismo tiempo aumento de la reducción, de la simplificación; proceso que alcanza la cima cuando el genial inglés halla su fórmula cósmica que así vale para la caída de las hojas como para las revoluciones de los astros. Acaso ninguna teoría científica reviste más elevada jerarquía ni produce mayor embriaguez intelectual. Pero hay que contar con Einstein. Cuando Einstein corrige la teoría más admirable surgida en el terreno de la ciencia natural, el trastorno y la conmoción son puramente intelectuales; ni las hojas otoñales ni los astros se trastornan ni conmueven. Pero las teorías-programas, que no pueden aspirar ni de lejos a la relativa certidumbre de las otras, no se quedan en ese mundo abstracto en que resplandece — aun corregida — la ley de la gravitación. Trabajan sobre los hombres, sobre las almas y la carne de los hombres. Se imprimen en ellos, los configuran y gobiernan con pretensión de incondicionada certeza — mientras los tiempos van poniendo un Einstein detrás de cada Newton. La teoría lícita — tema de hombres teóricos — puede volar libremente en la interpretación de los hechos humanos. La intervención lícita en las cosas de los hombres ha de desconfiar de las teorías y atenerse con prudencia a lo más sabido,

a lo que no es teoría sino sabiduría; a una discreta empiria dispuesta honradamente a corregirse, iluminada por los principios más indudables.

Ningún pueblo ha mostrado acaso mayor capacidad teórica que el alemán; éste ha sido y sigue siendo uno de sus méritos singulares. Pero está en la frágil naturaleza de los hombres que a sus virtudes acompañen defectos paralelos — y en este caso el defecto es de consecuencias más que lamentables. Una teoría, todo un haz de teorías, habían sido movilizadas mucho antes de movilizarse los ejércitos ¹. Mientras estas teorizaciones en pie de guerra — complicadas, acaso por secreta afinidad, con otras de anterior data — amenazan ahora al mundo, un caos mental amenaza a su vez al pueblo que las sustenta, porque un ejército en retirada no es nada en comparación con una teoría-programa en derrota — y ya algunas de ellas se han derrumbado ante las primeras conveniencias o necesidades. Nuestra admiración hacia el genio filosófico y científico de los alemanes y hacia otras eminentes virtudes de ese pueblo aumenta quizás nuestra reprobación ante una política de confusión y de violencia, cuyo triunfo no sólo comportaría el aplastamiento material de sus víctimas, sino además un obscurecimiento y desorden en las almas de los que la humanidad — y los alemanes en primer término — difícilmente se repondría.

FRANCISCO ROMERO

¹ Teorizaciones a las que hasta se les ha dado categoría universitaria. Un solo ejemplo. Los programas de la Universidad de Leipzig para el semestre de invierno de 1934-35 llevan como pórtico el plan del Seminario de Educación política. La materia de *Mein Kampf* se considera excesiva para un solo curso: se reparte en uno para recién matriculados, a los que sólo se les dicta la primera parte, y otro en el que, bajo el título de "Fundamentos del Nacionalsocialismo", se expone la segunda parte de la Biblia nazi juntamente con el *Mythus des 20. Jahrh.* de Rosenberg. Hay un curso práctico de "Introducción a la bibliografía nacionalsocialista" y otros de sugestivo título: "Zwischen-Europa (Raum und politische Dynamik)", "Aussenpolitische Arbeitsgemeinschaft". Lo más curioso acaso es un curso sobre las nuevas fuerzas políticas francesas, con especial referencia a las aspiraciones regionalistas.

ENSAYO DE IMPARCIALIDAD

Es de fácil comprobación que un efecto inmediato (y aún instantáneo) de esta anhelada guerra, ha sido la extinción o la abolición de todos los procesos intelectuales. No hablo de Europa, donde venturosamente perdura George Bernard Shaw; pienso en los estrategas y apologistas que el infatigable azar me depara, por calles y por casas de Buenos Aires. Las interjecciones han usurpado la función de los razonamientos; es verdad que los atolondrados que las emiten, distraídamente les dan un aire discursivo y que ese tenue simulacro sintáctico satisface y persuade a quienes los oyen. El que ha jurado que la guerra es una especie de *yijad* liberal contra las dictaduras, acto continuo anhela que Mussolini milite contra Hitler: operación que aniquilaría su tesis. El que juraba hace cuarenta días que Varsovia era inexpugnable, ahora se admira (con sinceridad) de que haya resistido algún tiempo. El que denuncia las piraterías inglesas es el que aprueba con fervor que Adolf Hitler obre a lo Zarathustra, más allá del bien y del mal. El que proclama que el nazismo es un régimen que nos libra de charlatanes parlamentarios y que entrega el gobierno de las naciones a un grupo de *strong silent men*, escucha embelesado las efusiones del incesante Hitler o —placer aun más secreto —de Goering. El que pondera la presente inacción de las armas francesas aplaudirá esta noche los síntomas iniciales de una ofensiva. El que reprueba la codicia de Hitler

saluda con veneración la de Stalin. El rencoroso augur de la desintegración inmediata del injusto Imperio Británico, demuestra que Alemania tiene derecho a la posesión de colonias. (Anotemos, de paso, que esa yuxtaposición de las voces *colonias* y *derecho* es lo que alguna ciencia muerta —la lógica— denominaba una *contradictio in adjecto*). El que rechaza con supersticioso pavor la mera insinuación de que el Reich puede ser derrotado, finge que el menor éxito de sus armas es un incomprendible milagro. No prosigo; no quiero que esta página sea infinita.

Debo cuidarme, pues, de no agregar una interjección a las ya innumerables que nos abruman. (No acabo de entender, por ejemplo, que alguien prefiera la victoria de Alemania a la de Inglaterra y me sería muy fácil imponer figura de silogismo a esa convicción, pero me consta que no debo alegar una *raison de coeur*).

Quienes abominan de Hitler, suelen abominar también de Alemania. Yo he admirado siempre a Alemania. Mi sangre y el amor de las letras me acercan indisolublemente a Inglaterra; los años y los libros a Francia; a Alemania, una pura inclinación. (Esa inclinación me movió, hacia 1917, a emprender el estudio del alemán, sin otros instrumentos que el *Lyrisches Intermezzo* de Heine y un lacónico glosario alemán-inglés, a veces fidedigno). No soy, por cierto, de esos germanistas falaces que recomiendan a Alemania lo eterno para negarle toda participación en lo temporal. No estoy seguro de que el hecho de haber producido a Leibniz y a Schopenhauer la incapacite para todo ejercicio político. Nadie pretende que Inglaterra debe elegir entre su Imperio y Shakespeare; nadie que Descartes y Condé son incompatibles en Francia; yo ingenuamente creo que una Alemania poderosa no hubiera entristecido a Novalis ni hubiera sido repudiada por Hoelderlin. Yo abomino, precisamente, de Hitler porque no comparte mi fe en el pueblo alemán; porque juzga que para desquitarse de 1918, no hay otra pedagogía que la barbarie, ni mejor estímulo que los campos de concentración. Bernard Shaw, en ese punto, coincide con el melancólico Fuehrer y piensa que sólo un incesante régimen de marchas, contramarchas y saludos a

la bandera puede convertir a los plácidos alemanes en guerreros pasables...

Si yo tuviera el trágico honor de ser alemán, no me resignaría a sacrificar a la mera eficacia militar la inteligencia y la probidad de mi patria; si el de ser inglés o francés, agradecería la coincidencia perfecta de la causa particular de mi patria con la causa total de la humanidad.

Es posible que una derrota alemana sea la ruina de Alemania; es indiscutible que su victoria sería la ruina y el envilecimiento del orbe. No me refiero al imaginario peligro de una aventura colonial sudamericana; pienso en los imitadores autóctonos, en los *Uebermenschen* caseros, que el inexorable azar nos depararía.

Espero que los años nos traerán la venturosa aniquilación de Adolf Hitler, hijo atroz de Versalles.

JORGE LUIS BORGES

POSICIÓN DEL ESCRITOR FRENTE A LA ACTUAL GUERRA EUROPEA

Con duro magisterio cada guerra aporta a los hombres una enseñanza definitiva.

La soez carnicería industrializada del 14 al 18 sirvió al menos para el desprestigio definitivo de la aureola gloriosa que la guerra presentaba a las mentes ingenuas. Las bambalinas decorativas con que los aprovechadores de las matanzas encubrían el espanto cierto de la suciedad, de la regresión a la animalidad y el reemplazo del espíritu libre por media docena de reflejos condicionados, ya no sirven para nada.

No se trata del viejo pacifismo sentimental, abolido con el no menos sentimental prestigio de los elementos de destrucción. Es una cuestión de primario buen gusto, de elementalísima cordura que nos impide aceptar que el suicidio de la humanidad sea su más alto destino.

Hasta los fabricantes de bombas de estruendo que nos atronaron los oídos con frases del tipo de "La guerra: única higiene del mundo", cuando vieron que las cosas iban de veras se acogieron con prudencia a una repentina y cauta neutralidad.

La nueva guerra nos ha deparado desde su primer semana una enseñanza acaso más importante al desenmascarar la lucha ideológica entre derecha e izquierda, demostrando a los hombres de buena voluntad lo absurdo de sus fundamentos.

Acostumbrados a la orientación que nos brindaba un cómodo esquema mental, la primera impresión que sufrimos es de absoluta soledad, de completo abandono. De pronto no sabemos qué significan arriba y abajo, atrás y adelante, al perder las nociones fundamentales de derecha e izquierda.

No es necesario haber militado ni haber sentido necesidad de hacerlo en uno u otro bando para experimentar esa angustia, como tampoco es preciso haber estado en el polo norte para conocer las ventajas de la brújula.

Pero por poco que reflexionemos sobre nuestra situación nos percataremos en seguida que la primitiva sensación de soledad se puebla de solidaridad al comprobar lo compartido de nuestra ansiedad por los espíritus más finos, por las auténticas *personas*, y que la desorientación nos proporciona un inmenso alivio porque hemos roto para siempre con las falacias de un falso sistema de señales.

¿Qué eran la izquierda y la derecha? Jamás se dió más justa definición que ésta: están en la izquierda los que anteponen la Justicia al Orden; militan en la derecha los que prefieren el Orden a la Justicia.

Y hace rato que la Justicia y el Orden son palabras igualmente huecas para izquierdistas y derechistas, precisamente porque esa pretendida prelación las había aniquilado: el Orden sin la Justicia sólo es desorden, ese desorden que los derechistas reprochaban a los de enfrente, mientras que la Justicia sin Orden fatalmente termina en injusticia, esa injusticia que los izquierdistas enrostraban a sus supuestos opositores.

¿Es acaso muy extraordinario que ambos coincidan en la veneración del Injusto Desorden, que es la imposición lisa y llana del apetito personal liberado de todo principio regulador de Orden y de Justicia, que son en el fondo idéntica norma?

Vivimos —es cierto— en medio de tremenda pesadilla, pero por lo pronto experimentamos algo parecido a lo que sentimos cuando soñamos que soñamos y vemos que la principal de las pesadillas, la que iba incluida en la primera, ha terminado.

El sistema de coordenadas de izquierda y derecha ha fracasado y estamos en la imperiosa necesidad de reemplazarlo de inmediato. Tenemos que decidarnos por un nuevo sistema de coordenadas polares, en el que el eje polar esté constituido por la conducta moral, y el polo representado por el respeto a la persona humana. Sólo una referencia a este sistema ideal puede servirnos de norma en lo sucesivo.

Aplicándolo estrictamente, el nazismo y el comunismo aparecen sumergidos en idéntica ignominia.

El nazismo —cuya confusa ideología es un vergonzante revoltijo de complejos de inferioridad, de supuestos científicismos raciales reverentes ante la lógica y el experimento profesoral, y de invocaciones a los ciegos impulsos vitales— no es en definitiva otra cosa que un cómodo asueto de la inteligencia y la responsabilidad delegadas en un Fuehrer que remata el edificio asumiendo, en su carácter semidivino, la suma de las irresponsabilidades colectivas.

El comunismo, partiendo del romántico supuesto de la capacidad política de la más incapaz de las clases económicas, resolviendo de antemano la inexistencia de toda inquietud religiosa, liberando a sus adeptos del pecado mortal del pensamiento libre, tan fácilmente reemplazable por medio de la “consigna” —comprimido que cura el mal de la inteligencia con la misma eficacia de la aspirina para el dolor de cabeza— incurre, al querer liberar a los hombres de la tiranía económica del capitalismo, en el absurdo de reemplazarla por otra tiranía total: económica, política, intelectual y moral.

No deja de ser consolador que la dialéctica infalible de los hechos, tan superior a la de los hombres, haya corregido de un golpe todos nuestros errores de apreciación, todas las aberraciones de enfoque y nos permita conservar la lucidez de juicio y la independencia moral suficientes para aprovechar la lección. No olvidarla ya nunca y permanecer en el mismo estado de receptividad espiritual es, desde luego, el primer deber de todo escritor que quiera hacer honor a su oficio de hombre.

Al tomar posiciones frente al actual conflicto europeo no debemos

olvidarlo. Toda neutralidad individual es hoy tan imposible como indecorosa. Pero el escritor no puede, en su carácter de intérprete de la conciencia humana, sumarse en una simple conscripción pasiva, acudir gregariamente a una movilización de masas, para la cual, lo primero que se requiere, es la renuncia a los derechos de la persona humana que se trata de defender.

El derecho a la crítica en lo que ella significa, no sistemática oposición ni deliberado desmenuzamiento de detalles desagradables sino sereno análisis de las directivas fundamentales, y capacidad de advertencia y denuncia cuando advertimos una desviación de los anhelos comunes, es el más irrenunciable de todos. Un escritor no debe sumarse a la mejor de las causas si los defensores de la misma le regatean la capacidad del juicio porque, en ese caso, la mejor de las causas puede convertirse fácilmente en la peor de ellas. No es la primera vez que los medios desvirtúan el fin. Al presente, la defensa de la democracia no debe hacerse por medios antidemocráticos.

Para plantear con mayor precisión cuál debe ser la posición del escritor y en general la de todo hombre libre en las actuales eventualidades, conviene recordar que el nazismo alemán, como el comunismo ruso, es la irrupción en la historia de los resentimientos creados por la injusticia. Recordarlo en estos momentos acaso pueda parecer inoportuno para quienes crean que la verdad es inoportuna. La miseria indescriptible del campesino y del obrero ruso, así como la flagrante injusticia del tratado de Versalles, son los responsables directos de esa liberación de las fuerzas oscuras, de la reprimida animalidad que hoy predominan en dos pueblos tan grandes que produjeron a Nietzsche y Dostoievski.

Especialmente el pueblo alemán, uno de los principales rectores de la cultura occidental, llevado a ello por la feliz fatalidad de encontrarse en el cruce de todas las razas, de todos los aportes ideológicos, de todas las influencias foráneas maravillosamente asimiladas, compensa —tal como sucede en los individuos— su máxima altura moral y cultural

con los sentimientos más inconfesables y torpes, rechazados por su misma cultura a la zona de lo reprimido inconsciente.

Juan Sebastián Bach, Kant y Goethe —la pureza, la inteligencia y la cultura equilibrada— se equilibran con la fatídica trinidad de Goering, Goebels y Hitler —la impureza, la tontería y la desequilibrada incultura. Pecado terrible es de las democracias occidentales haber llevado las cosas hasta el extremo de que, por un momento, la razón histórica pudiera parecer que estaba en manos de estos tres irresponsables. Ello les dió ante su pueblo el prestigio de los héroes libertadores. Sus adversarios políticos colaboraron en su propio país, con su inercia, para que el resplandor apareciera más fulgurante. Pero la razón histórica poco puede durar en manos de dementes que la contagian con su propia insania. Pronto se vió que para ellos, el “dictado de Versalles” no era abominable por el hecho de ser “dictado” sino por la única desdichada circunstancia de no ser el Fuehrer quien lo dictara. Los que protestaban contra el libre desenvolvimiento de Alemania, se arrogaban el derecho de atentar contra la vida de los otros pueblos.

Reconocer la culpabilidad de los políticos franceses e ingleses, así como la de los social-demócratas alemanes en el advenimiento del nazismo al poder, no es sino poner las cosas en su lugar para salvar las enseñanzas de una dolorosa pero valiosísima experiencia. Es terrible el pago que los pueblos deben dar ahora por los errores de sus dirigentes, pero llegado el caso es imprescindible reparar esos mismos errores y, como medida previa, empezar por borrar el fruto de la trágica equivocación destruyendo al nazismo. Al nazismo alemán en primer término, por constituir el peligro más inmediato dado que tiene en su poder el aparato estatal y militar mejor organizado, por su mayor mecanización y racionalización, para ser dirigido contra la inteligencia. Porque tampoco hay que olvidar que la mecanización y la racionalización, frutos de la inteligencia, son su peor enemigo cuando no se hallan vivificadas por el espíritu.

Pero no hay que olvidar que la presente lucha no terminará con

el aplastamiento del partido nacional-socialista alemán, ni con el problemático derrumbe del bolcheviquismo imperialista, y que si por un mal entendido espíritu partidista toleráramos un nuevo avasallamiento de cualquier pueblo, si asistimos en silencio a la repetición de los errores que hicieron posibles los actuales absurdos, seremos cómplices en el peor de los crímenes.

Debemos los escritores tomar partido contra toda regresión al odio ciego y regimentado de todas las propagandas interesadas. Debemos luchar en primer término contra la tendencia acomodaticia y simplificadora de todos los impulsos primarios que laten en nosotros mismos y que a veces se disfrazan sutilmente de intereses culturales. Ceder a esos impulsos, es hacernos traición y pasarnos al enemigo.

Si la guerra ha de ser eliminada alguna vez de las costumbres de los pueblos civilizados —y ello es condición primordial para que la Civilización deje de ser una mera palabra— es menester que la victoria venga a posarse milagrosamente en manos generosas. Generosas, entiéndase bien, no con la injusticia y la estulticia, sino con las víctimas inmediatas que lucharon bajo sus banderas, eliminando así toda posibilidad de resentimientos nacionales futuros.

¿Es ello posible?

La respuesta afirmativa es la única esperanza que tenemos. En todo caso, tratar de posibilitarla es la más urgente de las tareas, como que de ella depende el futuro desarrollo de la personalidad humana, único soporte de la conciencia y la más elevada manifestación de la vida.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

LA BALANZA Y LA ESPADA

¿Qué responsabilidad tienen los intelectuales en la guerra? ¿Qué deben hacer ante esta guerra?

El término intelectual es equívoco. En su acepción más corriente designa la persona que hace del ejercicio de la inteligencia un fin y no un medio. Por eso el intelectual difiere del comerciante, que ordena la inteligencia al lucro, o del marino, que la ordena a la navegación.

El adjetivo intelectual conviene al tomista tanto como al kantiano, al clásico y al romántico, al materialista y al idealista, al dogmático y al escéptico. Estaría tentado de afirmar sin más, que el intelectual es un agente de confusión y de discordia; pero veamos antes si no hay algo en que todos ellos coinciden. Los intelectuales se acuerdan en poner la inteligencia por encima del instinto y de la pasión. El desarrollo de la razón propende a que los conflictos se resuelvan por la persuasión y la discusión y no por la fuerza. ¿Es cierto ésto? Creo que no lo es, y cito a Charles Maurras y su escuela. No se ha dado enemigo más tenaz de la libre discusión que Maurras. No sé si el señor Hitler lo ha leído. Thibaudet opina que es "una especie de padre espiritual de los movimientos totalitarios". En todo caso, si uno hace del nacionalismo un absoluto, el otro lo hace del racismo: ambos sistemas se ponen por encima de la moral y tienen el mismo potencial destructivo. Yo veo intelectuales en mi país que hacen la apología de la tiranía y que niegan a ciertas naciones débiles el derecho a la existencia. En el otro extremo están los discípulos de Carlos Marx, a quien tampoco puede negársele el título de intelectual.

Hagamos una nueva instancia. Tal vez encontremos un entendimiento, no ya entre todos los intelectuales, pero sí entre los que defienden la cultura occidental. Mas ¿cómo definiremos a esta cultura? ¿Por lo greco-latino? La escuela maurrasiana invoca, justamente, el clasicismo, y el señor Mussolini también lo invoca ¡y de qué modo!

A la escuela de la fuerza no se la puede combatir con el liberalismo. El liberalismo es algo negativo, es “indeterminación pura”, como ha dicho el mismo Maurras. En mi opinión, debemos plantear el conflicto de otro modo. Si convenimos en que la prevalencia de la fuerza sobre el derecho es la esencia del paganismo y la prevalencia del derecho sobre la fuerza es la esencia del cristianismo —en lo político, se entiende—, habremos hallado la solución. Es preciso convencerse de que las ideas occidentales de humanidad, de libertad, de tolerancia, de fraternidad son ideas cristianas desafectadas, “enloquecidas” como decía Chesterton. El amor del prójimo, la hermandad de todos los hombres, el precio infinito de toda alma no son cosas inventadas por Voltaire, ni por Rousseau, ni por Kant: son cosas que inventó Jesucristo, muerto en la cruz.

El respeto de la persona: yo sé la boga que ha alcanzado esta fórmula. En lo social, hemos de poner el acento sobre la relación, pues no se trata tanto de personas sino de relación entre ellas. Pero como la relación la crea la persona: un ser abierto hacia sus semejantes, que comunica por la amistad y el amor, es la persona la que debe ser capaz de amistad. Por mucho que hurguemos no hay modo de escapar a la máxima evangélica en la cual San Agustín asentaba todo el derecho natural: “No hagas a los otros lo que no quieres que se te haga”¹.

Para todo superhombre, ya sea del tipo nietzscheano o simple mata-siete, esa máxima es letra muerta. “Las leyes son obra de los más débiles y numerosos. Al fabricarlas no piensan más que en sus intereses. Para intimidar a los fuertes, deciden que la superioridad es cosa

¹ Reverso de la máxima: “haz a los otros lo que quieres que se te haga”, es decir “dad a cada uno lo suyo, su derecho”.

fea e inicua. Por eso la ley prohíbe que se trate de vencer a los otros, y llama a eso una injusticia. Pero la naturaleza demuestra que lo justo es que quien más vale posea más que quien vale menos, y el fuerte más que el débil. Desde la infancia tomamos a los más vigorosos y mejores y les enseñamos que es preciso respetar la igualdad y que en eso consiste lo bello y lo justo. Pero que salga un hombre de un natural poderoso, que sacuda y rompa esas trabas, pisotee nuestros escritos y nuestros prestigios, nuestros encantamientos y nuestras leyes contrarias a la naturaleza, que se eleve sobre todos como un dueño: veremos entonces brillar la justicia tal como la ha hecho la naturaleza”¹. Así hablaba el griego Calicles. Pero Sócrates y Platón replicaban que el fuerte es el que reprime sus pasiones y regla sus deseos, pues el bien es proporción y sólo la virtud, poniendo todo en su sitio, procura la armonía del alma y de la ciudad. Sin embargo, no vemos cómo la razón sola, la sola naturaleza podría obligar a ese ser libre que es el hombre. Tampoco lo vió Aristóteles, para quien la *ultima ratio* no está en la tierra sino en el cielo.

Hay que ir entonces más allá de la pura razón, puesto que los intelectuales pueden propagar ideas de muerte. Propondría, pues, esta fórmula: si la civilización occidental quiere salvarse debe reconocer que es de esencia cristiana, o dicho a la manera de Maritain: el humanismo integral es el del Dios hecho hombre, el humanismo de la encarnación.

No basta con saber que la justicia es la virtud social por excelencia; es preciso hacerla vivir, y nuestra flaqueza es tanta que sin el buen polizonte no habría sociedad humana, sino fárrago de bestias. Un amigo me contó este suceso, tan lleno de sentido como una parábola. Iba por un camino desierto, cuando un matamoros le salió al paso. ¿Qué hacer contra un hombre avinado, que blande un cuchillo y parece decidido

¹ PLATÓN: *Gorgias*, II, 1.

a todo? Tergiversar, distraerlo para ganar tiempo, contarle cualquier cosa. Así hizo mi amigo, hasta que vió venir un carrito guiado por un hombre: el socorro. Pero el carrito pasó de largo. Entonces ocurrió algo insólito: el hombre del cuchillo corrió hacia el del carricoche y le dió un par de bofetadas.

Esto prueba dos cosas: que la neutralidad repugna naturalmente al hombre, y que nada es más ordinario al hombre que la neutralidad. Es lo que hemos dicho antes, y que conviene subrayar: si la moralidad sólo contara con el quijotismo de los hombres yo habría desaparecido de la tierra. Hay que hacer vivir la justicia; hacer que lo justo sea fuerte, como decía Pascal.

Ya vemos por dónde ha de buscarse la solución en el orden internacional. Pues no hay dos morales distintas: una para el individuo y otra para las naciones. Es siempre el mismo hombre el actor del drama. La Sociedad de las Naciones ha nacido de esta idea. Pero una federación de Estados sin poder de policía es lo mismo que una sociedad civil sin gendarmes. Sólo un poder central podrá suplir a la indiferencia y al mercantilismo de las naciones. Mientras ese poder falte, la vindicta pública quedará librada a la buena voluntad de los pueblos que conservan el sentido de la justicia y del honor y que son lo bastante nobles para arriesgarse.

Bien lo vemos ahora. Pocas veces se dió una agresión más brutal y premeditada. Dos naciones lo arriesgan todo para vengar a la víctima y poner un dique a la horda científica. Sería pueril preguntarse si tienen las manos puras. ¿Acaso pedimos cuentas de su moralidad al gendarme que prende a un furioso? Un acto es moral o inmoral por su objeto, y sólo por él. Si yo, indigno, salvo a un ahogado, mi acto es bueno aunque esperara no sé qué obscuras recompensas.

Dos naciones han hecho de quijotes. Y en lugar de imitarles, o por lo menos de admirarlas, las otras se han velado públicamente la cara. Pienso sobre todo en las repúblicas americanas: se han sentado a una mesa y, deliberadamente, solemnemente, han repetido el gesto atroz de

Pilatos. No pretendemos que manden sus soldados a pelear contra Alemania; pero que al menos sepan distinguir lo negro de lo blanco, y que lo digan.

Amamos a Francia como a la pupila de los ojos. Cuanto hay en nosotros de más humano, inteligente y cortés se lo debemos. Si nos dejáramos guiar por ese amor, no veríamos en esta guerra más que el peligro que la amenaza. Recordaríamos que desde los tiempos más remotos la horda germánica se volcaba codiciosa sobre las Galias. Habría una opción que hacer, y esa opción ya está hecha.

Es preciso que la Alemania hitleriana sea vencida. Pero el señor Hitler no es todo su pueblo, como tampoco lo fué Bismarck, ni Guillermo II, ni el militarismo prusiano. Una federación de Estados no sólo disminuiría los riesgos de guerra, sino que preservaría a los pueblos de la opresión de los tiranos. Mas no hay institución que pueda vivir sin una fe que la anime. Habría que inspirarse en las anfictionías antiguas y en los concilios medioevales y comprender que por encima de las naciones está el Bien común internacional. Creo que los intelectuales deben tomar esta idea por su cuenta y que ninguna tarea es de mayor urgencia.

RAFAEL PIVIDAL

HITLER CORRE EL AMOK

Tomar partido ante las movedizas estructuras políticas que nos toca presenciar es una actitud que supone, generalmente, tres estados de ánimo candorosos: creer que vivimos un período histórico muy importante en el que se está decidiendo la suerte de algo (la civilización, la persona, la justicia, la cruz, la libertad, etc.); confiar en nuestra inteligencia para comprender dicho período; y por último esperar que nuestra opinión sea eficaz.

A estas ingenuidades quizá sea preferible mirar la historia como ángeles que se lo saben todo. Hay un inconveniente: los ángeles no existen. Y en la tierra lo más parecido a un ángel es un apático profesor de filosofía.

Por fuerza tenemos que sujetarnos a nuestro destino de hombres, que es crear valores y jugarnos con pasión absoluta en pro de verdades relativas.

Es preciso, entonces, tomar partido ante la guerra europea.

Para el beligerante se trata de un problema de cara o cruz.

Para el argentino —fisgón ejercitado en perspectivas escépticas— la guerra europea es más complicada.

¿Tomar partido? Sí. Es lo más fácil. En cuanto me descuido la sangre golpea y ya me oigo el grito fanático: “¡Viva Francia! ¡Abajo Alemania!”

¿Pero por qué, por qué? Tomar partido es fácil. Lo difícil es poner en claro los principios que ordenan nuestra experiencia de lo político, el mandato ético que nos obliga a la parcialidad, las simpatías que nos mueven.

Que cada cual mire dentro de sí. Por mi parte puedo descartar de mi posición contra Hitler los motivos que no son decisivos.

Por ejemplo: de la Alemania nazi no me asusta su paganismo. Apenas me siento cristiano. ¿Jesús? ¡Magnífica figura de profeta judío! Pero el cristianismo es otra cosa. No estoy muy seguro que sea una religión superior. En todo caso no considero que la Cruz valga hoy otra guerra.

¿La cínica política de Hitler? Todas las políticas imperialistas son iguales. Los contemporáneos suelen execrarlas. Luego la posteridad dice que fueron geniales. Francia e Inglaterra tienen una vasta experiencia en diplomacia torva y en horrendos crímenes colectivos.

Que Francia e Inglaterra quisieron la paz y que Alemania las obligó a la guerra... Eso dicen. Pero aquella paz bien podría ser la paz de los satisfechos. Así ocurrió después del Congreso de Viena, en 1815. Así ocurrió siempre. La guerra nunca es justa; pero la paz no siempre es justa.

¿Estoy contra Alemania porque Alemania es un país ajeno a mis tradiciones familiares y a mi cultura? En efecto, pertenezco a la Rumania, pero aspiro a ser un ciudadano del mundo. Si no lo consigo es porque vuelo con exceso de lastre. Si leo en francés y no en alemán, el no leer alemán es un defecto mío, no de Alemania.

Se habla de una guerra santa, de una cruzada contra la barbarie, de la redención del espíritu, de la libertad, de la democracia... Así se mintió en la guerra del 14. Es la retórica del patriotismo. Las causas de la guerra y los móviles de cada nación no merecen tanta elocuencia. Se podrían escribir al dorso de un boleto de tranvía: pugnas en la conquista de colonias y mercados, rivalidades en el mismo culto a Mammon.

¿Qué otra cosa podría repugnarme de Hitler y sus gangsters? ¿Su régimen político y jurídico, con todas sus brutalidades y horrorosa crueldad y estupidez? Aun aquí podríamos, con buena voluntad, encontrar el atenuante. No sabemos qué sea el nacional-socialismo. Lleva muy pocos años de funcionamiento. Peores comienzos tuvieron

otros sistemas hoy incorporados a nuestro concepto de civilización. A lo mejor, es un revulsivo necesario. Como quiera que sea, abrió las puertas a Rusia, que es también una vigorosa experiencia en marcha. No nos podemos enojar porque en el drama aparezcan personajes y conflictos que desconciertan.

Así, con este ánimo benevolente, podría seguir mi balance hasta el infinito, porque es un balance mal planteado. Si ante cada horror nazi cambio yo de ángulo de visión, renunciando a mis convicciones para buscar esa mirilla a cuyo través aquel horror aparece como cosa normal y congruente, entonces acabaré por instalarme dentro de la "weltanschauung" nazi. Sería una hazaña de poeta, pero un suicidio político. Es el peligro que nos acecha a los escépticos, a los relativistas, a los "psicologistas". No tenemos un punto de mira que nos descubra el bien, la verdad, el impulso que llevan los acontecimientos que presenciamos, el secreto de cómo se resolverán en el futuro. Cada individuo, cada grupo, abstrae de la realidad los hechos que le conciernen y los organiza dentro de categorías propias. Todas las visiones son así legítimas. Pero para simpatizar con todas sería preciso tener la indiferencia, no de un dios, a quien después de todo se le suponen preferencias activas, sino la indiferencia de un colegial, que va dando su aprobación al texto de historia sin sospechar los antagonismos que laten en cada línea y sin tomar posición ante ellos. Por eso, quien sea político, es decir, quien crea en la virtud plástica de las ideas y los valores, no puede conceder razón a cada antagonista. Todos tendrán razón, pero yo voy a luchar por la mía, por la de mi grupo. Hitler no es más monstruoso que otros conquistadores violentos, ni sus argumentos son menos elegantes que los otros imperialismos, pero yo deseo su muerte y el fracaso de su empresa porque él ha venido a estorbar la empresa en que estábamos trabajando mi grupo y yo. Hitler quiere un Estado alemán hegemónico, no importa a costa de qué sacrificios, de qué regresiones, de qué condiciones de vida. Mis amigos y yo —una hermandad sin afiliación política, la caballería andante de los limpios— queremos

dejar el mapa tal como está, por lo menos mientras no se lo pueda cambiar en común asenso, pacífica e inteligentemente; y en cambio queremos aprovechar las energías para ir transformando, desde el interior de cada nación, la estructura económica y política del actual régimen social. Mis amigos y yo queremos crear una conciencia mundial sobre la que pueda edificarse un orden justo, libre y feliz. Nos interesa la dignidad del hombre, no el mito Estado.

Y bien: ¡Hitler ha venido a estropear lo poquito que habíamos construído!

Que Europa, cuando el advenimiento de Hitler, estaba mal fundada, ya lo sabemos. No vamos a defender el statu quo posterior a Versalles. Pero en esa Europa había espacio para el desarrollo de movimientos regeneradores. Hoy ese espacio está ocupado solamente por los ejércitos, el espacio vital de la civilización trocado en espacio vital de los imperios.

La paz, no como modorra de bestias ahitas, sino como organización de un nuevo sistema económico y político, era antes de Hitler un ideal al que tendían poderosos partidos y gremios. Tanto, que ese ideal llegó a desarmar a las principales potencias europeas, y así, inermes, las sorprendió Hitler. La Sociedad de las Naciones hacía cuanto podía siquiera para crear la ilusión de un orden supranacional y acostumar a los hombres a esa perspectiva civilizada. La libertad política se iba logrando poco a poco mediante una eficaz participación de las masas en el gobierno democrático. Los abusos del capitalismo empezaban a ser reprimidos por un nuevo derecho, el derecho obrero, y por la superación del liberalismo económico. Yo no digo que Europa antes de Hitler fuese ejemplar; ni siquiera digo que las democracias burguesas fueran garantías de progreso. Digo que en aquella Europa corrompida, injusta, violenta, egoísta, había sin embargo posibilidades de regeneración.

De pronto se aparece Hitler corriendo el amok.

El amok es una locura homicida, una especie de hidrofobia humana

que ataca a los malayos. El enfermo corre el amok. Corre y corre, con el cuchillo en alto, abriéndose paso entre la multitud espantada, hiriendo al que puede, asesinando al que le estorba, hasta que un tiro lo voltea en el camino o cae agotado y allí lo ultiman como a un perro rabioso.

Hitler se apareció y corrió el amok. En los primeros instantes Europa, asombrada, lo dejó correr. Dentro del acontecer histórico la carrera de Hitler desde 1933 hasta la invasión de Polonia es apenas un minuto. El primer minuto del malayo enfermo de amok. Pero no era posible dejarlo suelto. Ya lo están persiguiendo. Si no cae de un balazo se rendirá de extenuación. Así se liquida, en los pantanos, a los homicidas delirantes que corren el amok.

Entretanto los mitos nazis han desencadenado una guerra. Todas las posibilidades de reorganización internacional, de perfeccionamiento en los sistemas de gobierno, de dignificación de las personas, de nuevas técnicas puestas al servicio del hombre, han sido retardadas no sabemos por cuánto tiempo. La Alemania nazi ha perturbado el orden del mundo. Ese orden no era bueno. Ninguno lo es bastante. Pero permitía, estaba permitiendo, que las mejores conciencias plasmaran la civilización del futuro. Hitler, después de aplastar dentro de Alemania a las energías sanas, se lanzó sobre Europa y la obligó a la guerra. Y la guerra lo ha deshecho todo. Cada Frente Popular fué absorbido por las necesidades militares de cada nación. Se frustraron todos los esfuerzos, todas las propagandas humanitarias, todos los planes de política racional. Se vinieron abajo las leyes y las instituciones logradas tras penosas luchas civiles. El socialismo pierde la brújula, la Iglesia fracasa otra vez en el orden temporal...

Y este es el pecado tremendo de la Alemania nazi: interrumpir, interrumpir el esfuerzo creador de Europa y obligar a las mejores generaciones a replegarse, por patriotismo, en defensa de formas sociales ya caducas, de privilegios que deben ser removidos, de gobiernos abyectos...

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA EUROPEA

Creo que ningún americano debe hablar del momento presente del mundo sin grandes reservas íntimas. Cuando hay hombres a quienes un viraje político afecta en lo más definitivo e incanjeable de la existencia —sus cuerpos—, y no somos esos hombres, es con mucho pudor que daré mi opinión sobre este punto que, *entre otros*, pide ser considerado. No olvido que una de las características más acusadas y menos condenables de nuestro tiempo es su impaciencia ante los juicios que no comprometen a quien los formula.

Estoy convencido, sin embargo, de que la misión específica del intelectual no consiste en expresar sus preferencias, sino en comprender lo que tiene delante. No quiero decir que haya de refugiarse en una torre de marfil; quiero decir que debe dar a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César. La preferencia y la pasión en la preferencia son nobles en sí mismas y deben estar en su terreno: el terreno de la acción. Que ningún escritor confunda las cosas y crea salvar su responsabilidad moral como hombre por medio de apasionadas exposiciones literarias. Una exposición no tiene por qué ser apasionada: el único requisito que ha de cumplir es el de ser inteligente. Ésa también su específica y auténtica responsabilidad. El entusiasmo que por una causa elevada pueda haber en una declaración escrita es valioso en tanto

que contribuye a la armonía estética del todo. De lo contrario, no es más digno que una sintaxis deficiente o una ortografía errónea.

Desearía hacerme entender claramente. Hay en nuestros días una tendencia a poner los discursos moralizantes que “en defensa de la cultura, la inteligencia”, etc., etc., pronuncia o publica el *hombre* que escribe por encima de sus otras actividades profesionales: juzgo equivocada e impura esa tendencia. La juzgo impura no sólo por razones intelectuales sino también por razones éticas. Ningún ser humano ha cumplido sus deberes morales por el hecho de realizar correctamente su trabajo. Pero el intelectual cree encontrar una coyuntura que le permite ser heroico en forma gratuita y grácil: desempeñar su función de tal. Que no falsifique y enturbie el problema: sus deberes morales los ha de realizar como hombre, en cuerpo y alma, pues ellos no necesitan ser expresados y, por tanto, mal podrían quedar agotados en el reino de la expresión. No hay que dar a la expresión lo que pertenece al mundo de los actos, que es un mundo inarticulado y humilde. El deber del intelectual será un esfuerzo por alcanzar lucidez, sinceridad y agudeza. Las heroicidades y los apasionamientos pueden coincidir con el simple ejercicio de la inteligencia, pero habrán de ser subordinados a él. No confundamos los géneros, pues cuando un intelectual responde a una solicitud del mundo exterior con un sermón y no con un análisis perpetra dos traiciones: la traición a la inteligencia en tanto que pretendido servidor de ella, y la traición al acto en tanto que hombre que lo escamotea.

Pienso que, si algo puede afirmarse con respecto a la situación actual de Europa, es lo siguiente: el sistema de conceptos, valoraciones y causalidades que hemos aplicado hasta ahora para comprender el panorama histórico-social está en quiebra. El índice no es esfumado: la utilización de tal sistema racional no conduce hoy a la formulación de ideas, sino a la vociferación de epítetos. Hay que desconfiar mucho de los epítetos, pues ellos transmiten impresiones totales y atmosféricas de un objeto, envolviéndolo pero no hincándose en él. Me son repug-

nantes los juicios morales que dan por sobreentendido con el intelecto el fenómeno que ellos se reducen a adjetivar. Las posiciones morales frente al conflicto europeo actual, por ejemplo, no faltan, pero... ¿dónde encontrar una posición inteligente? Es que tal posición requeriría el esfuerzo de fabricar un instrumental que pudiera interpretar de modo satisfactorio el complejo juego de fuerzas que obra en las naciones y entre las naciones. Mientras esto no ocurra, mientras ante una contienda internacional tomemos partido sin más esfuerzo cerebral que el exigido para pronunciarse por un "team" de fútbol, carecerá de significación permanente toda actitud y toda posición.

Hasta que ese momento llegue no hay más remedio que enfrentar el problema con los elementos de juicio disponibles y, por consiguiente, resignarse a decir tonterías y vaguedades.

Convendría librarse de la ilusión que nos lleva a considerar a las naciones como individualidades unívocas más o menos admirables, más o menos canallescas. Una decisión gubernamental representa una tendencia en un país democrático, y ni siquiera eso en las naciones que padecen una dictadura militar. Cierta instintiva noción de justicia conduce a juzgar en forma análoga las acciones de un gobierno y las acciones de un ser humano aislado. Ello escamotea el verdadero planteamiento del problema. El gobierno es un mal necesario. "Estado gendarme" es un pleonismo: todo estado es un gendarme con más o menos atribuciones y procedimientos más o menos inescrupulosos que tienden a defender el determinado sistema de fuerzas que se equilibran en un momento dado.

No pretendo que al reconocer la poco grata naturaleza de la política debamos cruzar los brazos y procurar que lo esencialmente pecaminoso sea pecaminoso hasta en sus últimas manifestaciones. Sería aplicar un excesivo rigor, una excesiva pureza... Pero adviértase que la diferencia entre dos tipos de gobierno (democracia y dictadura, por ejemplo) no es funcional, sino de grado.

Ello no aconseja que no nos embanderemos cuando dos concepciones de la vida se ponen frente a frente. Es doloroso tener que pronunciarse

por las viejas democracias plutócratas, en atención a que del otro lado de la barricada hay un infierno místico y eruptivo que prescinde en forma demasiado aséptica de las dulzuras, decencias y cortesías de la vida civilizada. Por un lado, cierta burguesía egoísta, que no vaciló hace veinticinco años en mandar a la muerte a millones de hombres para librarse de competencias comerciales ruinosas; por otro, el sadismo y la ferocidad puntualmente legislados.

Sospecho muy crítica la sensibilidad del soldado francés o inglés: ¿cómo luchar con fervor por algo que nunca le ha faltado, por algo que no lo *trasciende* y que, por tanto, no puede dar sentido a su sacrificio? Sin contar que la llamada “libertad” no puede ser conocida más que por la reducidísima cantidad de personas que no sufren la esclavitud económica, y sólo puede ser echada de menos por quienes —todavía inferiores a los otros en número— la necesitan para su trabajo: artistas e intelectuales.

Nadie podrá decir que las democracias han ido a la guerra *para* proteger a pueblos débiles y a la dignidad humana en peligro. No recibió ayuda el pueblo español, por cierto, en su cruzada contra la imbecilidad y la organización del crimen. Es arduo creer, después del fallecimiento de España y de Polonia, que sea factible otra guerra que aquella donde la debilidad del enemigo garantice sin muchos riesgos un exterminio no demasiado caro (Italia y Alemania en España, Japón en China, etc.). Una guerra como la actual, entre potencias parejas... ¿podrá llegar a ser una guerra verdadera?

En todo caso, lo que hoy entendemos por “cultura europea” ha quedado arrinconado en Francia e Inglaterra y, de algún modo, entrñado en el destino nacional de esos terruños. La causa de la justicia coincide absolutamente con la posición anglo-francesa. Y como la cultura europea y la justicia son cosas muy serias, sería absurdo no anhelar el triunfo de ciertos intereses que las llevan implícitas.

PATRICIO CANTO

TESTIMONIO FRANCÉS

De los artículos que van a continuación, dos están escritos por hombres muy jóvenes actualmente movilizados: Armand Petitjean y Jean Cazaux. El primero goza ya de una situación privilegiada en las letras francesas, el otro es casi desconocido aún, pero ambos se manifiestan igualmente dotados de las más preciadas cualidades del corazón y del espíritu. Sus artículos han sido escritos entre el mes de septiembre de 1938 y el conflicto actual. Constituyen las reflexiones sobre la guerra de los que se sabían destinados a participar en ella. No pueden imaginarse testimonios más valederos: no están deformados por ninguna intención oculta de propaganda. Los autores nada callan y señalan con la misma franqueza el bien del que se alegran y el mal que desearían remediar. Hacen su examen de conciencia con seriedad y entusiasmo. Sus adversarios fanatizados quizá estén a merced de cualquier sorpresa, pero ellos —cuando llegó la hora de la prueba— ya habían agotado sus dudas y sus vacilaciones, y la acción sólo puede confirmar la decisión tomada después de un autoexamen tan severo. La guerra, en efecto, ha llegado por la razón exacta que Jean Cazaux preveía y los franceses han ido al frente con los mismos sentimientos que describe Armand Petitjean, según su experiencia de septiembre. La movilización los habrá encontrado conscientes y dispuestos a la vez.

Estos documentos son publicados sin su autorización o más bien

sin la confirmación de su autorización. Quiero decir que la guerra es un acontecimiento lo bastante grave como para que pueda pensarse que plantea nuevamente todos los problemas. Así un escrúpulo podría hacer dudar, en rigor, del derecho de publicar testimonios que, escritos en la hora en que la resolución se formaba, aún contienen los ecos de toda clase de incertidumbres y de contradicciones. En realidad, esas incertidumbres y esas contradicciones honran a quienes las experimentaron. Ellas hacen que la resolución actual sea una resolución verdadera tomada con pleno conocimiento de causa y a la luz más cruda, y no un arrebato ciego y apasionado, un automatismo impuesto o la consecuencia de un delirio colectivo. No me habría asociado a la publicación de estos artículos en una revista —no obstante tan generosamente ligada a la causa que defienden sus autores— si éstos no fueran mis amigos, si no los conociera bien, si no tuviera en mis recuerdos más frescos la seguridad de que aprobarían de todo corazón el uso que hago de lo que ellos han escrito. Y cada cual comprenderá que, sólo en descargo de mi conciencia y por cierta honestidad profesional de editor ante una situación tan grave como la suya, he tenido interés en precisar este punto.

He unido a su contribución la mía, porque no me pertenece enteramente. Está destinada a representar aquí el punto de vista del Collège de Sociologie, donde hace cerca de tres años que Georges Bataille, Michel Leiris y yo nos consagramos a ver claro en los acontecimientos europeos y a definir frente a ellos la actitud más justificada y más ambiciosa. Ni Jean Cazaux ni Armand Petitjean participaban en esa actividad y quizá no siempre la aprobaban. La conocían, por lo menos, y la estimaban. Es suficiente para que este artículo encuentre un lugar junto a los suyos. No será difícil hallar entre ellos un lazo común: el mismo respeto por la realidad, la misma afición por lo universal, la misma preferencia incondicional por lo auténtico.

Los tres por sí solos pueden quizá dar una primera imagen de los valores que representa, frente a la aventura totalitaria, aquello que permite y alienta una civilización que quiere ser ante todo una civilización

y para quien las virtudes militares sirven únicamente de protección a las virtudes civiles, sin llegar a constituir, por un error sin fertilidad, un fin independiente que las excluye de todas las circunstancias de la vida. En la antigüedad, Atenas y Esparta se mostraron como los símbolos de estas dos formas de concebir la existencia. Por lo tanto no podrá parecer anacrónico el ofrecer la ocasión de releer, como conclusión de estos testimonios actuales, la oración fúnebre de los atenienses caídos en Platea que pronunció Pericles y que ha recibido de la pluma de Tucídides su forma definitiva. Se encontrará en ella, además del tono digno y a veces brutal —siempre sin énfasis y sin complacencia— que puede emplear un hombre libre que habla a hombres libres, el juicio de un contemporáneo lúcido sobre la oposición de dos ciudades y sus méritos respectivos. Está permitido a la historia agregar un considerando. El viajero adquiere conciencia de la belleza y aún concibe la idea de la perfección viendo sobre la Atenas moderna las ruinas impecables del Partenón y de tantos otros templos que el mismo Pericles hizo erigir en la Acrópolis y cuyos vestigios conservan enteros, en cada fragmento, esa belleza y esa perfección que hoy continúan siendo una consigna y un llamado. Todo muestra que allí reinaban en armonía Apolo y Dioniso. A la inversa, el pico de los arqueólogos no ha podido restituir al pie del Taigeto y en las orillas del Eurotas, en un sitio tan claro y de una escritura geográfica tan neta, el menor rastro de la orgullosa metrópolis que fué Esparta, y las virtudes mismas de Lacedemonia sólo son conocidas y admiradas gracias al talento de sus adversarios, gracias a esa generosidad, a esa sinceridad en las que éstos hacían consistir lo esencial de su civilización. Esparta la encontraba por ese motivo decadente y corrompida, pero no se imaginaba que las hazañas de sus capitanes y de sus héroes, su renombre y hasta sus nombres sólo serían transmitidos por el genio de los que ella despreciaba.

¿Qué mejor lección para abrir los ojos más ciegos?

R. C.

LA GUERRA EN LAS CONCIENCIAS

ANGUSTIA E INHIBICIÓN — ENSAYO PSICOLÓGICO

El presente estudio ha sido escrito, en su mayor parte, antes de los acontecimientos del 15 de marzo de 1939. Desde entonces se ha diseñado un nuevo giro en la actitud del gobierno (y, aunque en grado menor, de la opinión) que acaso permita dar por caducados algunos de los juicios enunciados en el texto.

La amenaza de guerra más o menos explícita que desde hace varios años pesa sobre Europa con aparentes calmas y bruscos paroxismos, tales como el ensayo general de septiembre último, amenaza que no deja de presentarse a diario bajo una nueva forma en la actualidad internacional y que tanto los gobiernos como la prensa se esfuerzan en mantener presente en la atención del individuo, se ha alojado en el fondo de las conciencias, dando lugar a una verdadera familiaridad, de suerte que lo que se llama todavía “la paz”, pero también cada vez más “la ante-guerra”, ya no es otra cosa actualmente que una neurosis de angustia incoercible y tiránica. Esto no es sólo una metáfora que no haya que tomar al pie de la letra, porque el estado de ansiedad y de alarma en que se encuentra hundido nuestro país ofrece a la observación todos los síntomas de una enfermedad psíquica grave (se sabe, por lo demás, que ha llegado a empujar a ciertas personas hasta el suicidio), heredera directa del “complejo de la Defensa Nacional” de que habla Oswald Spengler y al cual corresponde, como primer cuadro de síntomas, los sentimientos de inseguridad y de suspicacia que han suscitado la inflación de los armamentos y el refuerzo de las potencias militares francesa y alemana. Toda averiguación a este propósito choca desde el principio con las mayores dificultades a causa de la polémica que tiene lugar en torno a lo que constituye el motivo mismo de la angustia,

así como por la circunspección que cada uno pone en la expresión de sus propios sentimientos o por el verbalismo con que intenta disimularlos. El investigador es conducido, así, a concebir la mayor desconfianza respecto a los testimonios recogidos y el hecho de que, ciudadano de este país, no pueda apenas escapar él mismo al estado de ansiedad objeto de sus investigaciones, no es como para facilitarle la crítica. La "psicosis de guerra", semejante en esto a muchas perturbaciones psíquicas, tiende a hurtarse por sí misma a la observación directa. Basta, para convencerse de ello, prestar oído a la menor conversación sobre el tema, incansablemente reanudado, de la conducta a seguir por Francia con miras a asegurar el mantenimiento de la paz. Es frecuente oír a alguien que opta por la resistencia a las empresas adversas que pueden poner aquélla en peligro, clamar desde que se pronuncia la palabra guerra, aun no pudiendo ignorar —o incluso aceptando en su fuero interno— que es vana toda resistencia que se prohíbe asumir el riesgo y excluye así del arsenal de sus medios el último recurso, el recurso de las armas. Pero de hecho, aunque uno no pueda apartar su pensamiento de la cosa, no por eso deja de estar menos prohibida la palabra. La multiplicidad de estas obrepciones, de estas reservas interiores —imitadas durante la crisis de septiembre por los grandes diarios que rivalizaban en la ingeniosidad de las reticencias— es de tal naturaleza que hace pensar que nos hallamos en presencia de una ambivalencia latente que pone en movimiento, junto con el temor, algo que se parece al deseo.

De hecho, la observación descubre síntomas en relación con cada una de estas dos instancias. De la primera participa este miedo de las realidades que denunciaba recientemente M. Van Zeeland, miedo que va hasta la incapacidad infantil de enfrentarse con ellas y que se acompaña de todo un lamentable cortejo: incertidumbres, inhibición, renuncia, vergüenza, estériles querellas sobre el pasado —por las que se trata de no considerar un presente y un porvenir demasiado temibles— o necesidad pueril de tranquilizarse a todo precio, no penetrándose de la propia fuerza sino cerrando voluntariamente los ojos a la agudeza del peligro. Casi todas las versiones de la crisis de septiembre procedentes de observadores aislados (y la de Montherlant con más vigor, si no con más imparcialidad) se aplican a desmentir la fábula de resolución y de valor acreditada por la gran prensa y a poner de relieve, al contrario, una angustia y un desorden que llegaron incluso a derivar localmente en pánico contagioso, generador de actos irrazonables y desastrosos para el individuo (huídas preci-

pitadas, ventas de bienes en condiciones irrisorias, o, al contrario, adquisiciones de "refugios" a precios de oro). La "calma" que siguió no logró disipar plenamente la angustia, porque el francés —este conservador por excelencia— ha sentido vacilar la confianza que tenía puesta en la inmovilidad de un mundo en apariencia todavía intacto y sin grieta, pero encerrando —le ha sido preciso reconocerlo— virtualidades terribles capaces de engendrar trastornos repentinos e irrefrenables; donde la tierra ha temblado, temblará. De ahí el carácter, inevitable a sus ojos, de una deflagración final reforzada más aún por la certeza de su impotencia para prevenirla (los diarios, con su jerga china, hipostasiando en algún modo la noción de guerra, ¿no llegan hasta a asignar a esta última un desarrollo propio y como una voluntad autónoma que desbarata las previsiones y los cálculos de los hombres de estado?). Esta fatalidad la reconoce igualmente en el adversario, porque se le ha enseñado que el dictador alemán, semejante al aprendiz de brujo, no es dueño de la ola de pasión que ha desencadenado. Ni por un instante sueña, por lo demás, en concluir de ahí que la resistencia sería contraproducente dadas tales conjeturas, porque imponer un límite significaría, a buen seguro, precipitar un fin. Y experimenta, con relación al enemigo eventual, un indiscutible sentimiento de inferioridad (alimentado, como se verá, por ciertas fracciones de opinión, elementos extraídos de la conciencia de partido) que le persuade, no sólo de la supremacía de armas de que dispone el otro campo —aunque nadie ha podido medir su exacto valor, puesto que no han encontrado nunca la prueba de una resistencia— sino también de su decisión absoluta de servirse de ellas en un instante desde largo tiempo detenido por él. De ahí una especie de admiración tácita, mezclada de temor, por la destreza del rival alemán.

Tales sentimientos son como los del niño cohibido ante la revelación del poder paternal irresistible. La gran prensa no deja de llevar, en esta regresión infantil, una mediana parte de responsabilidad, pues lejos de dirigirse al juicio político o al *angor patriae* del ciudadano no supo otra cosa, en lo más fuerte de la crisis, que adular lo que el individuo tiene de más débil, de más desarmado y de más solo. En lugar de esclarecer los fines verdaderos que conducían el juego, ella, ateniéndose a los pretextos exteriores (¿nos batiremos por los checos?) no cesó de rebajar el debate al nivel de las polémicas personales (reclamando, por ejemplo, que toda afirmación de intransigencia procedente de un político francés fuese sancionada por un compromiso de alistamiento en la

infantería, etc.) y lejos de inculcar a este pueblo la idea de que *existía*, es decir, de que entraba en cuenta en los cálculos del adversario, se dedicó solamente a poner bajo sus ojos las afirmaciones que éste proclamaba de su propia existencia (Hitler va a hablar, Hitler habla, Hitler ha hablado). Incluso la terminología bastante ridícula que se inauguró para la circunstancia (día de espera, se respira mejor, etc.) no dejó de concurrir, con las “iniciativas generosas” y las predicciones de los videntes, para componer a Francia, en este instante crítico, un alma pueril de “midinette”, como ha dicho tan justamente Montherlant. Cómo extrañarse, entonces, del renunciamiento completo de la opinión que hizo que los nuevos golpes de fuerza perpetrados seguidamente por el canciller Hitler fueran acogidos (hablo del primer movimiento) con indiferencia, hasta con alivio: podemos creernos, esta vez todavía, fuera de la querella, no se está obligado a respuesta inmediata ¹ —mientras que las reacciones que suscitaron de parte del gobierno francés hicieron nacer en el país la desconfianza y el temor. Este pueblo está en verdad tan lejos de comprender cualquier cosa que atañe a política extranjera, que los acontecimientos sobrevenidos fuera de sus límites territoriales no llegan a emocionarle sino mediatamente, por el contragolpe de las medidas interiores que originan, y estas últimas no están lejos de parecerle aún más terribles que los atentados del adversario.

El sentimiento de humillación —muy vivo, aunque generalmente informulado, y de una importancia capital en la explicación de la marcha ascendente de la neurosis, como se pretende mostrar en el curso de este estudio— acompañando a la inhibición misma, viene todavía a reforzar su imperio; y si, como se ha visto, uno se obstina en interrogar estérilmente el pasado, es para tratar a toda costa de justificarse ante los propios ojos. Remontándose hasta los primeros “actos unilaterales” de los dictadores, causa extrañeza que no se les hayan puesto obstáculos cuando indiscutiblemente la cosa era todavía fácil; pero con la ayuda de los odios partidistas se ha designado en seguida a los responsables de esta omisión en algún campo político al que no se pertenece; se ha repudiado toda solidaridad con estos malos ciudadanos, esperando de este modo lavarse uno mismo de la censura; y así la encantadora política interior viene siempre a consolar de lo que la otra tiene de trágico y de irreparable.

¹ Las tentativas de resistencia que se esbozaron luego, no deben hacer olvidar la mezquina e hipócrita afirmación que repitieron a porfía las radios francesa e inglesa al día siguiente de los sucesos del 15 de marzo: ni Francia ni Inglaterra podían hacer nada.

Se me acusará, sin duda, de haber ennegrecido el cuadro; las cosas, es verdad, poseen otra cara, fundándose en la cual muchos se esfuerzan en atemperar la primera; equivocadamente, por lo demás, pues ambas no se conciertan. La psicosis de guerra parece pertenecer al tipo de las turbaciones psíquicas alternantes: para el mismo sujeto, a períodos de consternación y de sumisión total al acaecimiento, tales como acabo de describirlos, se siguen otros, aunque breves, durante los cuales prevalecen conductas diametralmente opuestas. Alguien —que la víspera daba muestras de todo menos de resolución— aparece súbitamente lleno de seguridad intrépida, de intransigente indignación; barridas todas sus inquietudes, despreciando en los demás los mismos temores que él compartía poco antes, proclama para su país la necesidad urgente de las iniciativas más temerarias. En suma, presto a aceptar el azar, a ceder de barato incluso su propia vida, he aquí ahora animado de esta “buena voluntad de morir” en la que Nietzsche veía el distintivo del héroe. Nada hay en esto, por lo demás, que deba confundirse con esa vehemencia verbosa que no expresa el coraje ante el peligro sino la certidumbre de su lejanía en el tiempo o en el espacio (actitud de los Estados Unidos durante la crisis de septiembre), pues en los instantes más críticos, por el contrario, es cuando se manifiesta más comúnmente aquel modo de ser. Todo lleva a creer que se trata de algo sincero y profundo, y que si un tal comportamiento queda pasajero y sin eco, desprovisto de incidencia sobre la actitud general del grupo, es sin duda porque su ejemplo encuentra resistencia en el plano superior de la colectividad —o aun porque la ausencia de cohesión es tal a ese nivel que las veleidades individuales, no encontrando en él un sistema de fuerzas en qué integrarse, son condenadas a quedar estériles, imposibilitadas de dar nacimiento a una nueva serie ¹.

¹ El examen de la línea de conducta (no digo de la política, que sería un nombre demasiado bello) en que se ha mantenido el gobierno francés antes y después de Múnich confirma una tal descripción de un modo clarísimo; como si los depositarios del poder hubiesen calcado su actitud sobre la de sus subordinados los cuales nunca tuvieron, sin duda, en el curso de la historia, jefes tan a medida de los que merecían. La inhibición descripta parece, incluso, haber sido aquí más profunda todavía y, en razón al temor que inspira el posible resentimiento del extranjero, se extendió desde los actos hasta las simples palabras. En nada cede la imprevisión del gobierno a la incapacidad infantil demostrada por la opinión de encarar las realidades del presente. En efecto, siempre sorprendido por los acontecimientos, deja al adversario ocupar una a una las posiciones-llaves (Baleares, Hainan) que hubieran podido asegurar nuestra resistencia, como si sólo contase en última instancia, para tenernos al abrigo de una agresión, con la problemática posibilidad de alejar de la guerra,

Una tal observación lleva a considerar el problema etiológico de perturbaciones cuyas consecuencias sobre los destinos nacionales aparecen, tan desastrosas, desde ahora, que sin duda alguna hay que imputarlas a un desequilibrio grave del sistema colectivo. Pero el poco avance de la psicología —y más aún de la psicopatología— de los grupos sociales, hace que sea bien difícil aportar a ese problema una respuesta válida, fundada sobre algo más que aproximaciones y analogías. Cabe apoyarse de todos modos, como primera indicación, sobre la similitud —puesta en evidencia por Freud —entre las neurosis individuales y ciertos aspectos del psiquismo social¹. Precizando su pensamiento sobre este punto a propósito de un caso semejante al que es objeto del presente trabajo, el maestro de Viena escribe: “El miedo del individuo es provocado, bien por la gravedad del peligro, bien por la desaparición de los lazos afectivos (localizaciones de la libido); este último caso es el de la angustia neurótica; así, el pánico se produce sea a consecuencia de la agravación del peligro que amenaza a todo el mundo, sea a consecuencia de la supresión de lazos afectivos que aseguraban la cohesión de la multitud y, en este último caso, la angustia colectiva

aun con la casi certidumbre de la victoria, a los pueblos destinados a tomar las armas contra nosotros, posibilidad susceptible de entrar en balance en las deliberaciones de sus dirigentes. No se piensa que cada nuevo golpe de fuerza inicia un porvenir, y no es sino una pieza de un plan más vasto. Se toma, al contrario, como si realizara en sí su fin; a partir de esto se apresura uno, después de algunas recriminaciones, a ratificarlo, no pasando de conjurar a los dictadores para que se muestren en adelante “buenos vecinos”, con lo cual no sólo se les asegura la impunidad, sino más aún: se les alienta. Bien es verdad que mientras se habla de precaverse de aventuras se decora con el nombre de prudente contemporización la imprevisión más ruinosa; se insiste en que las autocracias son frágiles y que el tiempo actúa contra ellas, aunque sea evidente que el tiempo no actúa solo y que el hundimiento del primer imperio, por ejemplo, nunca hubiera tenido lugar si Inglaterra hubiese cesado de fomentar coaliciones contra él; el simple buen sentido asegura, al contrario, que la consolidación del dominio de la fuerza es la sanción inevitable a la abdicación de la resistencia. Pero las lecciones de los hechos están tan lejos de ser entendidas que se persiste en mantener una creencia casi mística en la virtud intrínseca de las protestas diplomáticas, como en la exhibición completamente platónica de la fuerza de que se dispone (para no tener que servirse de ella, según la frase famosa: pero eso el adversario *tampoco lo ignora*). Este desistir del poder en el terreno de la política exterior se extiende, por otra parte, al de los asuntos interiores; no se cansan, a pesar de su escaso efecto, de las llamadas lacrimosas al civismo y a la unión (así Inglaterra, que cuenta para reforzar los efectivos de su ejército con la buena voluntad de las poblaciones). Estado a modo de fraile predicador, o monje mendicante. También se deja observar ahí la alternancia psicológica señalada a propósito de la colectividad: “Checoslovaquia será defendida” proclamaba con firmeza, antes de Múnich, el Presidente del Consejo; “ni un metro de tierra, ni uno solo de nuestros derechos”, tal es el leitmotiv actual. En mi opinión, tanto en un caso como en el otro, la sinceridad es completa.

¹ Cf. *Essais de Psychanalyse*, tr. francesa por Jankélévitch, págs. 9, 170.

presenta analogías con la angustia neurótica”¹. Tratando de esta última en *La Introducción al Psicoanálisis*², Freud nota, en efecto, que “la angustia constituye la moneda corriente contra la cual son cambiadas, o pueden ser cambiadas, todas las excitaciones afectivas”. Sin querer sobreestimar el valor explicativo del psicoanálisis en un terreno tan diferente de su dominio propio, se puede, sin embargo, considerar que estas dos observaciones de Freud dan una primera inteligencia del mecanismo de la psicosis de guerra, así como de sus causas; ellas vienen a coincidir, por lo demás, con las conclusiones a que diversos pensadores jóvenes —entre ellos los más sensibles a los problemas sociales contemporáneos— han llegado por vías diferentes: “No vacilamos en ver la causa... (de la ausencia de reacciones vivas ante la guerra)... en el relajamiento de los lazos actuales de la sociedad, en su casi inexistencia en razón del desenvolvimiento del individualismo burgués” se lee, por ejemplo, en una reciente declaración publicada por varias revistas literarias francesas³. Sobre la indiferencia respecto a los demás, así como respecto a las estructuras sociales y la cosa pública que caracteriza a los modernos, y sobre la esterilización de los grupos constituidos que de ahí se deriva, se ha dicho casi todo y con mucha fuerza (aunque sin precisar siempre bien si la depreciación de los ideales en que se cimentaba la unión es la causa o la consecuencia de la dislocación de la comunidad)⁴, de modo que me dispensaré de insistir sobre este punto. Aunque una tal explicación dé cuenta de la etiología lejana de la psicosis de guerra (sin aclarar enteramente, sin embargo, el juego de su determinismo inmediato) no se ve bien ahí, en cambio, lo que pudiera arrojar alguna luz sobre la alternativa de estados que se nota en ella, de suerte que es admisible dudar de que la interpretación dada sea exhaustiva o incluso simplemente satisfactoria. A este respecto, se puede hacer notar que los textos de Freud a que acabamos de aludir están en relación con el primer esquema del aparato psíquico adelantado por el maestro de Viena, cuando aún no admitía la existencia de las tendencias anagógicas inconscientes. No es extraño, pues, que deje en la sombra aquellos síntomas descritos que denotan en el individuo la presencia, al menos momentánea,

¹ Cf. *Essais de Psychanalyse*, tr. francesa por Jankélévitch, pág. 117.

² Tr. Jankélévitch citada, París, 1922, pág. 432.

³ Declaración del Colegio de Sociología en *N. R. F. y Esprit* (noviembre de 1938).

⁴ Cf. en particular a este propósito: A. M. PETITJEAN, *Le moderne et son Prochain*, París, 1938 y EMMANUEL MOUNIER, *Manifeste au service du Personalisme*, París, 1936.

de resolución y de valor (fenómeno estrictamente individual, como se ha visto, y que por consiguiente no se podría atribuir a la recreación pasajera de lazos sociales que fijan la libido). Pero se sabe que Freud ha sido conducido después a modificar este primer esquema (consciente, preconsciente, inconsciente) por la introducción de una instancia psíquica nueva: el *super-yo*¹. Fiel al principio fundamental del psicoanálisis que hace prevalecer, a lo largo de toda la vida humana, la causalidad de las primeras huellas infantiles, Freud define su génesis a partir de la identificación del hijo con el padre, “primera manifestación de un ligamen afectivo hacia otra persona”. Guardián de una ética inflexible, el *super-yo* “mantiene frecuentemente al yo bajo una severa tutela y continúa tratándole, en verdad, como antes los padres —o el padre— trataban al hijo”². Por la naturaleza de los medios de represión que ejerce: ascesis y sacrificio, culpabilidad y castigo, participa del *instinto de la muerte* del cual constituye, al decir de Freud, “una especie de cultivo”.

¿En qué sentido la intervención de esta jurisdicción severa, de esta “instancia heroica” —de la cual se adivina que es la que determina la segunda serie de síntomas a que se hizo antes alusión—, permitirá aclarar el *conflicto interno* a que nos vemos conducidos a referir ahora la angustia-neurosis de la ante guerra? Un observación de Freud va a ponernos sobre el camino: “Es un hecho notable que cuanto menos agresivo se hace el hombre con relación al exterior, más severo se vuelve, es decir, más *agresivo*, en su yo ideal (*super-yo*)... se diría un desplazamiento, una orientación de la agresividad hacia el yo”³. Se

¹ Cf. FREUD, *Essais de Psychanalyse* (Le Moi et la Soi) y E. JONES, *La conception du Surmoi* en *Revue Française de Psychanalyse*, N° 2, 1927, págs. 324-336. La terminología tomada de Freud y de la cual se hace uso aquí, tiene ante todo un valor de exposición, ya que no podría, en todo rigor, ser extendida de la psicología (o, como dice Freud, de la “metapsicología”) individual al dominio social. Además, en la exposición que sigue se hace abstracción de la tercera entidad definida por el Maestro de Viena: el *uno mismo* inconsciente, amoral, alógico, heredero filogénico de “un psiquismo arcaico”, para no conservar más que la oposición dialéctica del *yo* y del *super yo*. Es de notar que no se podría, en buen derecho, identificar este último al imperativo ético, que deriva de una norma con carácter de generalidad (que Francia la niegue o no la considere como primitiva, es cosa que no ha lugar a discutir aquí) no representando el *super-yo* más que el rostro temible y tiránico que adopta, bajo la influencia de la educación familiar o de traumatismos psíquicos infantiles, la moral individual inconsciente. Se trata, pues, de una noción original que justifica la introducción de una terminología especial.

² *Le mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient*, trad. francesa Marie Bonaparte, Paris, 1930, pág. 281.

³ *Essais de Psychanalyse*, tr. citada, pág. 224.

puede considerar, pues, que el super-yo, impedido por algún obstáculo de hacer del adversario exterior el objeto de sus veleidades ofensivas, las cambia —según el proceso definido por el fundador del psicoanálisis— en una vindicta que vuelve contra el yo, cargando a este último de reproches con ocasión de sus terrores irrazonados e infantiles, abrumándole del desprecio de que el héroe cubre al cobarde. La consecuencia de este cambio de frente interior, fácil es preverlo, no puede ser sino un sentimiento de culpabilidad y de vergüenza “que encuentra su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo representado por el sufrimiento”¹, tendiendo así a asegurar el imperio del estado mórbido, a prolongar su duración, a reforzar, por consecuencia, la inhibición que el yo madura en la neurosis. El carácter de compulsión de la angustia, así como la diversidad de signos que ella ofrece, aparecen de ese modo explicados.

En realidad, las consideraciones que preceden dejan en la sombra un punto completamente esencial: a saber, la naturaleza de los obstáculos responsables de la conversión contra el yo de la agresividad del yo ideal, agresividad que hubiera debido normalmente ejercerse sobre el enemigo propuesto por el mundo exterior para permitir al yo, impávido ya como en el caso del *humour*², recoger el beneficio de la ansiedad que es la revelación del peligro y la posibilidad de prepararse a él de antemano. Dichos obstáculos no deben, en buena lógica, buscarse del lado del enemigo externo considerado en sí mismo, en la supremacía indiscutible de sus fuerzas, por ejemplo, que obligaría a la instancia heroica del yo ideal a volverse contra un adversario más débil. Pues este super-yo, por su misma naturaleza intratable, no admitiría derrotas de este orden y, además, esta supremacía de fuerzas, quizá efectiva actualmente, no lo era en un comienzo (cuando las primeras violaciones del tratado de Versalles por el canciller Hitler, el restablecimiento de la conscripción y la remilitarización de la Renania). Si por eliminación se llega a concluir que sólo de obstáculos interiores puede tratarse, se creará quizá fundado reclamar una vez más el concurso del psicoanálisis. Ahora bien: éste no tiene aquí respuesta que suministrar, porque las explicaciones genéticas de la angustia que está en condiciones de aportar —fobia infantil de la castración (Freud), traumatismo del nacimiento (Otto Rank)— no son explicaciones causales de diferencia que permitan comprender de modo

¹ *Essais de Psychanalyse*, pág. 219.

² Cf. *Le mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient*, trad. cit., pág. 277 y siguientes.

evidente por qué alguien sufre de neurosis mientras que otro se halla indemne y, en el caso que nos ocupa, por qué razón la inhibición que afecta a las democracias no es compartida por los estados totalitarios. Las resistencias, pues, deben ser localizadas en lo que aquellas, en relación a esto, tienen de específico, y uno se encuentra conducido a investigar si no existirán, por ejemplo en Francia, en los diversos planos del organismo colectivo, presiones antagónicas que generen perplejidades y debates interiores en la colectividad —y a preguntarse incluso, pues no se puede tratar sino de algo muy profundo, si no serán los móviles mismos de la acción los que, a causa de su incoherencia o de su ambigüedad, han venido, en definitiva, a jugar el papel inverso de frenos.

Al examinar las motivaciones susceptibles de arrastrar la adhesión pasional de un grupo y enderezarle frente a un grupo adverso que atentase contra el libre ejercicio de la vida colectiva, deben tomarse como punto de partida los ideales por los que esa vida misma declara regirse y que, como tales, son propuestos a los ciudadanos por los rectores de la ciudad.

En primera línea de estas ideas-fuerzas se encuentran la Libertad y la Patria. La primera parece dotada del mayor prestigio; el solo enunciado de la palabra basta generalmente para suscitar el entusiasmo (bien poco durable o eficaz, es cierto) de los oyentes de discursos dominicales, aunque éstos no se hallen del todo de acuerdo sobre la significación que ellos le atribuyen y aunque algunos, incluso, no le confieran ninguna. La reflexión tropieza, por otra parte, con las máximas dificultades para profundizar su contenido; sin entrar en tales especulaciones, yo indagaría simplemente hasta qué punto la libertad puede pasar actualmente en Francia por el primer motor capaz de recrear la cohesión del grupo, y de conferirle una fe militante que pueda promover la lucha en su favor, sea cualquiera el terreno en que se la ataque. Se notará inmediatamente que para que ella pueda gozar de semejante virtud, sería preciso primero que el campo que se declara su campeón, frente al otro, estuviese seguro de su buen derecho a ello sin posible equívoco: ahora, sobre este punto primordial tampoco existe unanimidad. Pues ciertos franceses lejos de asociar el concepto de libertad a la forma actual del Estado y de la Sociedad, estiman, al contrario, que aquella no es de ningún modo respetada en ésta y que se la ha reemplazado por un fantasma ilusorio, no siendo otra cosa, por ejemplo, que la libertad de morir de hambre muy pagado de grandes frases vacías; y vemos a los dictadores, del otro lado de la barricada, reivindicar para su cuenta la libertad verdadera, hecha

de adhesión o de libre consentimiento, y prevalerse del título de “democracias confirmadas”. Si de derecho no es ya fácil hacer justicia a estas últimas pretensiones, de hecho sobran razones para que no puedan tomarse en serio; pero la fortuna que ellas encuentran, sobrepasando incluso las fronteras de sus países de origen (se sabe de sobra en función de qué modelo sueñan algunos en Francia con “perfeccionar” el régimen), inclina a pensar que se han desarrollado sobre un fondo verdadero, y que la noción democrática de libertad debe encerrar alguna flaqueza.

Esta flaqueza es real y los mejores de nuestros pensadores políticos de hoy no se privan de denunciar con vehemencia su fuente en el liberalismo individualista que, no conociendo otra libertad que la individual —la independencia en sentido estricto—, tiende a hacer olvidar que la colectividad, prestando al individuo el socorro de su fuerza y siendo garantía de su vida como de sus bienes, debe necesariamente, en cambio, ser ella misma sujeto de derechos que imponen límites a los del ciudadano. Pero este último ha venido a desconocer la obligación de abandonar una parte de sus prerrogativas al grupo regulador de su seguridad: y es esta falta de discernimiento lo que hace a la libertad, en nuestros días, de tal modo débil e impotente: parece hasta extraño, en efecto, y poco compatible con el espíritu de la libertad misma, la necesidad de usar de coerción y de violencia para defenderla — a tal punto parece lejano el tiempo en que se usó de la violencia para conquistarla ¹. No se logra ya concebir que ella no podría precisamente subsistir sin la salvaguarda de su contraria y que estas contrarias están indisolublemente ligadas; no se ve ya más que antítesis, allí donde antes se supo pasar al momento dialéctico ². Cuando el ideal que anima

¹ Esta anomalía del modo de adquisición ¿no es compartida por la razón, que no ha podido tomar progresivamente conciencia de sí misma más que apoyada por su contrario, lo irracional? (Cf. a este propósito L. BRUNSCHVIG, *Les Ages de l'Intelligence*, y especialmente el capítulo consagrado al pitagorismo). Así las más altas normas humanas, no parecen a medida del hombre.

² El perfeccionamiento mismo de las instituciones democráticas, haciendo que en tiempo normal la protección de todos incumba solamente a algunos (policía, ejército activo) cuidadosamente especializados en esta función y gozando por ello una menor libertad individual que el conjunto de los ciudadanos, y siendo así frecuentemente objeto de su desestima, contribuye a agravar este sentido de la libertad. Cada uno tiende a reposar sobre un apaciguamiento mediocre de sus propias fuerzas vivas, y repugna tanto más el hacerse soldado del grupo cuanto que él ya no tiene que ser soldado de sí mismo. De ahí, a consecuencia de una reacción en sí excesiva, el desenvolvimiento considerable en los países fascistas de las formaciones de patrón militar. Ya en 1913 Benjamin Constant denunciaba esta debilidad orgánica, ante la agresión, de los pueblos habituados a la paz: “Es probable que la misma dispo-

a la comunidad está falseado, sobrevienen para ésta las más graves consecuencias: se encuentra desasistida y en peligro de ser disgregada por aquello mismo que hubiera debido constituir la arcada de su cohesión, el principio de su fuerza. Es significativo, por lo demás, que tal herejía arrastre una desafección casi completa a la libertad, la cual —como escribe melancólicamente J. R. Bloch— ya no es apenas sino un lujo del que los franceses no saben qué hacer. De suerte que el último recurso a las armas para defenderla debe levantar de parte de este pueblo una doble objeción: de un lado la guerra, instituyendo desde su advenimiento un régimen de coerción absoluta, oprime la libertad del individuo, la única a la cual éste se atiene todavía y, al adormecerla, hace temer que aquella coerción la comprometa finalmente en un riesgo mortal; del otro, su desligamiento de una libertad más alta (y de la civilización que ella funda y de la cual él no espera sino beneficios materiales) es causa de que aquella le parezca contar muy poco en relación con la imagen demasiado impresionante del gran erial salpicado de cadáveres. Para batir en la brecha a la libertad verdadera, fuente del Derecho, la libertad individual llama así en su socorro al humanitarismo. No estando claramente distinguidas todas estas nociones, resulta en los espíritus la más total confusión ¹. Para disiparla, para que de origen de incertidumbre se convierta en motor de energía, sería preciso que la libertad se invitiese de la virtud obligatoria de lo sagrado, que se implantase como una religión nueva en el seno de la democracia laicificada ², a falta de lo cual esta última reducida según la frase de Nietzsche “al desencadenamiento de la pereza, de la fatiga y de la debilidad” habrá merecido su pérdida. La Libertad, a los ojos de los Convencionales, tenía, sin equívoco posible, por lugar la Patria, región privi-

sición de los modernos que les hace preferir la paz a la guerra, dé, desde un principio, grandes ventajas al pueblo forzado por su gobierno a ser agresor. Naciones absortas en sus goces serían reacias para resistir; abandonarían una parte de sus derechos a fin de conservar el resto y esperarían salvar su reposo cediendo algo de su libertad. Por una combinación muy extraña, cuanto más pacífico sea el espíritu general más facilidades de éxito inmediato hallaría el estado que entrase en lucha contando con ese espíritu”. (*De l'esprit de conquête et de l'usurpation, dans leur rapports avec la civilisation européenne*, chap. XI).

¹ Principalmente en los partidos de izquierda, a los que ha sido necesaria la violenta luz suministrada por los acontecimientos de septiembre, para sospechar que no se puede estar *a la vez* contra la guerra y el fascismo. Se sabe qué escisiones se siguieron de esto en el seno del partido socialista y de los intelectuales antifascistas.

² “La Democracia francesa es una Orden que ha tomado por Regla la Libertad. La Regla está ahí intacta, suceda lo que suceda. Pero la Orden espera a sus monjes”. M. SCHUMANN, “La liberté règle de la démocratie” en *La France veut la Liberté*, cahier collectif, Plon ed., Paris, 1938.

legiada en una Europa presa de la tiranía; de ahí el ardor que, en el día del peligro, impulsa a las fronteras a los soldados del año II, heraldos de una nueva guerra santa. Hoy, esta alianza de dos ideales padece del contrasentido cometido a propósito de la libertad y se ve contradicha, además, por el internacionalismo y el pacifismo, pues el patriotismo pierde incontestablemente lo mejor de su poder de exaltación y de contagio si renuncia a hacerse el celador de un credo nacional al cual trate de convertir el resto del mundo. A menos de llevar una tal misión, sólo puede tender a una avaricia sin grandeza, a una retracción miedosa en torno a lo que se posee: lo demuestra el éxito alcanzado en la hora actual por las consignas de repliegue sobre el imperio y el "egoísmo sagrado". A decir verdad, cuando se entiende de esta manera y aunque siga constituyendo un foco de energía en el caso único de que se haya atentado contra el patrimonio nacional, el amor a la patria desempeña en toda ocasión el papel inverso de freno, disuadiendo de extender la mirada más allá de las fronteras y siendo agente, en esta forma, de la imprevisión más ruinosa ¹; inclinando, por ejemplo, a ver con desconfianza las alianzas con naciones extranjeras, en las que percibe mucho menos la ayuda que de ellas puede esperarse que la que habría que prestarles. Fundándose tan sólo en el suelo y en el pasado, es decir en diferencias naturales insuperables, hace al hombre opaco para el hombre y lo autoriza a lavarse las manos a costa de los sufrimientos inicuos impuestos a otros pueblos (hipocresía de la no intervención en España, del aislamiento americano) y pone obstáculos, por exigencias de un deber local y estrecho, al cumplimiento de más altos deberes.

Se podría esperar que la falta de motivaciones claras e imperiosas en el plano superior de los ideales nacionales que significan la urgente necesidad de una renovación total, fuese compensada en otro sentido, a defecto de doctrinas políticas, con la presencia de consignas activas, capaces de movilizar la afectividad y acarrear la adhesión. Los partidos, grupos dinámicos al servicio de fines fácilmente accesibles al entendimiento de la masa, tienen la labor de informar para cada uno el ideal colectivo. Disponiendo de los medios de expansión

¹ Pero la previsión es justamente lo que más se teme. Los franceses parecen, así, hacer suya la observación de Nietzsche (*Volonté de Puissance*, tr. Franc. G. Bianquis, II, 243) según la cual sería aquella la más segura entre las causas de las guerras.

de la propaganda y de la prensa, constituyen en sumo grado un factor de investimento pasional vuelto enteramente hacia la afirmación de sí y el combate. Estas son razones para tenerlos a priori como uno de los tipos de comunidades restringidas, a las cuales —según la frase de Bergson— el hombre parece naturalmente destinado, y donde le es lícito refrescar una energía enervada en el seno de colectividades demasiado vastas. Parece, pues, que en la coyuntura más desfavorable se podría esperar de ellos que preparasen a sus afiliados un desquite sobre el acontecimiento adverso, que ellos enjuician y del cual se sirven como de una flecha indicadora para orientar la acción próxima, cuyo riesgo aparente, de paso, reducen al mínimo integrándolo en el sistema de su polémica, desprovista —como se sabe— de sanciones graves. El hecho de que, no obstante, los partidos sean mirados generalmente en Francia como una de las principales fuentes de debilidad de la nación, requiere, pues, esclarecimiento. Sin querer entrar aquí en el detalle de las doctrinas, ya que, además, no se trata de otra cosa que de las posiciones adoptadas frente al problema de la guerra y de la paz, me contentaré con recurrir a la distinción entre partidos de derecha y de izquierda, tomada de la terminología política más corriente. Para precisar suficientemente su sentido, basta destacar el contenido implícito atribuido en unos y otros al ideal común de libertad, concebido —según Montesquieu— en relación con la obediencia a las leyes. Para las derechas, éste puede entenderse aproximadamente así: “inmutabilidad de las leyes, cerrada sobre la desigualdad de hecho”; para la izquierda: “reforma permanente de las leyes, abierta hacia la igualdad”¹. A partir de un cierto número de excepciones, imputables de un lado a la persistencia del viejo chauvinismo anti-alemán y de otro a la ideología pacifista, esta línea de demarcación, fundada sobre la política interior, también se ha mantenido en la política exterior, inclinándose la derecha por la conciliación con las dictaduras y la izquierda por la resistencia. El conocimiento de las posiciones tradicionales de los partidos hubiera permitido esperar otra cosa; pero según una observación reciente de Aldo Dami en la revista *Esprit*: “la

¹ De la triada: Libertad, Igualdad, Fraternidad, sólo la segunda es verdaderamente militante, armada del sentido de la justicia así como del resentimiento y de la envidia. A este mismo grito “igualdad de derechos” se ve hoy levantarse una clase social, un grupo de naciones. Pero siendo éste y aquella, por decirlo así, signos contrarios en relación con la antinomia de derecha e izquierda, que tiende a convertirse en una especie de categoría de nuestro espíritu, tal que no podemos impedirnos ya de juzgar según ella, nadie puede darles —o negarles— la razón *a la vez*.

existencia de los Soviets falsea todo". Por lo demás, los diversos grupos políticos, durante la crisis internacional de septiembre, se mostraron preocupados de disimular los verdaderos móviles de su actitud (fueron llegando después a una mayor franqueza, si no a un mayor cinismo), pero no es difícil percibir que los invocados en primer término (en la derecha el amor a la paz, en la izquierda el sentido de la dignidad nacional y de la palabra comprometida) no son otra cosa que fachada. En lo que atañe a la derecha, uno de sus escritores, Thierry Maulnier, ha tenido cuidado de advertirnos sin rodeos: "Una de las razones de la repugnancia muy evidente hacia la guerra que se ha manifestado en los partidos de derecha, no obstante ser muy puntillosos en cuanto a la seguridad y al honor nacionales y hasta muy hostiles sentimentalmente a Alemania, es que estos partidos tenían la impresión de que en caso de guerra... una derrota de Alemania significaría el hundimiento de los sistemas autoritarios que constituyen la valla principal contra la revolución comunista, y quizá la bolchevización inmediata de Europa. En otros términos: una derrota de Francia hubiera sido una derrota de Francia; pero una victoria de Francia hubiera sido menos una victoria de Francia que una victoria de principios considerados, razonablemente, como llevando a la ruina a Francia y a la civilización misma. Es lamentable que los hombres y los partidos que en Francia tenían este pensamiento no lo hayan, en general, confesado" ¹. También en la izquierda (no tengo a mano un texto tan formal) parecía cierto que el deseo implícito de abatir de modo definitivo los regímenes fascistas, en el exterior y en el interior, y de acelerar la marcha de la revolución social, fuese determinante en la elección de la posición adoptada ².

Se adivina sin dificultad que los partidos, embarazados por lo que callan,

¹ En *Combat*, nov. 1938. A esto se puede añadir que al temor de la pérdida del "gendarme" fascista exterior se une la de una situación interior peligrosa, creada por las hostilidades mismas, desde su apertura, al llevar a las fronteras, al mismo tiempo que las fuerzas armadas, una parte de la policía, mientras que el proletariado de la metalurgia (el más activo) permanecería en su mayor parte en las fábricas.

² En lo cual la izquierda se equivoca, sin duda, tanto como la derecha. Igual que los dictadores no salvarán el capitalismo —nosotros les vemos, al contrario, precipitar su fin— la guerra no apresurará el advenimiento de la revolución; siendo su primer efecto —ya reconocible en la anteguerra— interrumpir el curso de la reivindicación social y relegar la conciencia de clase al fondo de un pasado "civil" entregado al olvido. Hay que observar, por otra parte, que la guerra victoriosa adormecería durante largo tiempo las luchas partidarias, en la reconciliación nacional o en el cansancio — y, perdida, dejaría en efecto alguna probabilidad a la insurrección; pero sobre esto velaría el vencedor.

en el apuro de justificar a los ojos de sus afiliados un viraje casi total de actitud y de conciliar con las antiguas las nuevas consignas que aquel requiere, aportan tan sólo a la colectividad, ya afligida por tantas incertidumbres, un suplemento de escrúpulos y de mala conciencia. La psicología del partidario se ha hecho, así, muy compleja. En la derecha encierra, al mismo tiempo que una cierta vergüenza tácita respecto a Francia ("gangrenada por el Frente Popular") una admiración más o menos velada hacia las dictaduras fascistas, consideradas como paradigmas del Estado, y hacia los dictadores mismos, como encarnando el tipo ejemplar del jefe. Pero esta vergüenza, por sí misma una anomalía por parte de los eternos depositarios del orgullo nacional, es atemperada por un sentimiento de victoria más extraño aún, puesto que se funda en abrasadores descalabros infligidos a Francia, que hubiesen debido dar lugar normalmente a un sentimiento de inferioridad y de humillación sin mezcla. Así de Múnich, derrota diplomática, se llegó a hacer sin demasiado esfuerzo un éxito obtenido sobre el enemigo interior, la Izquierda, "el partido de la guerra", y el coronel La Roque no temió igualarle a los más grandes días de nuestra historia. "La instancia heroica" a que antes se aludía también encuentra medio, pues, de satisfacerse más o menos, volviéndose contra adversarios de los que tal agresividad no corre el riesgo de suscitar, como respuesta, reacciones demasiado peligrosas: comunistas, U.R.S.S., "extranjeros indeseables", o incluso judíos. Así se explica la euforia, a priori fuera de sazón, manifestada en estos últimos tiempos por la prensa de derecha, euforia no compartida sin reserva según toda verosimilitud por los partidarios mismos, a quienes la antigua hostilidad conservadora frente a Alemania y el recuerdo de las canciones patriotas a la Dérouléde, no debe dejar de perseguir con punzantes recuerdos.

Tampoco se le han economizado combates interiores semejantes al militante de izquierda quien, a través del rumor de los más recientes *slogans* chauvinistas, todavía siente resonar en sus oídos las diatribas con que no ha mucho se le abrevaba contra *toda* guerra (tan sólo los gobiernos califican la guerra de defensiva) financiada por el gran capital y los municioneros. No olvida cómo se le hizo ver que los intereses más viles se disfrazaban fácilmente bajo el nombre de la patria, y cómo el ejército seguía siendo el receptáculo de las coerciones más anacrónicas y más odiosas. Se extraña de que sus jefes no piensen en recurrir a la solidaridad del proletariado por encima de las fronteras, mientras los partidos de derecha no ocultan su comunión con el adversario en el antimarxismo,

y se extraña aún más de oír proclamar la intangibilidad del imperio por aquellos mismos que desacreditaban poco antes el imperialismo colonizador. Ante tales palinodias, llega así a preguntarse si el oportunismo de sus dirigentes, por salvaguardar de manera hipotética la posibilidad de la acción, no acabará despojándole de sus mejores razones para creer e intervenir.

Los jefes de partido, es verdad, despliegan prodigios de ingenio a fin de justificar esta reversión de sus directrices y poner a la opinión, que presenta siempre una cierta "viscosidad" en casos de evolución demasiado rápida, en condiciones de seguirles. Muy hábilmente, por ejemplo, reclaman la herencia de la revolución francesa, más particularmente del jacobinismo, a fin de reivindicar —al mismo tiempo que el patriotismo— el ejército "hijo del pueblo, guardián de la libertad". Las enseñanzas de los combates de España han demostrado, por otra parte, que la guerra civil no podría conducirse de otro modo que la guerra estricta y, haciendo justicia a la fórmula "milicianos, sí; soldados, no", han desvanecido muchas repugnancias. Se evita hablar de derrotismo revolucionario, pero no se pierde ocasión de lanzar anatemas contra el pacifismo acusado de tenderle la cama al fascismo. En cuanto a los doctrinarios, nunca es posible igualarlos en sutilezas: entre las eventualidades posibles, ante las que el ejército *durante esta guerra* sería garante, ¿no es preciso contar la desaparición, un día u otro, del concepto mismo de ejército? ¿Y no es hoy defender la patria salvaguardar la única esperanza de alcanzar en el porvenir una comunidad más amplia? En fin, así como se enseña al partidario a vencer sus aversiones tradicionales, se le enseña también a tener paciencia, esperando tiempos mejores en que podrán cumplirse las antiguas promesas —mientras que al mismo tiempo se deja, incluso con algunas protestas de pura forma, que desaparezcan una tras otra las ventajas conquistadas, porque es preciso cuidar de no dejarse encerrar en el famoso dilema: política de prestigio o política de ocio.

¿Es esto decir que tales motivos de incertidumbre y desaliento no tengan, aquí también, contrapartida más feliz en la conciencia del militante? No. Pues si la derecha, por ejemplo, se encuentra en situación embarazosa cuando se trata de designar al enemigo exterior —demasiado a la vista, no obstante, para que se pueda ignorar quién es— con un término que implique por sí mismo el descrédito y le entregue al mismo tiempo a la execración de la masa, la izquierda posee, en cambio, el de fascismo en su vocabulario. Y trayendo la política exterior al plano de las polémicas de partidos, no cesa de reprochar a la derecha

el haber dejado nacer y alentar este fascismo abominable e incluso, en la hora actual, no cesa de escatimarle sus complacencias. Al sentimiento de vergüenza que experimentan los partidos conservadores ante una Francia "infectada del virus marxista", la izquierda está en condiciones de oponer el orgullo que siente ante esta misma Francia que acaba de moldear a su imagen y de la que se reconoce todavía responsable. Y el que se haya pasado ahora a la oposición no hace sino facilitarle la crítica, cosa que no comporta, como se sabe, las mismas sanciones que el acto.

Estos diversos elementos no componen nada, ciertamente, que se parezca a una seguridad en sí. En la izquierda como en la derecha, el adepto se siente múltiple y contradictorio; no puede resolverse ni a abrazar lo que condenó poco antes ni a olvidar lo que admira o comparte del otro lado de las fronteras. Sin duda alguna, a la bastarda posición que ocupa respecto a los partidos (elegido por la izquierda, gobernando con la derecha) debe hoy el poder ejecutivo una buena parte de sus dilaciones y debilidades: los móviles activos que hubiera podido suministrarle la conciencia partidaria quedan así como neutralizados. Y la conclusión desalentadora impuesta por esta breve revisión es que, si la democracia se ha reconocido impotente para dotar de contenido y de fuerza efectiva a su ideal más alto, los partidos no han demostrado menos claramente su incapacidad de proponer a sus adeptos una doctrina coherente, adaptada a las situaciones nuevas. En suma, de llenar el papel de directores de la opinión que deberían asumir.

El individuo, destetado así por la carencia de grupo, de ideales y de imperativos, queda abandonado a sí mismo y a su soledad, en la que sólo puede descubrir debilidad y desesperación. La mayor parte siguen sin gran convicción buscando recomfortarse en la conciencia de partido y recitándose a sí mismos sus periódicos, bien que sospechando cada vez más la reticencia o la mentira de la información, la inanidad de las uniones y de las consignas. Las únicas reacciones originales que podrían encontrarse en el fondo último de las personas hay que buscarlas en aquellas que se mantienen alejadas de los partidos, sean éstos los que fueren, y se tienen incluso por refractarias a toda vida pública.

Respecto a la eventualidad de un conflicto próximo, estos individualistas apolíticos se pueden inmediatamente alinear en tres categorías: los primeros,

que toman una actitud favorable, sin por esto llegar lo más frecuentemente a mostrar con franqueza predilección por la guerra; los segundos, que rechazan su idea violentamente y proclaman muy alto su repulsa a participar en ella; los últimos, en fin, que incapaces, por su falta de solidaridad con la colectividad, de encontrarle la menor justificación, se aprestan simplemente a sufrirla.

No insistiré sobre el caso de los primeros, bastante raro sin duda (el riesgo que existe de hacer pública tal posición, en períodos de tensión internacional, hace que aquellos que la toman se guarden de intentar que se comparta) pues, según la observación de Benjamin Constant, "ellos se equivocan en varios siglos" y una inclinación anacrónica no puede más que ser y permanecer individual. El fundamento que le asigna Montherlant, quien lo confiesa sin rodeos, es la posibilidad que ofrece la guerra a la persona humana de "cumplirse", posibilidad que la paz, estado débil por excelencia, le rehusaría al parecer. Es lícito remitir a este Condottiero a las *Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte* en que Freud, en 1915, revela de qué clase de cumplimiento se trata y qué instintos encuentran ahí exclusivamente su pasto. Los pacifistas, al contrario, por ser más numerosos y activos, deben retener largamente nuestra atención. Éstos denuncian como impía toda guerra, incluso defensiva, se hacen los apóstoles de la objeción de conciencia y de la repulsa a servir. Tomando por lema un aforismo de Bertrand Russell, según el cual "ni uno solo de los males que se querrían evitar por la guerra es un mal tan grande como la guerra misma", mueven como primer resorte de su propaganda el argumento del horror a la guerra, horror acrecentado sin cesar en el curso de la historia ¹ para llegar a ser, en los grandes conflictos modernos, casi insostenible. Dejan a la pasión tan pocas probabilidades de encarnarse, realizan, más que una suspensión, tal inversión de la ética y del saber, que la expresión misma de "guerra justa" parece encerrar una antinomia irreductible y, como tal, que debe proscribirse definitivamente del vocabulario.

No me detendré aquí en lo que podría llamarse las "degradaciones del pa-

¹ "La nueva manera de combatir, la transformación de las armas, la artillería, han despojado a la vida militar de lo que tenía de más atrayente. Ya no hay lucha contra el peligro; no hay más que fatalidad. El valor tiene que imprimirse resignación o revestirse de indiferencia. No se experimenta ya este gozo de la voluntad, de la acción, del desenvolvimiento de las fuerzas físicas y facultades morales que hacía amar a los héroes antiguos, a los caballeros de la Edad Media, los combates cuerpo a cuerpo". (BENJAMIN CONSTANT, *loc. cit.*, cap. III). "La guerra no es ya una prueba para los héroes, sino una masacre de héroes" escribía Alain en julio de 1914.

cifismo": el hecho, por ejemplo, de los que guardándose de comprometer de antemano y de manera irreversible su actitud en caso de movilización, se contentan con hacer campañas humanitarias más o menos débiles con miras, generalmente, a la convocatoria de conferencias internacionales por la paz, presentadas como soberana panacea a todos nuestros males (como si aquellas no estuviesen contaminadas de una "impureza" radical desde el punto de vista precisamente de esta paz, dado que —como en toda diplomacia— las discusiones subentienden necesariamente las fuerzas que las apoyan y las valorizan); el caso, en fin, de los que no tienen otra preocupación que la de justificar, sea como sea y desde antes de la ruptura de hostilidades, su fuga de un país infestado de amenazas de guerra permanente, como otros lo están de malaria. En cambio, la posición asumida por los pacifistas furiosos que, como Giono, han tenido cuidado de hacer pública por anticipado, y arrostrando las consecuencias, su denegación de obediencia, es del más alto interés desde el punto de vista psicológico que aquí me ocupa; ellos parecen ser, en efecto, los fuertes a la espera del martirio y estar hasta impacientes del momento de rendir testimonio de su fe ante el pelotón de ejecución. El super-yo, habiendo impuesto al yo el sacrificio supremo, parece aquí vencedor sin réplica y todo lleva a creer que el temor de la guerra se encuentra entonces barrido, la neurosis de angustia definitivamente sobrepujada.

En realidad no pueden menos de asaltar demasiados escrúpulos e incertidumbres a estos nuevos confesores, no exentos tampoco de la mala conciencia general. ¿No deben ellos, ante todo, dudar de la absoluta pureza de su actitud, dado que no ignoran que esta libertad individual gracias a la cual les está permitido hoy el proselitismo, se ejerce al abrigo de esta misma fuerza que ellos condenan, y que se aprovechan de la seguridad general, rehusando al mismo tiempo contribuir a ella y, más aún, poniéndola en peligro con sus campañas? Pues si éstas diesen fruto, sobre el país al cual hubieran disuadido de defenderse no tardaría en caer una agresión extranjera. Para sentirse libre de toda obligación, sería preciso que el pacifista hubiera pagado su propia deuda hacia el régimen de libertad que prevalece en su patria: es así como Alain, aunque libre de obligaciones militares, se encontró lógicamente llevado a comprometerse como voluntario en 1914. Al contrario, si él no paga esta deuda sino que la repudia, no tendría ninguna salida que le permitiera escapar al reproche "de no solamente desarmar su país *para* la injusticia, sino de desarmarle también frente a

ella”¹ y, vituperado así por su conciencia, vería este mismo martirio que él deseaba revestir de apariencia muy distinta: la apariencia temible del castigo.

A esto viene a añadirse que el pacifista es generalmente un hombre de izquierda en ruptura con su partido, objeto de la condenación de sus antiguos camaradas de lucha que le tachan de hacer el juego al fascismo agresor. En fin, por poco que haya conservado alguna lucidez, apenas le será posible eludir la evidencia de lo que su propia posición tiene de anómala y hasta de verdaderamente *utópica* en el sentido de que, para que ella se mostrase “hic et nunc” capaz de extensión y de eficacia pragmática, sería preciso que las formas y las estructuras en vigor en el seno del grupo fuesen muy diferentes a las que prevalecen en la hora actual, las cuales, lejos de hacer el menor sitio al pacifismo, le excluyen en absoluto. Así, la certidumbre de la inutilidad del sacrificio no puede menos de venir a asociarse al sentimiento de culpabilidad y de inclinar más todavía a la duda y al desaliento.

Aunque no haya que buscar, desde luego, frente a la universal confusión de esta hora, la menor señal de decisión en la actitud del refractario que, viendo claramente desencadenarse las fuerzas destinadas a aplastarle a él primero, se apresta a sufrir el choque sin intentar esquivarlo, vale la pena, no obstante, detenerse en ella. Unida a una plena conciencia, reviste además, parangonada con la de una menguada multitud, incapaz de imaginar y de prever, todo el valor de un altanero ejemplo. Esa actitud se encuentra sobre todo en las filas de una juventud mal utilizada en Francia y como tal disponible, sin gran razón para rehusar la guerra, pues sabe que nada tiene que perder no habiendo tenido nada que amar; exenta de los lazos que sólo hubiera podido crearle la felicidad, sin fe respecto al sacrificio que sus mayores le preparan, llena de disgusto hacia los que tras ella se guarecen pero impotente para acusar y maldecir y que, sin volver la cabeza, accede a pie firme a la muerte. Y, sin duda, nada tiene que añorar de una paz infestada para todos por la idea fija de la guerra y desprovista, en cuanto a ella le concierne, de cualquier otro contenido, pues nunca supo qué hacer de sí misma relegada a una condición de menor, lejos de las responsabilidades y de las tareas —respecto a las cuales, y esto por cansancio también, acabó aceptando el mantenerse definitivamente ausente. Ante el espectáculo irrisorio que ofrece a sus ojos este mundo que va a perecer, esta ciudad inestable

¹ P. FESSARD: *Pax nostra, Examen de conscience international*, Paris, 1936.

en que se pavonean los fantoches y las frases, ¿qué es la guerra para ella sino el punto final de una vida absurda, la misa de su desesperación? Además, un sentimiento como de nobleza le prohíbe buscar otra salida, no tan a la medida como aquella, de lo sufrido hasta el presente. De suerte que está entregada sin defensa a un debate interior insoluble que alimenta la ambivalencia más penosa. Sabe que para nadie puede la guerra revestir un tal grado de horror como para ella, para quien sería una carga odiosa aquello mismo que la hace menos insoportable para el gran número: la camaradería de armas nacida de la uniformación de los destinos y que excluye toda posibilidad de soledad. Sin embargo, un deseo se eleva de la extensión de la desdicha misma y viene a combatir esta certeza: el deseo que lanza al joven fuera de la asfixiante guarida familiar hacia el monstruo terrible y helado, pero salubre, de la gran noche; esta *libido moriendi* de Séneca que se satisface menos con la muerte misma que con la conciencia de su fatalidad, de lo que ella tiene de necesaria en tanto que conclusión para ciertas vidas. Conciencia, pequeña llama inútil, pero transfigurante de orgullo, clarividencia última que ya nada ofusca y, como tal, nostalgia suprema, ¿no es a su luz efímera como mejor el hombre siente pertenecerse, como si no pudiera plenamente asir su imagen más que a través de un roto espejo?

De este conflicto interior, es el segundo término el que para muchos de entre los mejores asume el triunfo, de modo que la guerra puede llegar a ser ardientemente deseada por aquellos mismos que necesariamente habrán de ser los que más sufran en ella. La guerra: no la embriaguez de la lucha, sino el renunciamiento y la muerte, mientras que aquellos que como Montherlant se alaban de su afición a batirse, repudian formalmente el sacrificio aunque acepten el riesgo de perecer. Este triunfo no es otro, en definitiva, que el del *instinto de la muerte*, hundiendo sus raíces, como pretende una tesis reciente, en lo más hondo de la psiquis occidental. Fundamento subterráneo en que son atizadas nuestras pasiones más ardientes, exacerbado todavía en este renacimiento del romanticismo al que se deben referir la mayor parte de las obras literarias —y singularmente las poéticas— que se sitúan por sí mismas en el extremo de estos tiempos ¹.

¹ "La esencial catástrofe de nuestro sádico genio, este reprimido gusto de la muerte, este gusto de conocerse en el límite, este gusto de la colisión reveladora que es, sin duda, la más inarrancable de las raíces del instinto de la guerra en nosotros". (D. DE ROUCEMONT, *L'Amour et l'Occidente*, Paris, 1939, pág. 42).

Este corte vertical que permite esbozar en las diversas capas del organismo colectivo una revisión de los factores y resistencias pasionales que hay que esperar o sobrepujar en el momento en que se trata para nosotros de dar uno de los pasos más críticos de nuestra historia, por breve o superficial que haya sido de hecho, ha podido sin embargo hacer perder de vista la descripción psicológica inicial que estaba destinada a legitimar y sostener. El balance actual que ha permitido hacer, se muestra negativo en todos sus capítulos: por todas partes incoherencias, contradicciones, incertidumbres, es decir, para volver a nuestra terminología primera: obstáculos a la fijación, sobre el adversario exterior, de la agresividad del super-yo, los cuales, al mismo tiempo que la fomentan, se constituyen en factores de su conversión contra el yo que ella oprime. La neurosis de angustia que resulta de este cambio de frente, centrada alrededor del sentimiento de culpabilidad y vergüenza, contiene en sí misma su justificación, sus razones de durar. Según la observación de un psiquiatra alemán, el Dr. Alexander, "la psicología neurótica se resume en esta sentencia: la culpabilidad puede borrarse por el sufrimiento". De suerte que el tormento de la angustia, por insostenible que sea, aparece al inconsciente como una pena justa, *compensadora* del otro sufrimiento que uno ha podido evitarse al no afrontar con actos el desafío lanzado por el adversario; la inhibición que le sigue es, a la vez, consecuencia de la culpabilidad y fuente de una culpabilidad nueva; y así se encuentra otra vez cerrado el círculo. "En tiempos de paz el hombre lucha consigo mismo", escribe Nietzsche en *Más allá del Bien y del Mal*; ¡y cuánto más verdadera se hace una tal observación cuando esta paz tiene que llamarse la ante-guerra! Ante-guerra envenenada por la obsesión de la guerra misma, una obsesión que se agazapa en lo más secreto de las conciencias como un espanto y un remordimiento, como una pena también, porque el espíritu no puede ya desentenderse de un reciente pasado en que no percibe retrospectivamente más que ocasiones fallidas; ante-guerra amasada enteramente —salvo abscesos de resolución que haya podido haber, sinceros sin duda, pero pasajeros y esporádicos— con incertidumbres, desalientos, resignación sombría; nada menos, en suma, que vela de armas, pero más bien víspera de ejecución capital.

El carácter tan totalmente opresor de la culpabilidad y de la inhibición que engendra, inclina a buscarle raíces en nuestro psiquismo más íntimo y de nuevo Freud señala el camino poniendo en evidencia la relación del instinto combativo con la sexualidad. Pasando del nivel del individuo al plano superior de la Na-

ción (esta última definida como “una transposición de la pasión al plano colectivo”) Denis de Rougemont, en su reciente obra *El Amor y el Occidente* (Libro V, *El amor y la guerra*), se entrega a un ingenioso análisis de este fundamento inconsciente que brota, según él, de nuestras tendencias masoquistas específicas a la auto destrucción: “Pasión significa sufrimiento... Nuestra noción del amor, implicando la que tenemos de la mujer, se encuentra ligada a una noción del *sufrimiento fecundo*, que lisonjea o legitima obscuramente, en lo más secreto de la conciencia occidental, el gusto de la guerra” y más adelante: “Ahora bien; se observa que una nación, en su primer impulso pasional, raramente retrocede ante una guerra, aun sin esperanza. Ella manifiesta así, sin confesárselo, que prefiere el riesgo de muerte, y la muerte misma, al abandono de su pasión... así la Nación y la Guerra están ligadas como el Amor y la Muerte”. La analogía puesta aquí en luz suministra la razón latente de la extrema agudeza del vituperio que se inflige a sí misma la conciencia colectiva cuando la Nación, al contrario, ha preferido al riesgo de su pérdida el abandono de su pasión.

Al término de esta breve encuesta, y sin disimularse cuán inciertas son, necesariamente, las predicciones sobre un tal terreno, no puede uno impedirse —tanto nos fuerza a ello la inquietud— de interrogar el porvenir. ¿Se llegará a salir del atolladero? ¿O esta angustia-neurosis, tan desastrosa, extenderá todavía su imperio? ¿Iremos sin cesar hacia nuevas capitulaciones, fuente de nuevas vergüenzas? Recordando que la paz basada sobre el equilibrio de las fuerzas que se enfrentan es más precaria aún que la paz indiscutida que hace prevalecer el vencedor, ¿dejará este pueblo que el adversario le imponga la suya sin resistencia, presto a sufrirlo todo, como el *servus* de Hegel, para conservar al menos la vida? ¿Y se preferirá, así, rechazar indefinidamente el momento de defenderse, deseando secretamente, para poder cerrar lo antes posible un debate demasiado insoportable, que llegue pronto el día en que no quede ya qué defender? O bien estas perpetuas alarmas —cuyo suplicio cuidan los dictadores, con una astucia de verdugo, de renovar sin tregua —¹ ¿llegarán a ser a la larga tan torturadoras que la guerra parezca frente a ellas preferible, como la sensación nerviosa del tiempo que amenaza lleva a desear el huracán? Las consideraciones que preceden, por severas que sean, permiten esperar otra salida que la irre-

¹ ¿Pero la política de tiempo de paz no es precisamente para ellos, según la fórmula de Spengler, invirtiendo la famosa de Clausewitz, la continuación de la guerra por otros medios?

misible cobardía o la desesperación ciega. Por graves que sean los obstáculos que haya que descartar —debilitamiento de los lazos de la comunidad, ofuscación del sentido de la Libertad, ese “lema de la tribu”, y las narcosis partidistas—, su carácter histórico y momentáneo no permite afirmar sin imprudencia que ellos afecten a otra cosa que al presente inmediato: es falso invocar un envejecimiento o una “desvirilización” definitiva. Todavía se mantiene viva, como se ha visto, esta energía psíquica indomable que, vuelta ahora contra nosotros mismos, concurre a nuestro abatimiento; ella no espera más que la ocasión de investirse. Cuando ésta llegue, será la señal que romperá el encantamiento que nos hiela y quebrará este círculo infernal de inhibición y de vergüenza. Ya, en el momento en que escribo estas líneas, están parcialmente sobrepujadas las connivencias interiores que entregaban este pueblo sin defensa a la neurosis. El enemigo mismo no deja ya ignorar quién es y signos de un próximo despertar de la conciencia de grupo —bien inciertos todavía, es verdad— se dejan presentir. El curso de los acontecimientos, acelerado y brutal como una tormenta ¿les dará tiempo todavía de cumplir sus promesas? (Porque, en adelante, está ya cerrado el período en que se aprovechará la menor remisión del peligro para abandonarse al olvido en seguida). Pero aquella precipitación irreparable ¿no obrará en el mismo sentido, y de manera decisiva, llevándoles súbitamente a la plenitud de su efecto? Oigo la agresión directa que barrería de una vez todas las dudas fundadas en la vaguedad o en el alejamiento de las amenazas, como el equívoco tocante a la persona misma del adversario —y que poniendo en peligro inmediato de muerte a la vez el haber y el ser tendría como consecuencia llevar de golpe el debate sobre el terreno de lo Sagrado. O, en otro caso, el ataque a mano armada contra una nación a un tiempo vecina y amiga, dando lugar a luchas *sangrientas* sobre su territorio; porque entonces, si no volásemos en su socorro, no podríamos escapar a un sentimiento de culpabilidad irresistible que el egoísmo nacional no tendría, esta vez, el menor título para vencer.

Sens, marzo de 1939

JEAN CAZAUX

CONDICIÓN DEL RESERVISTA¹

La condición de reservista, en la acepción en que la tomo en esta conferencia, es la de los hombres y los jóvenes que se encuentran en estado de llevar armas en momentos en que la guerra es posible. Y no posible en forma abstracta, en sí, porque conduzcan a ella las leyes eternas de la naturaleza, o las necesidades cambiantes de la humanidad, o la herencia de tal o cual pueblo, o conflictos inevitables: posible en tanto que nos *parece* posible. Posible porque la hemos sentido en cada uno de nosotros como probable, próxima, inminente, declarada y siempre diferida. Posible, no porque la hayan anunciado los agoreros, sino porque hemos visto cavar trincheras en los parques de París, porque hemos probado las máscaras contra los gases, porque hemos experimentado ya la pena, el desgarramiento y el estallido de acero de la lucha de los hombres.

Bien sé que este vivir en dilación de guerra difícilmente se soporta; no tiene por cierto precedente histórico. Las alarmas de Agadir y de Tánger anteriores a 1914 acontecieron en un tiempo estrictamente limitado. Algunos arguyen que, precisamente, porque la guerra es posible y porque vivimos en estado de alarma, no llegará a producirse. ¿Cómo lo saben? ¿Desde la Gran Guerra, no se produjo acaso sin declaración en más de un punto? Y a la inversa, en septiembre del año pasado se declaró movilización sin que hubiera guerra. El error del razonamiento consiste en tomar la guerra de 1914 como algo absoluto. Y la falla honda de su actitud está en no mirar la guerra frente a frente, en creer que es de necesidad más fuerte que los hombres que la hacen. Otros,

¹ Extracto de una conferencia publicada en la revista *Europe* (15 de junio de 1939).

cuya opinión tampoco es muy sostenible, pretenden que, desde que la guerra es posible, no dejará de producirse. Olvidan sencillamente que sólo advierten la posibilidad porque nuestras fronteras están directamente amenazadas, pero que hace quince años que los fascistas presentan la guerra como necesidad vital y hasta se podría sostener que tanto es lo que han delirado sobre la guerra que son incapaces de lanzarse a ella a fondo.

Existe, pues, un *estado* de reservista, insólito en nuestro país y que querría analizar con la mayor precisión posible. No porque sea el mío, creo tener complacencia alguna con tal estado. A mi modo de ver no hay por qué afligirse ni por qué envanecerse. Si existe un cálculo que me pareció siempre mezquino, ridículo y odioso entre todos, es el de los padecimientos y las miserias en tiempo de crisis o de guerra total. ¿Será más difícil vivir en los sótanos de París o en las cuevas de la línea Maginot? ¿Qué es más cruel en la *gare de l'Est*: ser el que parte o la que queda? Las mujeres que con el marido en el frente se entregan a los que han quedado por cuenta del consejo de revisión ¿son más detestables que los hombres que, en plena guerra, se entregan con complacencia o con deleite a una vida bestial?

Lo que quiero decir, la razón misma de estas palabras, es que hay en Francia varios millones de hombres sometidos a cargas y angustias comunes que no son las del resto de sus compatriotas. Quisiera recordar también —aparte de toda consideración de humanidad— que, desde el punto de vista de la historia y de la eficiencia, son los millones de hombres llamados en tiempo de guerra a vencer o a ser vencidos en nombre de todo el país. En esta guerra total los movilizados serán los únicos que no formen parte de la defensa *pasiva*. Su valor o su cobardía, su querer o su indiferencia, su energía o sus fatigas gravitarán directamente sobre el resultado de la contienda. Serán, en suma, los únicos cuyo papel no se reduzca esencialmente a “limitar el consumo”.

Pero la condición de reservista no es solamente un estado de cosas, sino también un estado de ánimo que se ha consagrado cuando la movi-

lización parcial de septiembre del año pasado. Al comienzo de ese mes me llamaron en forma inusitada para un período normal: muy lejos estuve de pensar entonces que iba a ver —en el plano militar— cómo se desencadenan todas las fuerzas humanas que hacen una revolución francesa.

En verdad, el espectáculo de la *gare de l'Est* no era poco doloroso, si bien más sombrío que trágico: los cascos de las milicias movilizadas que encuadraban los bonetes de los obreros; las barreras de madera blanca, como de un corral que separara la vida civil de la militar; el leve apartamiento, casi un paso atrás, de los maridos y de los hijos ante el rostro de las madres y de las mujeres como si ya llevaran velo de luto; la estación misma, en fin, antes nuevecita y ya tan gris que parecía preparar su declaración de duelo... Pero tales imágenes debieron agolparse mucho más en el espíritu de los civiles que se quedaban, con la sensibilidad exacerbada por la prensa, la radio, el cine y el pánico colectivo, que en los reservistas a quienes la misma vida militar libraba de las pesadillas de París.

A ella nos llevaba, en efecto, el tren y la camaradería ingenua de los compartimientos; a principios de septiembre no se trataba sino de una repetición de la vida de cuartel. En Toul encontré a casi todos mis compañeros de regimiento, dos años después de habernos despedido en la *gare de l'Est*. No habían cambiado en nada; dos años de vida civil y de acceso a la vida adulta, en muchísimos de ellos el matrimonio y el hijo, los había afirmado aún más en la salud, en el equilibrio de sus vidas privadas.

Confieso, por otra parte, que a mí, que había dejado Italia para cumplir mi período, me parecía culpable y casi monstruosa su indiferencia, no digo frente al país, sino frente a los medios de guerra que se podrían poner en sus manos para salvar el propio pellejo. En Italia, todos los jóvenes abrazaban un mito que, claro está, les libraba de entrar en la vida, pero que no dejaba de polarizar todos sus recursos de jóvenes. Sobrado advertía yo que la tiesura no es la verdadera fuerza, que no

puede confundirse la hipertensión con la energía, y que no basta haber erguido las almas, los corazones, los músculos, ni bastan las corvas tensas ni el hacer pie en un mito para afrontar la realidad. Pero aquí tanto mozo rollizo, con trazas de hombre acomodado, aburrido de la máscara, gimiendo a los primeros kilómetros de marcha y sacando conclusiones hasta de su cualidad de reservista para murmurar de todas las maneras imaginables sobre el servicio militar: realmente, tal conducta al borde mismo de la declaración de guerra era exagerada...

Nunca olvidaré la tarde del 20 de septiembre. *Le Matin*, el único diario que penetraba en el cuartel porque quizá hace veinte años había sido definitivamente clasificado como patriota, anunció ese mismo día que la situación internacional se agravaba. Poco tiempo después que el clarín dió la señal de "apagar los fuegos", oímos un toque inusitado cuya tonada casi nadie conocía, pero cuyo sentido comprendimos todos: "¡Alerta!" Carrera en los corredores, las puertas se abren y se cierran con estrépito, los suboficiales pasan a las salas: "Dentro de una hora, reunión en el patio, listos para partir". Ya no hubo noche en esa especie de campamento romano que es nuestro cuartel; no hubo sueño ni indiferencia en ninguno de los mil soldados. Los faros de los camiones, de los autos y de las motocicletas iluminan el local. En los rostros despiertan los ojos. Nada de estupor, pues los reflejos reemplazan la reflexión. Por el contrario, todo lo que un cuartel ha acumulado en armas, en municiones, en víveres, en equipo y material de guerra durante veinte años de paz armada; todos los recursos y reservas que durante ese trecho y sin segunda intención han atesorado los jóvenes franceses —todo salía de los almacenes, salía del inconsciente en la hora solemne de ponerse en pie de guerra.

Ni desorden ni hacinamiento; era una fiebre activa en la cual cada uno, al movilizar sus recursos más individuales, contribuía a la unidad orgánica del batallón. Conocíamos mejor que nadie —mejor que el ayudante y que el comandante— nuestro dominio interior, que el Estado, pese a todas sus faltas y a las nuestras, tuvo la prudencia de dejarnos

intacto: era nuestra realeza personal que convertíamos en república. Era nuestra minúscula valija, que conservábamos al pie de la cama como símbolo de la vida civil y de la que debíamos sacar lo indispensable para colocar en la mochila, sabiendo bien que cada carga inútil oprimiría los hombros y se pagaría en sudor. Era la ruptura con el estado de paz que debíamos consumir en una hora.

Verdad es que esos gestos no se realizaban sin trastornos ni reajustes. Muchos cuadros que desde hacía veinte años sólo tenían bajo sus órdenes indiferencia, hostilidad o servilismo, resultaban desbordados por la excesiva abundancia de materia humana; no encontré un solo oficial de activa a quien no le hubiera *sorprendido* la situación. Algunos se encastillaban en la jerarquía, en el espíritu de corporación y hasta en la técnica pura, por lo cual, lejos de encauzar el ardor, lo paralizaban. Otros, hechos a las virtudes militares específicas, pero incapaces de ponerse en pie de guerra y más funcionarios que guerreros, cedían ante los jóvenes que se transformaban en soldados con mayor facilidad que nunca si unas horas antes habían estado jugando todavía a la pelota. Ante el aturdimiento de varios suboficiales era difícil olvidar que por lo general se reclutan entre las gentes sin posición de la vida civil —entre capataces en huelga. Tal ingeniero de Renault disfrazado de teniente de reserva ¿cómo iba a hacerse respetar por los obreros de su fábrica cuando los encontraba bajo la amenaza de la guerra? ¿Cómo iba a hablarles en el frente cuando no sabía tratar con ellos en la vida civil? Hasta en las filas de la segunda clase los charlatanes quedaban de repente en silencio y en forma absolutamente imprevisible, los silenciosos asumían autoridad sobre sus camaradas. Los problemas de la *amalgama* que planteó el ejército de la Revolución Francesa son en rigor eternos...

Una hora después, consumando la ruptura con el estado de paz, marcábamos con tiza en las valijas nuestras direcciones civiles, y llevábamos a la espalda toda nuestra fortuna: comida para subsistir dos o tres días, abrigo para varias semanas, más algunos recuerdos personales

para la eternidad. Y al día siguiente por la tarde, desfilábamos a tambor batiente en la ciudad de Toul, llena de estupor, calando nuestros capotes nuevos con los últimos rencores de la paz y los primeros sudores de la guerra.

En ese momento, después del primer choque psicológico, comenzó la tortura física, con todo su arrastre moral. La marcha ha sido siempre una de las faenas más ingratas de la guerra. Mucha energía se necesitaba sólo para tenerse en pie, bajo una carga no acostumbrada, en el desierto de la noche poblado y penetrado, por así decirlo, por los convoyes militares, en caminos que a cada etapa nos acercaban más a la muerte posible o probable. Y los que caían se postraban como masas inertes. Los más gruñones callaban. Los gordos perdían carnes. Los débiles se curtían. Bajo la grasa civil reaparecían los músculos; bajo las palabras del momento, las disciplinas antiguas; todos apretaban los dientes. Una mañana nos enteramos de que a dos camaradas, desaparecidos durante la marcha, los habían hallado mientras vagaban por los campos, desnudos, con el arma en el portafusil: las primeras víctimas de la locura de guerra.

Y sin embargo, sin duda era olor de vida lo que exhalaba el millar de jóvenes de mi batallón, mis compañeros, cuando la grasa humana se derretía en grandes gotas y la piel de los pies se hinchaba hasta estallar; cuando a la noche, en los bosques de Lorena, dábamos gritos como para hacer temblar los árboles, o cuando a las tres de la madrugada, en las granjas, en el momento del gran frío que trae el día, nos hundíamos instintivamente en la paja como las gallinas. Vida que en lugar de gozar derrochamos; vida en que ya no estamos hundidos hasta el cuello, sino de la cual nos desprendemos con parsimonia; vida más el retroceso de la muerte.

En fin, henos aquí en nuestro campo de batalla, una diminuta aldea alsaciana situada delante de las primeras fortificaciones de la línea Maginot, es decir, delante de una barrera con la que tendremos que vérnoslas en caso de un avance del enemigo, pues nos cortará la retirada, inun-

dando la parte baja del terreno que se encuentra detrás de nosotros. A derecha e izquierda, uno o dos batallones “de avanzada” como nosotros; delante, a varios kilómetros, las torrecillas de los observatorios alemanes. Detrás ni rastro de artillería.

Lluvia, tierra blanda, cosechas interrumpidas, rebaños que balan abandonados: todo está pronto para el drama cuyos actores seremos y cuyos espectadores abandonaron el paraje unos tras otros, salvo en casos de extrema pobreza. Nuestras posiciones de combate sólo aguardan las cruces de madera. Y en este momento de desolación, en que nuestros pacifistas explicaban que la guerra es la “fascización” inmediata de las fuerzas “democráticas” que quedan sobre la tierra, esos muchachos se revelaron —dijo Giraudoux— como “guerreros franceses, o sea, se ocuparon de alojar en la guerra lo que les era más caro: la comunidad y la paz”.

No oponían solamente nervios, músculos y reflejos a la catástrofe inminente. Vedlos movilizar toda su vida civil, más allá de lo que el hombre encuentra en su propio dominio: lo que debe al amor de la mujer, o a la fecundidad de la tierra, o a las canciones de fiesta, o también, bajo formas tan sencillas como orgánicas, a las enseñanzas de la historia. No conozco nada más conmovedor que este ponerse en pie de guerra en espacio de pocos días, que esta adaptación viva y perfecta a la guerra de parte de un pueblo eminentemente pacífico, tranquilo y burgués.

Por ejemplo, el obrero de Boulogne que en la granja, a mi espalda, mantiene gran conversación con “Susana, preciosa, queridita”; me doy vuelta y ¿qué veo? Una vaca lechera a la que bautiza con el nombre de su mujer. Por ejemplo, los electricistas y mecánicos del batallón que, con la ayuda de carretoncillos pescados Dios sabe dónde, en pleno campo, sobre la tierra monda, instalan la electricidad en la aldea. Por ejemplo, los paisanos bretones, para que os enteréis, que barren las calles hasta dejarlas más limpias que nunca. Por ejemplo, el pobre guarnicionero provinciano que a la noche se apretaba en sueños contra su vecino de albergue, creyendo sentir a su mujer, y que un mismo día recibía de

tres “primos” distintos tres envíos de cien sueldos acompañados de las mismas palabras: “En este momento necesitas más dinero que rezos”.

He dicho una vez, con general indignación de mis oyentes, que la movilización de septiembre será para los jóvenes de mi generación una especie de fiesta de la Federación. Lamento que mis contradictores, que acaban por creer que sólo existe la fuerza física y la virtud moral sin fuerza, y que tienen mucho menos interés en el espíritu que en la forma y las circunstancias de los actos, no hayan podido asistir a la entrada, a la irrupción de la geografía y de la historia francesas en cerebros, cuerpos y almas que desde hacía veinte años no habían conocido más que el abandono colectivo y, si no la mezquindad, por lo menos el aislamiento individual.

Por lo demás, me afligen muchísimo los que encuentran que no todas las verdades deben decirse; lo cierto es que la noticia de Múnich produjo en *todos* nosotros —salvo en un número ínfimo de oficiales y suboficiales de las colonias— un alivio inmenso. La explicación y el detalle de las negociaciones de Múnich —a pesar de las felicitaciones oficiales que nos fueron dirigidas por la prensa y por la radio— primero nos desconcertaron, luego francamente nos azoraron.

Y a comienzos de octubre de 1938, al despedirnos en la *gare de l'Est* en el momento mismo en que nuestro primer mandatario anunciaba que quizá la faz del mundo había cambiado en Múnich, en el único tono apropiado, es decir, entre veras y bromas y lo menos proféticamente posible, nos dábamos cita para “el año que viene”.

Lo cierto es que apenas estamos en mayo, y ya algunos de nosotros se han vuelto a encontrar. Yo he querido mostrar de una sola vez lo que se podía esperar de la condición de reservista; he querido mostrar, en especial, que las señales de una verdadera salud pública, que nada tienen que ver con una manifestación de unión nacional bajo el nombre de M. Lebrun, distan de hallarse agotadas en Francia; quisiera mostraros ahora que, gracias a Dios, no somos ni santitos ni héroes en miniatura.

Los informes más seguros anuncian que el estado de ánimo de los

reservistas del Este está lejos de ser el de septiembre. Ya provengan de arriba o de abajo, de los militares o de los miembros del parlamento que vuelven de allá, de cartas de los interesados o de la conversación de sus familias, siempre se desprende la misma impresión: nerviosidad, impaciencia, a veces franca rebelión que han impuesto a las autoridades militares medidas no previstas — licencias de varios días, renuevo de los citados, etc. Debo decir que me alegro tanto por estas reacciones espontáneas — me las han indicado a la vez en el campamento de Bitchy y en los cuarteles bretones — que espero de ellas tanto (y por los mismos motivos) como de la actitud de mis camaradas de septiembre.

La verdad es que si desde la última guerra los peligros exteriores siempre han servido a nuestros gobernantes de pretexto para eludir los problemas y las dificultades interiores, para cada uno de nosotros la guerra está en tren de convertirse en la coartada de la necesidad de vivir y de la vida, en suma. La guerra... Las gentes hablan de ella y en especial no piensan más que en ella; piensan más cuanto menos hablan; pero no *meditan* sobre ella; casi parece escandaloso tratarla a sangre fría. Por primera vez en la historia tenemos tiempo de cavilar en ella, de sentirla venir, y nos hipnotiza al punto de hacer lo que Alain decía de la paz: corre el riesgo de precipitarse sobre nosotros tras haberse anunciado años y años.

Un hombre a quien amo y admiro ¿no me decía hace poco que la guerra que nos estaban preparando no tendría el menor interés, que sería un asunto puramente técnico que no nos concerniría a los escritores? “Construyamos seiscientos o mil aviones por mes”. Ése sería todo el problema. Exactamente lo mismo que decían en 1914 los diputados del Reichstag para excusarse de interpelar al ministro de guerra. Otro agregaba: “¿Para qué hablar de ella, pues? Si es preciso hacerla, la haremos; eso es todo. Pero además ¿saben ustedes lo que va a pasar? Tendremos guerra, tendremos todo el mundo con nosotros y contra Alemania; seremos vencedores y más estúpidos todavía que en 1918”. En otras palabras: no tenemos ninguna responsabilidad de nuestra estu-

pidez. Otro, por último, a quien propuse el tema de esta conferencia, me escribió ayer: "Habrá Vd. de temer que toda acción emprendida hoy esté viciada por la urgencia en que nos encontramos". A mi modo de ver, cabalmente la urgencia justificará y sustentará la acción.

Sin duda el negarse a discutir la guerra confiere fácilmente un aire elevado, superior a los hechos, hasta heroico. Creo, además, que disimula todas las especies posibles de segunda intención. Pero es que hemos llegado a falsearnos tanto que podemos creer que la acción dispensa de todo examen, si no de todo pensamiento, y que únicamente meditamos para librarnos de la acción. Sostengo, antes bien, que lanzarse de cabeza a cualquier acción es muestra de miedo.

A fuerza de retroceder para saltar mejor, la guerra está a punto de convertirse en una especie de mito o apocalipsis de donde cada cual espera el fin, el término o la reparación de los males. El revolucionario de estado permanente y endémico —el que ha acabado por convencerse de que la revolución nace fatalmente de una situación de hecho con tal que se la explote— especie de revolucionario bastante despreciable, espera de la guerra el desencadenamiento automático de la revolución mundial. Los burgueses atolondrados o los jóvenes zopencos de la generación realista le hacen eco, pues se vuelven derrotistas, persuadidos de que la guerra es el sovietismo. El oprimido espera de ella la justicia, el hastiado, la aventura fascinante, el cobarde, una manifestación casi obligatoria de valor, el militar, su carrera, el fatalista, una señal del destino, y el misántropo una justificación de su misantropía. ¿Quién sabe si los que declaran que la guerra dará el toque de agonía de toda civilización no están cansados de la de ellos?

Pero repetir que "no hay nada que hacer" es demasiado cómodo y demasiado discreto. Si de veras no hay nada que hacer, hay que tener el valor de decir a varios millones de reservistas franceses que su suerte está sobre las rodillas de los dioses y que probablemente están llamados a combatir, a matar y a dejarse matar "por nada" —me figuro que ni siquiera por "lo último de lo último". Hay que confesar que si queda

una esperanza de renovación en este país, más aún, si este país es el único capaz de restaurar a Europa, evidentemente degradada desde la guerra, porque es el único que desde hace veinte años pudo reparar los daños de la guerra y volver a hallar su aliento, su naturaleza y su historia sin hacerse pedazos, lo más probable es que tales esperanzas naufraguen en sangre. Es preciso prever que Europa saldrá de la batalla más ensangrentada y Francia más desangrada todavía que en 1918, y que los viejos combatientes del futuro no pondrán la salvación del país en manos de los hombres de la preguerra, como sus padres, sino en las de los sobrevivientes de 1870. Porque ¿qué hemos de hacer? es una guerra dos veces contra natura: permite acumular por detrás todas las miserias de la paz, que contribuyeron a precipitar la guerra, al mismo tiempo que elimina en el futuro todo lo que podría fundar una paz de acción y no de pasividad... Es preciso reconocer, por último, que somos incapaces de vivir según la propia vocación o, si hemos de morir, de dar sentido a nuestra muerte y de crearnos una posteridad. En una palabra: la guerra, más fuerte que nosotros, más fuerte que todo, sería nuestro destino; no estaría en nuestras manos imprimirle el nuestro.

Comprenderéis quizá que me dirijo en especial a los millones de reservistas que no tienen idénticas razones para sentir escepticismo o desinterés; a esos jóvenes, mis camaradas, que en septiembre del año pasado sabían perfectamente por qué se dejarían matar y que, en este momento, saben perfectamente por qué la paz, la paz después de Múnich, pesa tan abrumadoramente sobre ellos.

Hay momentos o, más exactamente, épocas de la historia en las cuales la acción de los hombres y de los pueblos cae bajo el signo de la fatalidad. Y por supuesto es entonces inútil, casi culpable y blasfemo, esperar la salvación de las facultades *directrices*, de la cabeza y de la cúspide del hombre; del juicio, de la conciencia, de una voluntad que piensa y de lo que nosotros los franceses llamamos las luces. No es la hora del desprecio, sino de la miseria, en que el hombre no da consigo mismo sino después de haber tocado el fondo de la desesperación, de la

naturaleza, de la bestia, y de haber invocado a los dioses. Los alemanes que conocen bien ese instante lo han llamado *Notzeit*. Recuerdo que cuando el canciller Brüning dictaba sus primeros decretos de miseria o de necesidad —procurad, si podéis, quitar a la expresión el sentido de propaganda y de agitación que con harta facilidad tiene en Francia— me estremecí como hasta entonces no lo había hecho sino ante la imagen de Nosferatu. Al otro extremo de esos decretos, de esa miseria, de esa necesidad, estaba Hitler...

Camaradas: cuando me encuentro entre vosotros ya sea allí, en la frontera alsaciana, donde la guerra de septiembre no era para vosotros sino continuación de la paz, de *vuestra paz* por otros medios, ya sea aquí, en las fondas de París, no tengo la impresión de haber caído bajo el signo de la fatalidad. Conforme a vuestra modalidad de jóvenes franceses, siempre juzgáis absurdo tocar el fondo para encontrar la superficie y la luz del día, que es justamente lo que hacen los ahogados. Juzgáis, porque ciento cincuenta años de libertad francesa os lo han enseñado, que aguantamos el granizo porque no podemos hacer nada en contra: pero la miseria que los hombres preparan contra sí mismos se combate con las armas de la libertad, que son necesariamente armas revolucionarias. Sabéis que mientras cada cual, por su cuenta, conserve intactas las reacciones instintivas, los reflejos rotulianos que permiten distinguir entre lo justo y lo injusto, entre la felicidad y la desgracia, entre la vida y la muerte o los fantasmas, nos será prohibido emplear el arma de la pasividad o de la sumisión o de las innumerables variedades modernas del derrotismo eterno.

Me parece que es hora, hora oportuna de afirmar que o bien la guerra como la paz y la paz como la guerra se harán *contra* nosotros; o bien que serán lo que vosotros *queráis* que sean. Aquéllos cuya suerte o puesto no están fijados de antemano en caso de guerra, pueden abrigar falsas esperanzas y falsos temores. Vosotros aprendéis día a día a ver las cosas como de veras son. Nada parecía designaros para hacer historia, vosotros que como todos los franceses del tiempo de la paz no

creíais sino en lo que veíais y tocabais con las manos, en las relaciones concretas, directas, precisas con la naturaleza, con las mujeres, con vuestros camaradas, con los demás hombres, o con el oficio, en la vida que construís para vosotros y los vuestros. No os reconocíais en vuestra juventud, menos aún que los antiguos combatientes en sus recuerdos de guerra: porque no pensabais, como otros, que la juventud es un mito que permite evitar las dificultades de los años, ni que es una virtud como la belleza de las mujeres, o la inteligencia y el valor de los hombres. Pensabais que es sólo una manera de entrar en la vida. Y ahora basta con una carta o un telegrama que os convoquen a la frontera: basta estar sometidos al llamado del cartero, a la visita del policía que os tocará el hombro, para que os separéis del cuerpo del país como su vanguardia y sus batidores.

Si continúa la paz o si estalla la guerra, vuestra tarea es la misma, y no tenéis derecho a renunciar a la una pretextando la otra.

¿Trátase de la paz como preparación para la guerra? Sobre vuestros hombros pesa la carga mayor; tenéis el derecho elemental de hacer valer vuestros derechos, de imponer que nadie escape a sus obligaciones, que nadie saque partido de ella. Pero no es bastante: hay que ver más lejos. Nadie, naturalmente —y los reservistas menos que nadie— discute las necesidades de la defensa nacional, aunque de hecho algunos las eludan. Pero se trata de saber con exactitud *qué* es lo que se defiende. Si en época normal los franceses mantienen únicamente con el gobierno relaciones de indiferencia, o de cortesía, o de complacencia o de burla o de superchería, es asunto de ellos, y quizá simple prueba de su madurez política. Viven como les da la gana, y dejan que el Estado se arregle por su cuenta. No importa nada entonces que la ciudad se vacíe de toda sustancia con tal que los ciudadanos aumenten y enriquezcan la suya. Pero cuando se acercan los tiempos de necesidad, de crisis o de guerra, y el Estado mismo, bajo la amenaza de la quiebra o de la derrota apremia a los ciudadanos en sus caudales, en sus costumbres y en su vida, es que ha llegado el momento de las grandes aclaraciones. El mo-

mento que eligió Étienne Marcel en 1357. El de los Constituyentes de 1789, y el de todos los Estados Generales que en distintas formas se han repetido de un extremo a otro en la historia de Francia. En los momentos de mayor esfuerzo, y de sacrificio, bajo el fuego mismo de la acción, los franceses que empeñan todos sus recursos privados en la política, gustan de *definirse*: y no por cierto en la inercia colectiva ni en la especulación.

Dudo que semejante esfuerzo de “reconstitución” francesa y que semejante manera de sentir, en la acción de cada cual (¿de qué parte se encuentran las fuerzas vivas del Estado y de la Nación?), puedan existir sin una seria revista de las bases de nuestra política actual y de la paz con que nos brindan. Dudo, en especial, que sea una falta y no un exceso de patriotismo (exceso para la propia tranquilidad) lo que las potencias de conservación de Francia tendrían que temer de los reservistas. Porque los hombres que, en septiembre del año pasado y todavía hoy, estaban dispuestos a dejarse matar por su país, no soportarían durante mucho tiempo el estado de paz simulada, en el cual, so pretexto de resistencia a las dictaduras, se nos impone la disciplina por la disciplina, y en la cual tenemos a veces la impresión de que si Hitler y Mussolini no existieran nuestros dirigentes se verían urgentemente obligados a inventarlos.

Hemos aceptado todo de Europa; a algunos hemos podido parecer infieles, injustos, cobardes o egoístas mientras nos era posible creer en nuestra propia tranquilidad. Nadie se repliega tanto sobre sí mismo como un francés en reposo. Pero ahora que hemos de salir de esa paz, creo que abriremos seriamente los ojos y que averiguaremos de qué lado están nuestros verdaderos amigos y nuestros verdaderos enemigos. Cuando un camarada me dice: “Lo único que pido es ganar el puchero; no me parece justo que esos dos señores (sólo que ya imagináis que emplea otro término), Hitler y Mussolini, vengan a quitármelo”, se compromete quizá más de lo que piensa. Porque admito que nuestros partidos, ideas y discursos, nuestras protestas de amistad o de indignación hayan perdido hasta ahora en el mundo toda virtud o difusión. Pero si

existe una causa, una fuerza de propaganda internacional del "espacio vital", si hasta la miseria y la desesperación acaban por hallar su mística, creo que debe existir también la mística del puchero y de todo lo que representa: el "estar mejor" que tampoco es estático, la convicción de que no nos embrutecemos al humanizarnos, al aumentar los medios de acción sobre las necesidades naturales y humanas y, al fin y al cabo, la confianza del hombre en sí mismo para dirigir su propio destino.

Tales son hoy nuestras armas; nunca quizá han estado prontas a brillar con el resplandor que sabremos darles. Porque nunca la causa de Francia coincidió tan exacta, tan orgánicamente con la del "género humano". Así lo atestiguan millones de extranjeros que se encuentran entre nosotros y que deberían ser motivo de gloria, antes que de inquietud o de humillación. El Ejército de las Naciones, que Napoleón sólo pudo reclutar por derecho de conquista, y veinte años de paz francesa, *veinte años de nuestras costumbres*, nos lo han preparado, sean cuales fueren los errores de nuestra política.

Si la guerra estalla, nosotros no comprenderemos, nosotros que tendremos que contener en las fronteras enormes masas humanas, por qué no se recurrió de inmediato a esas armas.

Camaradas: este año se cumple siglo y medio de la Revolución francesa.

A. M. PETITJEAN

NATURALEZA DEL HITLERISMO

Condiciones del estudio histórico de los acontecimientos contemporáneos. — El hitlerismo sacrifica constantemente las exigencias de la doctrina a los intereses de la nación. — Las ambiciones de la nación tienen el carácter ilimitado de las de una fe. — La conquista racista: el porvenir cerrado a los pueblos sometidos. — Mecanismo y consecuencias del pacto de asistencia mutua entre una doctrina de conquista y una colectividad cerrada. — El partido en la nación como la nación en el mundo. — El dictador y la masa como pareja de fuerzas. — El hitlerismo: forma patológica y peligrosa de estructura social.

Los acontecimientos que han tenido lugar en Europa desde la ascensión al poder de Adolfo Hitler y de su partido hasta ahora, forman en conjunto una serie lo bastante larga, lo bastante densa, lo bastante coherente, para que, sometida al análisis sociológico, pueda ser objeto de un diagnóstico suficientemente seguro.

En efecto, las hipótesis que se habían adelantado sobre la esencia y el fin preciso del movimiento hitlerista, las definiciones de su ser y de su meta dadas espontáneamente por él, han sido una a una eliminadas por los hechos como por otros tantos experimentos definitivos y la consideración de esos mismos hechos, vinculados entre sí, manifiesta en cambio y permite determinar valederamente la naturaleza del sistema y el mecanismo de su desarrollo.

Sin duda es poco frecuente y por consiguiente casi asombroso aplicar el trabajo de interpretación histórica a los acontecimientos mismos

que se desenvuelven, sin esperar que un retroceso suficiente haya permitido que las pasiones desaparezcan o se calmen, pero parece que estamos ante un caso privilegiado de una nitidez sin precedentes, que sin duda puede dejar en la sombra o en el equívoco la significación y el alcance de tal o cual detalle, pero que con beneficio de inventario y hasta más amplia información no deja por eso de hacer resaltar claramente el sentido del conjunto. Éste, por lo demás, resulta de la existencia de hechos macizos que hablan por sí y que ninguna exégesis puede inventar o recomendar, de tal modo excede su escala la dimensión de los descubrimientos que provoca el examen de los archivos. Además la urgencia de las circunstancias disculpará la imperfección y los menudos errores inherentes al apresuramiento y quizá no sea tan difícil eludir las sugerencias solapadas o insolentes de las pasiones cuando deliberadamente se adopta un punto de vista que las excluye.

En cuanto a la resolución formal que cierra el análisis, no debe tampoco asombrar, pues el espíritu de decisión no es forzosamente incompatible con el espíritu de examen y si se descubre con una certidumbre satisfactoria el camino que es saludable seguir, la objetividad no excede sus límites si nos aconseja tomarlo, por radical y severo que sea el consejo, pues constituye un extraordinario prejuicio, una extraña victoria de la timidez y la diplomacia la idea (mejor dicho, la vaga y engañosa impresión) de que el juicio objetivo es necesariamente el más matizado, y de que el veredicto imparcial es el que menos se embandera o el que se embandera con un máximo de reticencias, de vacilaciones y de concesiones, y quizá el que procura equilibrar el pro y el contra a expensas de la justicia y despreciando la evidencia misma.

En éste, como en otros casos, no se trata de indignarse ni de aborrecer, sino de comprender y de juzgar y es en ese espíritu, con un respeto igual de las realidades y una aceptación igual del deber de firmeza, que debemos analizar la índole del fenómeno hitleriano. Sus teóricos solían

presentarlo como una ideología que trataba de modelar el universo a su imagen. Supeditando todo avance al triunfo temporal de su fe proclamaban que no reconocían a su acción otro límite que esa victoria misma y subordinarían todo a ella. El ideal en cuestión estaba hecho para inquietar la conciencia moral e intelectual por poco que apreciara los valores sobre los que reposa la civilización contemporánea. Muchos en efecto la definen como una tendencia creciente al respeto del prójimo y por el firme propósito de no ver en la fuerza sola la razón suprema y la regla que decide en última instancia el mérito de unos y la indignidad de otros.

Pero en fin se trataba de valores y cada uno podía elegir a su antojo y hasta podía resolver por su cuenta de qué lado estaba su puesto. Tanto peor si empresa semejante no arrastraba todas las simpatías o perjudicaba ciertos intereses: estos intereses y esas preferencias podían después de todo ser menos respetables que la voluntad de crear un mundo y de asegurar la existencia efectiva de sus principios.

El desarrollo de los hechos no ha permitido que sigamos viendo de esa manera los acontecimientos: todos los principios que constituirán la doctrina del hitlerismo han sido sucesivamente sacrificados a las necesidades pasajeras de la política y quienes habían cedido al temor o a quienes la ambición no había tentado, quienes habían hecho otra cosa que resignarse o que ligar su suerte al éxito de un partido, quienes consciente y libremente se habían identificado a una causa dedicándole su vida y sus bienes, y a veces su conciencia, han visto traicionada su devoción por esa causa misma. Mientras el hitlerismo se presentaba como una ideología era posible que cada uno lo ayudara o lo combatiera en la medida de su pericia o de sus inclinaciones. Y si era lícito reprobar la elección de quien se declaraba en su favor, esa reprobación sólo podía partir de ideologías adversas que no contaban ya para él desde el momento que había aceptado aquélla. Hasta los riesgos a que lo hubieran eventualmente expuesto su testarudez o su fanatismo servían más bien para conducirlo al martirio que para convencerlo de error y de felonía.

Pero nada queda de una doctrina que el solo desarrollo de los acontecimientos se ha encargado de liquidar y cuya vanidad ha sido demostrada tantas veces. Para un aumento efímero de poder material, el abandono de un principio, una apostasía ideológica, han costado poco. En realidad, esas prácticas, esa facilidad de liquidar a bajo precio el alma del movimiento, minaban la razón de ser del poderío que se proponían engrandecer y del que no perdurará pronto más que el aparato terrible. En esa confiscación, en esta reglamentación de exigencias doctrinarias por el grupo que pretende hacerlas triunfar y que las subordina a su propio triunfo, reside la característica esencial de los regímenes totalitarios. En otros países el orden del valor y el orden del poder se mantienen aislados en un antagonismo equilibrado que permite al mundo una existencia viable y al individuo un desarrollo personal; por el contrario, el sistema gubernamental de tipo hitleriano impide ambas cosas, fundado como está sobre la compenetración de dos series de realidades cuya confusión es catastrófica por naturaleza. De una parte, un Estado poderoso y orientado a la guerra, con sus ejércitos, sus escuadras y su flota aérea, su economía autárquica y sus reservas en materias primas costosamente acumuladas, sus diversas policías, la inmensa organización opresiva destinada a mantener a cada uno en la función que le ha sido impuesta y a acallar, si es preciso, sus recriminaciones, a cerrar herméticamente todas las aberturas de la nación hacia el exterior y a sofocar adentro el íntimo ser de cada uno, no dejándole nunca la posibilidad de la rebelión, ni siquiera de la interrogación, de la vacilación o la duda. Más tarde, en fin, cuando la incomunicación con el mundo externo ha sido asegurada y el individuo ha sido instruído desde la cuna, modelado y adiestrado, también le quitan la posibilidad de reflexión. Por otra parte, animando ese mundo enorme que a fuerza de amputaciones está del todo incomunicado y unánime, la doctrina beneficia de tantas fuerzas civiles y militares, de la coalición de la astucia y de la brutalidad, de los poderes conjugados de la represión y de la educa-

ción que para reinar dentro de las fronteras dispone a la vez de la escuela y del campo de concentración, y, para extenderse más allá, de la propaganda y de la guerra de invasión. El desarrollo de los acontecimientos muestra que esta doctrina ha tardado muy poco en avasallarse al aparato que al principio debía mantener su pureza y propagarlo por grado o por fuerza. Ante el poco caso que hacía el gobierno alemán de su propio ideal cuando éste perjudicaba sus intereses o molestaba su política, todos pudieron ver que no había utilizado sus fuerzas al servicio de los principios que, según él, salvarían la civilización. Y el mismo paladín que, para justificar sus intervenciones y reivindicaciones, anunciaba que Europa le daría gracias un día por haber detenido los progresos del bolchevismo, aceptó su concurso, en cuanto halló en ello provecho o necesidad, y se repartió con él una nación entera. Inútil insistir: la conclusión se impone. En la composición de fuerzas formada por el Estado y la doctrina, la conservación egoísta del primero y de los factores favorables a su expansión, priman continuamente sobre las exigencias ideales de la segunda. No estamos en presencia de una comunidad temporal al servicio de una ideología determinada, sino de una nación que se identifica a una fe tan sólo para movilizar las energías y seducir los corazones, sin aceptar las responsabilidades de su actitud y considerar que esta fe es el valor supremo al cual deben sacrificarse todos los demás. No viendo en los principios sino los argumentos que suministran, el grupo toma entonces, como una máscara en un almacén de accesorios, el que puede justificar su ambición actual y es así cómo esgrimió el derecho de autodeterminación de los pueblos cuando se trató de la anexión de los Sudetes y la teoría del espacio vital cuando se trató de la conquista de Bohemia. En un caso la organización del mundo consistía en reunir en una misma nación los hombres de la misma raza que hablaban la misma lengua y el racismo del gobierno alemán era la mejor prueba de que renunciaba a toda conquista. En el otro, la conquista se efectuaba a despecho de la oposición étnica y lingüística; y se miraba cómo conforme al interés superior de la civilización, que un pueblo que ha hecho sus pruebas y dispone por otra

parte de grandes cañones, avasallara a sus necesidades a otro pueblo que declara incapaz de formar una nación, pero que, en realidad, no tenía otra inferioridad que su debilidad material y la incapacidad en que estaba de resistir eficazmente a la agresión. De modo que esta vez el racismo del gobierno alemán parecía el pabellón que cubría su apetito de conquista.

Queda así demostrado que el fondo del fenómeno hitleriano no está constituido por una concepción del mundo cuya integridad representa una instancia superior a la salvaguarda inmediata de la colectividad que la adopta y que vela más celosamente sobre ella que sobre los intereses del momento. Menos todavía es una concepción del mundo independiente del tiempo y del espacio o que trata de serlo, abierta a todos aquellos que desean enrolarse y combatir por su victoria. Se trata del primer jefe de un Estado bien definido y rico de ambiciones, que quiere engrandecerlo a expensas de los otros. En esas condiciones, incumbe a los otros defenderse y oponerse a este crecimiento por los mismos medios empleados para realizarlo y, si es posible, por medios más decisivos aún. No se está sólo en presencia de un simple nacionalismo cuyos excesos amenazan las naciones que lo rodean, que se dedica a recuperar tierras perdidas en el curso de la historia y que quisiera reunir en una comunidad única pueblos de la misma lengua o de la misma tradición que fronteras arbitrarias han separado contra su voluntad. Al contrario, el mismo concepto de raza, dado como garantía de la ambición limitada de un pueblo, sirve para justificar la absorción de elementos alógenos que juzgados dignos la víspera de cumplir un destino, se verán de pronto acusados de incapacidad de gobernarse a sí mismos por aquellos que les proponían una alianza y que los tratan como menores cuando los han sometido. Los vencidos, en efecto, deben renunciar a la esperanza de gozar un día de los mismos derechos que los vencedores. No se les permite siquiera abrazar la doctrina en nombre de la cual se les domina, y su nacimiento les

cierra para siempre el acceso a la comunidad nacional. Una reglamentación rigurosa de los casamientos, la desigualdad de los ciudadanos inscrita en las leyes, excluye eternamente a sus descendientes de la clase dominante. No pueden sino servir y ser perseguidos, ser objeto de burla y de abyección como los ilotas que Esparta embriagaba para asquear a sus hijos de la ebriedad, y aquellos cuya docilidad sepa plegarse mejor a los caprichos de los conquistadores, aquellos que sepan hacerse tolerar y ser útiles por su diligencia y su saber, no recibirán otra cosa fuera de la placa que las autoridades alemanas distribuyen hoy a los israelitas cuyos servicios les son momentáneamente indispensables y que pasajera-mente los salva de insultos y de golpes. No tendrán jamás el consuelo de esa libertad que Roma prometía al menos a sus esclavos y que daba a esos miserables la esperanza de ser hombres libres o de procrear hijos que lo fueran. Pues Roma, implacable en el presente, no cerraba a nadie el porvenir y se ha visto, cuando la conquista de las Galias o de España era cosa reciente, a un galo o a un español empuñar los destinos del imperio. Pero en el régimen que el gobierno alemán impone actualmente a sus presos, se niega —a quienes el azar no ha hecho nacer de padres elegidos— no solamente la oportunidad que más o menos se deja al presidiario de reconquistar su lugar de hombre entre los hombres a la expiración de su condena, sino hasta la abyecta esperanza de ser ascendido a verdugo después de haber sido víctima.

Tal sistema no es pues un nacionalismo ordinario. Presenta el mesianismo de las religiones sin su universalismo. Combina la ambición ilimitada de toda fe, ese apetito insaciable de difusión que aparece como la esencia y el honor de la idea, ese desprecio de las limitaciones en que el espíritu afirma su privilegio esencial, esa imposibilidad en que está de satisfacerse mientras le quede algo por conquistar, con lo que difiere en extremo de esa incoercible pretensión a lo universal: con una concepción que encierra a cada ser en la fatalidad de un pasado y pretende encontrar en el nacimiento todo lo que determina su porvenir y su valor. La novedad reside en esa preeminencia absoluta acordada a la raza y a la

nacionalidad, no tan siquiera a lo que da al individuo sus cualidades y sus insuficiencias, sus caracteres personales de debilidad o de vigor físico y mental, sino a lo que lo ata, lo retiene y en primer término limita el campo de su elección y de sus esfuerzos. El rol de criterio fijado en la nacionalidad, definida por la sangre y no por la pertenencia a una tradición, por la participación en un mismo foco de cultura y civilización, rechaza, en el caso particular, todo lo que no sea germano a las tinieblas exteriores y lo destina a una esclavitud sin salida. Por consiguiente y desde ahora, todo lo que en el mundo no llena esa condición debe unirse contra la pretensión que lo amenaza, si desea salvaguardar la independencia y la integridad de su ser. No le está permitido adherirse a un ideal de cuyos beneficios se encuentra (desde el principio y definitivamente) excluido por condiciones fisiológicas; y no debe tampoco imaginar que está en su poder vivir en buena vecindad con un pueblo que se imagina hecho para imponer al mundo la ley de su superioridad natural. Han persuadido a esa nación a no concebir nada bastante lejano o dotado de bastante valor personal para subsistir sin su permiso y fuera de su control. La han convencido que debe estimarse decadente y próxima a su fin si admite la idea de que algo viva sin aspirar a subyugarlo.

Mientras guarde esta convicción, mientras no se dé un gobierno que la repudie, no habrá tranquilidad en el mundo.

Esta voluntad de conquista de naturaleza indefinida y que ninguna frontera es capaz de detener, resulta de la composición de una doctrina y de una colectividad nacional. La doctrina aspira a la dominación material propia de los grupos históricos y la colectividad nacional aprovecha la avidez mayor y la intratable intransigencia propia de una doctrina que se estima verdad valedera para todos indistintamente. Por eso esta doctrina debe coaligar en su contra todos aquellos que, de un solo golpe, excomulga y se propone someter; aquellos que, aunque de la misma raza, no admiten el ideal que el grupo preconiza y que entiende imponer por la violencia; aquellos que, partidarios del mismo ideal, pero de raza extranjera, se encuentran obligados, en virtud de ese mismo ideal, a sublevarse contra

una política que trata de envilecerlos; la multitud en fin de aquellos que, a la vez de opuestos principios y de distinta nacionalidad, no saben qué razón elegir para conjurar un peligro que los amenaza en tantos frentes. Ya no se puede diferir la hora de realizar esa solidaridad general ante peligro tan apremiante. El movimiento hitleriano no ha podido agrandar a Alemania sino aislando sin cesar lo que codiciaba por el juramento de que no soñaba en alcanzar otra cosa, por la solemne afirmación, cada vez repetida, de que la demanda presentada era la última y que, una vez satisfecha, no tendría nada que reivindicar. Así ha acrecentado su fuerza aprovechando para exigir más de lo que le era acordado bajo la promesa de ya nada exigir en adelante. En la conquista de la hegemonía como en la de la fortuna, los primeros pasos son los más difíciles: hay que recordar que la sumisión de Italia necesitó más tiempo y costó más trabajo a Roma que la extensión de su imperio hasta los límites del mundo. Si ahora la destrucción del foco peligroso resulta tan onerosa y difícil, es porque se le alimentó en vez de someterlo cuando hubiera costado poco hacerlo. Las naciones que no tenían fronteras comunes con Alemania se felicitaban, quizá, de que un alejamiento providencial las pusiera al abrigo de un apetito tan glotón. Desinteresadas de la suerte de las demás, no reflexionaban que bastaba, para que se volvieran a su vez limítrofes de Alemania, que ésta absorbiera los países que las separaban de ella. Cada nación puede pensar, hoy todavía, que ninguna distancia la protegerá de la codicia del conquistador, si ella le permite satisfacerla con anexiones sucesivas.

Por otra parte, la obstinación puesta en evitar el empleo de las armas no ha podido sino atraer sobre sus partidarios la necesidad de hacer una guerra en condiciones infinitamente más duras y desventajosas. Había al menos demostrado el precio que algunos concedían a la paz por la grandeza de los sacrificios que han hecho, contra sus intereses y alguna vez contra su amor propio. A veces, con alguna ligereza, han sido acusados de traición y de cobardía. Sin embargo tales sacrificios no han sido inútiles, pues quienes los aceptaron, obligaron de tal modo a

sus adversarios a justificar tantas conquistas diversas por tantas razones diversas que es evidente que esas conquistas no tenían otro motivo que el espíritu mismo de conquista; y quienes soportan ahora las duras consecuencias han ganado el derecho de perseguir la aniquilación de un sistema nefasto con un encarnizamiento igual a la paciencia con que toleraron las extorsiones cuando le aguantaban todo, en la esperanza, cada vez defraudada, de que la fe que daban a su palabra y a sus protestas de buena voluntad no sería burlada.

En este punto, conviene definir una vez más la naturaleza original del régimen hitleriano: el pacto de ayuda mutua que funciona entre un pueblo y una doctrina; hombres agrupados por un ideal y por una obra común, unidos al mismo tiempo por hechos reales y en la estructura de un estado; su acción dirigida por una ambición que abarca los demás seres y sus bienes definidos por la comunidad de sangre que los aísla. Basta darse cuenta de los elementos de esa situación para comprender que de ahí nace necesariamente una política de conquista universal. En este sentido, el hitlerismo es exactamente comparable al Islam, condenado por las mismas razones a la guerra santa; y la misma solución vale para las dos especies de fanatismo militar, propagando una fe y un género de vida por la fuerza de las armas. De igual manera que la cristiandad no pudo estar tranquila hasta que el Islam —como consecuencia de sus derrotas— fué sólo una religión y nada más, Europa no obtendrá la paz y la inquietud del universo no tendrá fin hasta que Alemania sea otra vez una nación como las naciones que la rodean y nada más.

Desde el punto de vista casi clínico de la ciencia de las sociedades, no hay otro fin de guerra universalmente admisible, pero éste es imperativo y el que no lo adopta contribuye tal vez a preparar su propia esclavitud contando sólo con el esfuerzo ajeno para impedirla. Si la Alemania de hoy es más que una nación, es por sumar el carácter cerrado de una raza y el espíritu de expansión propio de una doctrina. El resto del mundo queda amenazado indistintamente: a veces la ideología exige por aquí una barrera contra el bolchevismo, a veces la nación reclama

por allá un espacio vital (que conquista con el auxilio del bolchevismo), de suerte que nadie puede jactarse de no interesar algún día la voluntad de la cruzada o el deseo de conquista. Nadie tiene seguro su porvenir sin la consumación del divorcio entre la ideología nacional-socialista y el pueblo alemán.

Conviene notar, por otra parte, que esta suma de una doctrina y de un Estado constituye, en el cuadro de la nación, un fenómeno no menos anormal y por decirlo así no menos patológico. Es significativo en efecto que el partido hitleriano haya establecido ayer su poder sobre el pueblo alemán exactamente por los mismos procederes y a favor del mismo equívoco que el Estado alemán emplea hoy en su empresa de dominación universal. El partido hitleriano ha organizado a Alemania como entiende que Alemania, bajo su dirección, organice al mundo. Quiere verla ocupar sobre la tierra el mismo lugar que él ocupa en la nación, y la misma diferencia de trato que separa al miembro del partido del sospechoso, dentro de sus fronteras, se repetirá más allá entre el alemán y el indígena. El régimen interno hitleriano reposa también sobre la confusión del orden de la adhesión libre a una fe, del reconocimiento de una verdad por la inteligencia, de todo lo que se efectúa en general por una elección de la persona, y del orden de la sumisión a la amenaza, de la docilidad obtenida por el uso y el abuso de la fuerza, en una palabra, de todo lo que la violencia hace aceptar al individuo. Cuando un partido no se contenta con gobernar a la nación, sino que se identifica con ella y pone fuera de la ley lo que dificulta su acción y contradice su doctrina, da asimismo el espectáculo de la combinación funesta de la autoridad moral y del poder político. La alianza de una nación y de una ideología, sirviendo para dar a cada una la ambición y los poderes con los que no podría prevalecer si no se apoyara sobre la otra, no representa en la escala internacional una operación diferente de aquella que consiste en hacer beneficiar una doctrina del poderío material del Estado

y a conferir al Estado, en cambio, sobre la conciencia de sus ciudadanos, los derechos ilimitados y absolutos que solamente se concederían a la verdad y de los cuales precisamente la verdad desconfía; pues es inherente a la verdad tener confianza en sí misma, querer imponerse por su sola fuerza, sin recurrir al terror y sin aprovechar de la ignorancia, sin servirse de la mentira y de ninguna de las formas de la sugestión y del hipnotismo, queriendo convencer un espíritu informado, responsable y libre y no violentar una conciencia amedrentada o adormecida, engañada o sonámbula.

En el régimen totalitario, todo valor autónomo es perseguido y nada hace contrapeso al Estado que se transforma así en un gigantesco mecanismo destinado a reforzar y a repercutir lo que favorece su propia cohesión, a ahogar y esfumar lo que tiende a empequeñecerlo. De un lado, una amplificación atronadora, del otro una persecución implacable. En la cima del sistema, el dictador obra como un poderoso resonador. Poco importa que Hitler arrastre al pueblo alemán a una aventura que éste aborrece o que sea solamente la expresión ciega y casi inconsciente de sus deseos, y que él mismo sea arrastrado por las masas que parece dirigir y de las que sería menos un guía inspirado y caprichoso que un intérprete atento y obediente. Lo esencial es que Hitler, medium o demagogo, y la multitud, imperiosa o hechizada, forman una pareja de fuerzas cuya composición multiplica su eficacia. Los impulsos desparramados en la masa inorgánica están como polarizados por la exaltadora imagen del dictador en el que cada uno desahoga sus esperanzas y sus angustias. La multitud le presta ese mismo prestigio que la fascina. Todas las energías convergen a su persona y de ella todas vuelven santificadas y puntualizadas. Ese circuito ininterrumpido da vida al sistema y explica la imposibilidad de inmovilizarse que la caracteriza. El dictador influye menos por su genio político que por su sola presencia. Habla y su elocuencia paraliza o destruye las radiaciones hostiles, exacerba las otras, embota el examen y la reflexión, pero suscita, abulta y orienta emociones, pasiones y reflejos. El aparato político canaliza y distribuye las fuerzas vivas así libertadas y

procede por una prolija represión a limpiar el engranaje de múltiples obstáculos capaces de estorbar el funcionamiento por inercia o mala voluntad: la consagración a cualquier otra causa o la tibieza o las consecuencias de un apego excesivo al derecho que cada ser tiende, a pesar de todo, a conservar sobre su conducta, sus sentimientos y sus pensamientos y que lo aconsejan a decidir por sí mismo en última instancia.

Un mecanismo así es tan frágil como temible y sería fácil romperlo con pocos riesgos si todo esfuerzo hecho para anularlo no pareciera justificarlo. Pues la guerra no puede ser llevada contra el sistema sin ser llevada al mismo tiempo contra la nación de la que es estructura, y esa nación atacada, está obligada a reconocer la perfecta aptitud militar de un sistema que desde largo tiempo sacrifica todo a las necesidades bélicas. También, del único punto de vista del éxito, se trata menos, como en una guerra nacional, de destruir los ejércitos del adversario, que de romper un hechizo, de disipar en cierto modo un vértigo, de desembriagar un pueblo, proporcionándole a la fuerza los elementos de información que la fuerza ha puesto fuera de su alcance, favoreciendo la reflexión de que sus jefes la privan, obligándolo a la lucidez cuando se ha habituado al enceguecimiento.

Hay que proceder a la separación de estas parejas en que cada elemento es peligroso y nefasto por su identificación con el otro, en vez de mantener con él una rivalidad fecunda donde colaboran y se oponen a la vez: la autoridad moral y el aparato represivo, el partido y el Estado, la nación y la fe. Prácticamente, ello equivale a poner fin a la simbiosis del dictador que fanatiza la multitud y de la multitud que se dedica en cuerpo y alma al dictador. Sólo así, el mundo se verá librado del peligro que virtualmente pesa sobre él, pues las fuerzas que lo amenazan son el resultado de una combinación tal, que no pueden detenerse sin destruirse, como esos cuerpos que sólo el movimiento mantiene en equilibrio. La nación, lanzada en semejante aventura, no puede renunciar voluntariamente a la conquista que por el momento le es posible. Se encuentra arrastrada por una especie de vértigo que sustituye a la consideración de una obra limi-

tada a efectuarse con previsión y prudencia, y que se desea sólida y duradera, la visión casi alucinatoria de un destino al que se ha precipitado por una presión oscura e irresistible, que se desarrolla sin término fijo y al que acecha sin cesar la catástrofe: Alejandro, Atila o Napoleón en vez de Colbert o de Bismarck.

Conviene pues separar lo que no puede permanecer unido sin peligro para sí y para los demás. Es deseable seguramente que esta dislocación se efectúe lo más económicamente posible y sin resentimiento, con el mismo espíritu con que se procede a una intervención quirúrgica. De hecho, la ausencia presente de odios nacionales —que se creía el resorte pasional de toda guerra— no es uno de los signos menores, como también el que aquellos que están empleados en esta tarea tengan conciencia, esta vez, de obrar menos como partidarios que como delegados a alguna obra de salubridad pública y de higiene general.

No es verosímil que los esfuerzos de años empleados del otro lado en crear lazos de fidelidad o de abnegación, y en grabarlos en la carne y en los nervios, hayan sido absolutamente inútiles. Será difícil hacer comprender a los apasionados otro lenguaje que el de su propia pasión. No debe tampoco esperarse que una tan larga tiranía no haya marcado en la maleable naturaleza humana surcos de docilidad y de automatismo sostenidos por el miedo. Pero si el poder del dictador es hijo de este miedo, es saludable que un miedo mayor haga lo que no es posible obtener del valor y aconseje a los resignados echar abajo la opresión que su miedo ha dejado instalarse y crecer a sus expensas.

Todos, tanto en Alemania como en el resto del mundo, pueden tener razones particulares para combatir el régimen hitleriano: uno defiende contra él su ideal, otro su patria, un tercero su raza o su fe; unos se oponen por interés, otros por convicción. Estos motivos, variables según el caso, son legítimos en su esfera. Pero se suma, fuera de todo sectarismo nacional, moral o doctrinario, la conciencia de que un

sistema colectivo del tipo hitleriano amenaza por naturaleza a cada individuo y a cada comunidad en su independencia y en su integridad. Ante este mecanismo esclavizador que no se justifica a sus propios ojos y no puede continuar viviendo sino de la conquista, que excluye por otra parte del beneficio de la conquista a todos aquellos que el azar no hizo nacer en el seno del grupo privilegiado, no hay más que un camino para quien no tiene cabida en el sistema sino como materia prima de explotación y servidumbre: resignarse a la esclavitud o trabajar, sin esperar que el mal le amenace directamente, a corregir esa extraordinaria desviación del sentimiento nacional que lo expone tarde o temprano a caer bajo la dominación extranjera y a soportar el desprecio de vencedores para quienes el nacimiento, y no el mérito, hace la desigualdad, para quien el pasado da o niega todo al hombre y que, por principio, priva de toda oportunidad a los seres que oprime y a los valores que niega.

La humanidad tiene que curarse (y si es necesario por la amputación) de una enfermedad que sólo ha conocido tres o cuatro veces en el curso de la historia, que no es mortal sino por la complacencia que suscita y que perecerá por sí misma, si se toma la firme resolución de circunscribirla, de aislar la parte gangrenada y de acabar con el foco infeccioso, en vez de dejar la virulencia ganar terreno y aumentar su veneno en todo lo que se le abandona.

ROGER CAILLOIS

ORACIÓN FÚNEBRE DE LOS ATENIENSES¹

Y fué elegido para hablar Pericles, hijo de Jantipo. Luego que llegó la ocasión, pasó del monumento sepulcral a la alta tribuna que se había erigido, para que le oyese toda la muchedumbre posible, y dijo así:

Muchos de los que antes de ahora aquí han hablado elogian por hermosa la ley que ordena pronunciar el discurso sobre los que murieron en la guerra. Mas a mi parecer bastaría mostrar de obra las honras de quienes por sus obras son grandes hombres, como veis que estamos haciendo con estas exequias públicas, y no correr el riesgo de fiar de la elocuencia buena o mala de un solo hombre las virtudes de muchos. Difícil resulta moderar la palabra en cosas donde apenas es segura la apariencia de la verdad, porque el oyente que conoce los hechos y quiere bien a aquél de quien se habla siempre cree que se dice menos en su alabanza de lo que él sabe y querría, y el que no está enterado juzga por envidia que se exagera en cuanto oye decir algo que rebasa su propio temple. Sopórtanse las alabanzas ajenas hasta donde cada cual entiende ser capaz de llevar a cabo algo de lo que ha oído celebrar: si le sobrepasan, siente envidia y no cree nada. Empero, pues nuestros mayores tuvieron por buena tal costumbre, debo también en obediencia a la ley, tratar de acertar cuanto pueda con la voluntad y parecer de cada uno de vosotros.

Comenzaré por nuestros antepasados, que es justo y a la par conveniente en tal punto honrar la memoria de aquéllos que desde un prin-

¹ *Guerra del Peloponeso*, II, 35-46 (traducción de Diego Gracián, retocada por María Rosa Lida).

cipio habitaron esta región, y de mano en mano por su virtud y esfuerzo nos la entregaron libre hasta el día de hoy. Si aquéllos son dignos de loa, mucho más lo serán nuestros padres, que además de lo que recibieron en herencia, no sin fatigas ganaron y nos legaron todo el señorío que poseemos. Y buena parte de él hemos aumentado nosotros mismos, los que al presente vivimos y somos de madura edad, y hemos provisto la ciudad de todo para que se bastara cumplidamente a sí misma en paz y en guerra. Nada diré de las proezas con que hemos conquistado todo nuestro poderío, ni del valor con que nosotros y nuestros padres hemos rechazado a los bárbaros o a los griegos que nos movieron guerra, pues no quiero ser prolijo en cosas que todos sabéis; pero después de explicar con qué conducta hemos venido a este término, y por qué régimen y modos hemos llegado a establecer esta grandeza, pasaré a las alabanzas de aquéllos de quienes debemos hablar, porque entiendo que esta recordación no es fuera de propósito, y que será provechoso oírla a todos los presentes, sean naturales o forasteros.

Nuestra forma de gobierno no emula las leyes de las ciudades vecinas; antes es modelo que copia de las demás. Llámase democracia porque la administración no está en los menos sino en los más; conforme a la ley todos gozan de igualdad en sus diferencias privadas; conforme al valor, a la excelencia en que cada cual descuella, no se prefiere en la cosa pública el rango sino el mérito, ni tampoco se juzga por la pobreza, pues nadie que pueda beneficiar a la ciudad se ve impedido por la tacha de oscuridad de linaje. Vivimos libremente en lo que toca a la comunidad, no menos que en cuanto al recelo de los ciudadanos entre sí en sus acciones cotidianas, sin encolerizarnos con nuestro vecino si vive a su albedrío, ni ponerle semblante airado que, aunque inofensivo, es enfadoso. Sin estar sometidos a obligación en nuestras relaciones particulares, no infringimos las ordenanzas públicas, principalmente por reverencia y por obedecer a los magistrados y a las leyes, sobre todo a las que han sido dictadas en beneficio de los agraviados, y a las que por no estar escritas causan general afrenta al que las quebranta.

Hemos provisto para nuestro espíritu muchos modos de recrearnos de los trabajos: acostumbramos a celebrar certámenes y sacrificios en todo el año, nuestra manera de vida particular es decorosa y el placer diario que estas cosas nos proporcionan ahuyenta los pesares. Merced a la grandeza de la ciudad, todos los productos de la tierra entran en ella, por donde no gozamos con más propiedad de los frutos que cosechamos en nuestros campos que de los bienes de los demás pueblos.

También en los ejercicios de guerra aventajamos a nuestros contrarios. Mantenemos nuestra ciudad abierta a todas las gentes, y jamás arrojamus a un extranjero ni le vedamos aprender o ver algo cuya revelación sería útil al enemigo, porque confiamos menos en los aprestos y ardides de guerra que en nuestro buen ánimo para la acción. Tocante a la educación, ellos se ejercitan fatigosamente desde la primera mocedad en adquirir valor; nosotros, que vivimos holgadamente, afrontamos con no menor resolución idénticos peligros. Ved la prueba: los lacedemonios no invaden nuestro territorio solos sino con todos sus aliados, mientras nosotros hemos invadido el de nuestros vecinos, y muchas veces hemos vencido sin dificultad combatiendo en tierra extraña contra los que defendían sus solares. Ninguno de nuestros enemigos ha acometido jamás a toda nuestra fuerza junta, así por nuestra aplicación a las cosas de mar como por las muchas expediciones que por tierra enviamos a diferentes partes. En viniendo a las manos con alguna compañía de las nuestras, cuando la vencen se jactan de habernos rechazado a todos, y cuando son vencidos, de haber sido derrotados por todos. Si, en efecto, más queremos afrontar los peligros con sosiego que con penosos ejercicios, y con un valor nacido de nuestra naturaleza y no de los dictados de la ley, salimos gananciosos en no cansarnos por anticipado con las aflicciones que nos han de sobrevenir, aunque cuando nos llegan no mostramos menos valor que los que eternamente padecen preparándose para ellas.

Por estas cosas y otras muchas es nuestra ciudad digna de admiración. Amamos la belleza, pero nuestra vida es frugal; amamos las cosas

del espíritu, pero sin caer en la molicie. Usamos de las riquezas más para el momento de aprovecharlas que para vanagloriarnos de ellas de palabra. A nadie es vergüenza confesar su pobreza: vergüenza es no hacer nada por evitarla. Unos mismos hombres atienden a sus negocios particulares y a los públicos, y aún los que se aplican a los diferentes oficios pueden tener conocimiento no escaso de política. Somos los únicos en no considerar inofensivo sino inútil al que no participa de la vida pública. Concebimos proyectos acertados o por lo menos los juzgamos acertadamente, sin creer que las razones dañen a las obras; creemos más bien, que lo que daña es el no haberse instruído con razones antes de poner mano a las obras. Es peculiaridad nuestra el ser muy osados y el razonar sobre lo que emprendemos, mientras a los demás les da osadía la ignorancia, y el raciocinio les hace tardíos. Con justicia, pues, serán tenidos por valientes quienes, conociendo con la mayor claridad los trabajos y dulzuras de la vida, no por eso se apartan de los peligros. En los hechos de virtud nos oponemos a los demás, porque no ganamos amigos recibiendo beneficios sino otorgándolos; y más firme amigo es el que ha hecho un favor y que guarda benignamente a quien le dió el amor que le es debido, mientras que en el favorecido la amistad es menos viva, porque sabe que la retribución de aquel servicio no es favor sino deuda. Somos también los únicos que ayudamos sin reparo a nuestros amigos, no calculando nuestro provecho sino confiando en la liberalidad de ellos.

En suma, afirmo que nuestra ciudad toda es la escuela de Grecia y que, a mi parecer, cada uno de nosotros muestra capacidad para las más diversas formas de acción, a la vez que la mayor soltura y gracia. Que no es esto pasajera jactancia de frases sino verdad real, lo indica la fuerza de la ciudad que por tales modos hemos ganado. Porque entre todas las de hoy es la única que, al marchar a la prueba, deja su fama por debajo de su merecimiento, la única cuyos enemigos no se indignan de recibir reveses de parte de tal contrario, y cuyos súbditos no se duelen de ser regidos por dueños indignos. Manifiesto

nuestro poderío por grandes señales y testimonios, seremos admiración de los hombres de hoy y de los del futuro, sin necesidad de un Homero que nos ensalce, ni de un poeta que con sus versos halague de momento, aunque la verdad desbarate su idea de los hechos. Todo el mar y toda la tierra hemos abierto por fuerza a nuestro valor, y en todas partes hemos erigido monumentos eternos de nuestras bondades y nuestra cólera. Combatiendo por tal ciudad murieron éstos, noblemente resueltos a no verse privados de ella, y los sobrevivientes deben empeñarse todos en luchar por ella.

He sido prolijo al hablar de la ciudad para enseñaros que no peleamos por cosa igual que los otros, que nada semejante poseen, y también para fundar en claros argumentos el panegírico que digo. He pronunciado ya lo más de él; en cuanto a las alabanzas de la ciudad, recordad que las virtudes de estos hombres y de otros tales la han adornado, y que ese discurso no se ajustaría a las acciones de muchos otros griegos. Paréceme que la muerte de éstos es el primer indicio y la última confirmación de la virtud de un hombre. Justo era para los que valían menos que ellos ostentar su hombría combatiendo por la patria, porque ocultando su poquedad con su valor, mayor fué el beneficio que confirieron a la comunidad que el daño que recibieron en particular. De éstos, ninguno flaqueó por anteponer el goce de la riqueza, ni dilató su fin con la esperanza, propia del pobre, de que si huiría aún podría ser rico. Más cuidaron de castigar al enemigo que de ellos mismos, y juzgando al mismo tiempo que era éste el más hermoso de los peligros, resolvieron castigar en él a unos y librarse de otros, fiando de la esperanza lo incierto del éxito, pero estimando que se había de fiar de ellos la acción en el peligro ya inminente. En la idea de que era mejor padecer en la defensa que en la fuga, evitaron fama vergonzosa; resistieron el ataque con sus vidas y en brevísimo instante y sazón, se libraron, no de temor, sino del dominio de la fortuna.

Haciendo así se mostraron por su patria cual convenía que fuesen. Los que quedan deben hacer votos por lograr mayor seguridad con el

enemigo y no pensar siquiera en tener menos ánimo. No miréis las ventajas del valor sólo en este discurso — ¿para qué habría de explicarlas con muchas palabras pues no las conocéis menos que yo, ni para qué ponderaros cuántos bienes trae en sí el rechazar el enemigo? — contemplad más bien día a día en las obras la fuerza de la ciudad y prendáos de ella. Y cuando vuestra patria os pareciere grande, pensad que la ganaron valientes que sabían su deber, llenos de honor en su conducta y que, cuantas veces no dieron cima a una empresa, no por eso quisieron defraudar a la ciudad de su virtud, antes le ofrecieron el mejor escote. Porque dándole en común sus vidas, cobraron en particular gloria que no envejece, y sepultura honrosísima en la que no yacen tan sólo sus cuerpos sino también su fama, para ser eternamente recordada en toda ocasión en obras y palabras. Toda la tierra es sepultura de los varones ilustres; no sólo da señal de ellos el epitafio del sepulcro levantado en la patria: aún en tierra remota vive en cada cual el recuerdo no escrito de su pensamiento más que de sus acciones. Vosotros los imitaréis, y estimando que la libertad es felicidad y la felicidad libertad, no rehuiréis los peligros de la guerra. No es justo que prodiguen su vida los desdichados que no tienen esperanza de bien ninguno, sino aquéllos en cuya existencia es posible todavía un cambio, y en quienes es grandísimo el riesgo si en algo fallan. Porque a un hombre de juicio más le pesa un desastre motivado por su cobardía que la muerte que no siente venir, merced a su valor y a la esperanza por la patria.

Por tanto, no compadezco a los que aquí estáis presentes, padres de estos difuntos; pero sí quisiera consolaros. Criados en diversas vicisitudes, sabéis que es fortuna haber logrado la más alta honra, éstos por la muerte, vosotros por el dolor, y que es fortuna haber sido tal la medida de su vivir que el término de su felicidad es el término de su existencia. Bien sé que es difícil persuadiros a que os resignéis: muchas veces haréis memoria de ellos al ver la felicidad de los demás, felicidad de que en otro tiempo vosotros mismos os habéis engreído; no es dolor

privarse de bienes no probados, sino perder el bien a que se está habituado. Empero, conviene esforzaros con la esperanza de otros hijos, los que estáis aún en edad de engendrarlos, pues los que han de nacer serán para cada uno olvido de los que ya no son, y servirán a la ciudad por dos maneras: no dejándola desolada y trayéndole seguridad, porque no pueden tener igual peso ni igual valor los consejos del hombre que no tiene hijos que arrojar al peligro, a la par de los demás ciudadanos. Aquéllos de vosotros que estáis en años avanzados, pensad que lleváis de ventaja el haber vivido prósperamente la mayor parte de vuestros días, y que esta parte que os queda será breve, y aliviáos con el renombre que vuestros hijos alcanzaron. Para vosotros, los hijos y hermanos que aquí comparecéis, gran certamen veo aprestado. Todos suelen alabar al que ya no existe; en llegando al colmo del valor, apenas os juzgarán no ya iguales sino poco inferiores, pues en vida surge siempre la envidia contra los rivales, mientras se venera con unánime amor al que no está en este mundo. Si algo he de recordar de la virtud de las mujeres que desde ahora quedarán viudas, en breve amonestación lo indicaré todo: para una mujer es gran gloria no mostrar más flaqueza de lo que su natural permite, y dar que hablar entre los hombres lo menos posible, sea en alabanza o en vituperio.

He dicho en este discurso, ordenado por la ley, cuanto me pareció provechoso; de obra, los muertos han recibido sus honras, y además la ciudad criará sus hijos desde ahora hasta que lleguen a la juventud, como corona útil que ofrece a los que han caído y a los que han quedado en tales combates; porque doquiera hay grandes premios para el esfuerzo allí se hallan los varones esforzados. Ahora, pues, que todos habéis llorado a vuestros deudos, volved a vuestras casas.

TUCÍDIDES

Documentos

CONTESTACIONES A UNA CARTA DE OZORIO DE ALMEIDA

“Desde hace años oímos decir que una nueva guerra traería como consecuencia el fin de la civilización o, al menos, de nuestra civilización. En lo que concierne a nosotros, los intelectuales, que consagramos el mejor de nuestros esfuerzos a una obra de solidaridad espiritual, ¿hemos de pensar que nuestro trabajo ha sido vano e inútil y que existen motivos para abandonarlo o para cambiar radicalmente de dirección? ¿Cuál es nuestro deber? ¿Esperar que la ráfaga haya pasado y reconstruir sobre los escombros, o tenemos razón para suponer que nos incumbe reducir al minimum los efectos de las destrucciones, organizar una suerte de defensa pasiva, velar por la conservación de los bienes adquiridos y sostener los principios directores cuyo valor ha sido probado?

“¿Es verdaderamente inevitable el retorno a la barbarie?

“¿Qué papel debe atribuirse a las restricciones de la libertad de pensamiento en la preparación de la guerra? ¿Implican o no un medio seguro de conducir a pueblos enteros a ese estado especial, a la vez moral y material, necesario para su desencadenamiento?”

Estos y otros problemas se analizan en una carta de Miguel Ozorio de Almeida, miembro de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual. La carta del señor Ozorio ha sido comunicada a diversos intelectuales y hombres de ciencia europeos, y las contestaciones, en su idioma original y vertidas a las principales lenguas extranjeras, serán reunidas en un volumen que publicará el Instituto.

El señor H. Bonnet ¹, al enviarle copia de la carta a la Directora de SUR, le

¹ Director del Instituto de Cooperación Intelectual.

ha pedido que —como miembro de dicha Comisión Internacional— elija las figuras argentinas y sudamericanas que deseen participar en este ya tradicional intercambio de “Correspondencias” que viene realizando el Instituto. A continuación transcribimos algunos párrafos de las contestaciones recibidas hasta la fecha en nuestra redacción.

AMADO ALONSO:

Como español de origen, he sido insultado de rojo y perseguido en mi país de adopción con mediana eficacia porque no aceptaba que el totalitarismo de derecha fuera la única salvación contra el totalitarismo de izquierda. Doy gracias a Dios por verlos ahora juntos. ¿Nos querrán todavía hacer pasar que los alemanes son malos por destruir la católica Varsovia, y buenos por arrasar la católica Guernica? El totalitarismo es siempre el mismo: consiste en invadir con el poder estatal los cuerpos y las almas, sin dejar un escondrijo para la vida personal. Los móviles, la soberbia y el miedo. Los medios, el terror y el exterminio de los disconformes. Si la Iglesia o los espíritus religiosos son contrarios, el totalitarismo los aniquila literalmente, como en Rusia o en el País Vasco, o los aplasta y humilla como en Alemania; si la estrategia local lo aconseja, el totalitarismo pacta con la Iglesia como con potencia homogénea, como en Italia, o hasta se hará su paladín, como en España (¡a pesar de Vasconia!). Pero los fines son siempre los mismos: el ejercicio del poder desenfrenado y su máximo goce con el aniquilamiento de la persona. La índole también es siempre la misma: rebeldía y soberbia demoníaca.

Estoy lejos de creer que los gobiernos democráticos hayan establecido sobre la tie-

rra la Ciudad de Dios. Tampoco me quiero engañar con la conveniente ficción de que Francia e Inglaterra son un doble San Jorge que vaya a matar al dragón en la pura defensa de la humanidad amenazada. Por desgracia, ya hemos visto cómo son capaces de entretener al dragón, mientras así les ha convenido, alimentándolo con carnaza española. Pero, en fin, me felicito de que los intereses materiales de Francia e Inglaterra coincidan esta vez con los intereses espirituales del mundo, y creo que sería una catástrofe sin igual en la historia si no llegaran a triunfar.

Ansío, pues, una solución de la guerra que garantice en el mundo, y en especial en nuestras impresionables repúblicas americanas, un régimen de convivencia que respete los fueros internos de la persona. Y esta fortuna que deseo para mí la deseo con la misma ansia para Alemania, no sólo porque este bien es tanto mayor cuanto más es compartido, sino porque no puedo pensar en una Alemania en abstracto. Alemania para mí está formada, como Inglaterra, como Francia también, por los muchos amigos que allí tengo, por los muchos admirados artistas y sabios del presente y del pasado a quienes tanto debe el mundo, y por sus connacionales; y pienso que los alemanes constituyen un gran pueblo en el que todos están sufriendo en sus almas y en sus cuerpos, excepto los que se han organizado en poder para

tiranizar a los demás alemanes y para llevar el terror de su dominio a los demás pueblos que no sean lo bastante fuertes para resistirlos por las armas.

AUGUSTO JOSÉ DURELLI:

Existe por derecho natural una comunidad entre todos los países del mundo. Esa comunidad es de derecho natural, como la nación es de derecho natural, como la familia es de derecho natural. El que durante siglos esa comunidad no haya tenido expresión jurídica, y que el primer ensayo para darle esa expresión haya sido un fracaso, en nada invalida las leyes grabadas en la naturaleza del hombre.

Dado que la solidaridad entre todos los miembros es una condición vital del funcionamiento de toda comunidad, si realmente todos los países pertenecen a la misma sociedad o comunidad humana, nada, absolutamente nada que afecte a uno de los miembros de esa sociedad puede ser indiferente a los otros miembros y a la sociedad misma.

Se podría llegar a aceptar que dadas ciertas circunstancias de hecho, ausencia de una sociedad jurídica por ejemplo, o falta de conciencia humana universal en los pueblos, la disputa por cuestiones de poca importancia internacional entre dos miembros de la comunidad puede dejar, sino espiritualmente indiferentes, por lo menos con los brazos cruzados a los otros miembros de la comunidad.

Pero cuando la lucha afecta a los países fuente misma de la civilización, y cuando el objeto de esa lucha es la existencia misma de una posibilidad de vida humana para la humanidad, la no intervención de los otros miembros de la comunidad en esa lucha es un absurdo. Es un suicidio ante todo, por-

que el triunfo de las fuerzas antihumanas significará la muerte segura. Pero es más que una falta contra la propia conservación y contra un bien entendido egoísmo. Es un absurdo, un pecado contra la naturaleza misma. Un pecado mortal para la naturaleza espiritual de las personas humanas y para su comunidad.

No basta que los escritores del mundo digan que no son indiferentes ante el asesinato. Es necesario que los escritores del mundo preparen sus propios países para que intervengan vital y totalmente en contra del asesinato.

Es cierto. No se puede ir a la guerra si no se tiene conciencia clara de ella. Un país no puede ir a la guerra si su pueblo no conoce antes los motivos de su sacrificio y si no llega a dar su adhesión íntima y profunda a la causa del espíritu que debe defender. Pero sería muy cómodo para los escritores el derramar ríos de tinta con el fin de probar que no son "indiferentes", mientras nada hacen para no seguir siendo "neutrales".

Cuando la causa de la humanidad está en juego, la neutralidad es un premio a la fuerza de la bestia desatada. Y es la actitud cómoda del burgués que dejó crucificar a Cristo, porque quizás no fuera Él la Verdad.

La verdad existe. Humana, llena de imperfecciones, contaminada seguramente. Pero existe. Y el crimen también existe; con excusas seguramente, mezclado con parte de verdad, pero es el crimen.

Y si el primer deber del escritor es no ser "indiferente", si el segundo deber es no ser "neutral"; el tercero es el saber hacer la guerra del espíritu, y no la guerra del odio.

Hay que llevar a la humanidad entera a

que intervenga contra los asesinos, pero la más mínima partícula de odio y la menor injusticia son una concesión a la mentira, y origen de nuevos crímenes.

La suprema obligación del escritor es trabajar desde ya, hoy, para que se sea justo y caritativo con el enemigo.

●

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA:

Siglo y medio tiene nuestra devoción a Francia. No creo que nos hayamos equivocado en la elección: de Francia hemos recibido lecciones de razón, de trabajo, de libertad, de humanidad, en suma. Cuando Francia se ha dividido, hemos dedicado nuestras preferencias a su parte mejor: a Victor Hugo contra Napoleón III (hablo de símbolos). Hasta el hombre frívolo busca en Francia la compensación para la tiranía de costumbres demasiado opresoras en nuestras tierras.

Ahora, como en 1870, como en 1914, nuestras simpatías van hacia Francia, porque queremos que con ella se salve la más humana de las civilizaciones modernas, la que más concede al individuo, hasta donde lo permite la imperfección de nuestro envejecido sistema social y económico, la que da ejemplo de cómo la tolerancia bien medida hace cómoda y racional la existencia, la que realmente cree en la igualdad fundamental de los hombres, es decir, en que todo hombre lleva dentro de sí, en acto o en potencia, una persona, capaz de desarrollo y digna de respeto.

●

EDUARDO MALLEA:

Hace menos de seis meses decía yo en esta misma Revista y en una carta a Montherlant:

"He aquí lo que esperamos, algunos hombres, de Francia: su gran lección de *no-comicidad*. Yo creo también que esto es lo mejor que lleva América incubado en su sangre. Su dolor y su risa son sólidos y corpóreos. Detrás de cada una de sus aventuras está el cuerpo. Lo propio de América es responder con su cuerpo; gran parte del desprecio de muchos europeos no es más que un despecho frente a esta calidad".

No es —para mí no lo es— cómodo citarse. Lo es un poco más cuando se trata de recapitular los tiempos constantes de un acuerdo, cuando se trata de establecer el origen antiguo de una consecuencia, de una correspondencia. Yo estoy lleno, no de palabras, sino de silencio, ante el modo como ha escogido Francia su parte de martirio. Es justamente —callada— su cuerpo, lo que ha ofrecido a la vieja pira de Rouen. No palabras, no actitudes: su cuerpo.

En Francia comienza la isla moral en que yo quisiera ver a América fertilizada. En Francia, en ese país de cuya sangre renace de tiempo en tiempo —y gracias a ella— el sobrio resplandor humano donde van a regularse al fin los excesivos modos y los pobres, dementes enfatismos. En ese país de moral desnuda; digno, casi invisible en el sufrimiento; y en cuya piel muestra a cada rato el destino de nuestra especie que desde una carne atacada y desde una herida abierta, habla en este mundo lo justo su voz de combatiente.

●

SEBASTIÁN SOLER:

Si una visión más que panorámica, estelar de la historia nos muestra el triunfo espiritual a través de amplios ciclos, esos ciclos de avance y retroceso exceden en mucho la

vida del hombre; el espíritu vence siempre, pero el hombre sólo algunas veces. La humanidad ha salido de cavernas mucho más sombrías que las actuales trincheras subterráneas o que la obscuridad impenetrable de la prensa totalitaria. Ha salido, pero a la larga y tras el curso de muchos sufrimientos. Transitoriamente, precariamente, si se quiere, es posible contener, sofocar. Nada me parece de más dolorosa evidencia en la historia de nuestro tiempo que la demostración casi geométrica de esa posibilidad técnica de oprimir el espíritu. El proceso ha sido estudiado con toda perfección en sus menores detalles, y se apoya en un principio psicológicamente profundo. Usando de una metáfora biológica podríamos decir que el espíritu humano es una fuerza dotada de un irreprimible impulso trófico; necesita de continuo materiales de absorción, alimentos, y si no tiene a su alcance agua limpia y pan blanco, toma lo que encuentra, especialmente palabras, papeles, mentiras, mitos, cualquier cosa que tenga poder de exaltación, de fermentación. Ese poder psicológico lo tienen sobre todo los mitos y las ideas mágicas por la extensa zona indiferenciada de resonancias espirituales que conmueven y, con ello, satisfacen. *Wo keine Götter sind, walten Gespenster*, dice Novalis: donde no hay dioses, mandan fantasmas. Pero esos fantasmas, esos mitos que antes eran una flor selvática, son ahora productos depurados, seleccionados y maliciosos de invernadero. Se balancean y dosan cuidadosamente las falsas informaciones, se buscan las palabras más hermosas con los más bajos designios (*Lebensraum*, Comité de no-intervención) y esa actividad educativa es desarrollada desde arriba, con poderosos medios de difusión, para crear mitos de efec-

tos previstos y duración calculada. (Mussolini, apologista de la violencia y héroe de la paz; Molotof, lamentándose *hitlerianamente* por las minorías nacionales oprimidas en el extranjero). En todo ese juego, para nada entra la verdad, ni la justicia, ni la libertad, ni la pulcritud, ni el amor al prójimo; sólo vale el poder que, por detrás del aparato de mentiras calculadas, eficaces para los simples, hace sentir a los irreductibles el dilema de la claudicación o el heroísmo. Esto es el cien por cien de la política materialista, mal llamada realista, practicada desde Moscú hasta Roma, y en ésta no solamente desde el Palacio de Venecia; alguien que no es el Duce habló allí de la "noble rebelión" que ametrallara a las poblaciones civiles y después lloró candorosamente el bombardeo de Varsovia.

Esta política es directamente antiespiritual y entraña desprecio hacia la persona humana, pues se organiza aristocrática o jerárquicamente de modo que sólo algunos conocen la verdad y tienen siempre razón. La inteligencia de los demás puede ser empleada, como medio reaccional calculado, para el logro de efectos mecánicos predeterminados que nada tienen que ver con la verdad o el error. La reacción lógicamente necesaria no interesa como juicio sino como actitud, pues la opinión pública no está determinada por hechos sino por informaciones.

Piénsese ahora en la debilidad natural del espíritu humano, en las acechanzas del error a que está expuesto el hombre, aun cuando trabaje en las mejores condiciones, con una información correcta; considérese la sólida base de buena fe común y el amoroso cuidado del cual nacen los productos depurados del espíritu, los siglos de labor necesarios para la conquista de una verdad pe-

queña, y se advertirán los peligros inmensos de aquella política y la magnitud del deber que ella plantea a los intelectuales.

La labor no ha sido suficiente; nunca lo es, y hoy menos que nunca. Nadie tiene ese deber de cuidado y enriquecimiento de la vida espiritual tan claramente señalado como los intelectuales; ellos son los que deben "velar para la conservación de los bienes adquiridos y sostener los principios directores". Y los intelectuales han de cumplir esa función no por sentido de aristocracia, sino por amor y solidaridad humana; no para contribuir a la formación de un rebaño sino de una comunidad. Si no logran hacer de las ideas estados de conciencia colectiva, si no hacen sentir hondamente que los valores de la cultura no son un saber esotérico sino substancia vital y destino humano, el espíritu sufrirá nueva opresión, porque solamente el fervor de todos y especialmente el de los humildes, el heroísmo anónimo, podrá salvarnos. Hay muchas torres de marfil culpables del estado de opresión y agresividad desesperada en que han caído pueblos indudablemente nobles.

LUIS EMILIO SOTO:

¿Qué nos separa a los americanos de la vieja Europa otra vez humeante? La ley de neutralidad, es decir, una ficción del derecho que quieren reducir a polvo las dictaduras, con su vesánico apetito de poder. De ahí la oportunidad del desesperado alerta que formula Ozorio de Almeida. Su alegato es concreto y preciso. Los tratados ya no sirven para nada si detrás de ellos no hay una

línea Maginot; pero este baluarte tampoco resulta inexpugnable si no se apoya en una conciencia colectiva, donde el sentimiento nacional no responda a exclusivismos imperialistas o racistas, sino a intereses universales de justicia y de bien común.

En Europa, el avasallamiento de varias soberanías es ya un hecho consumado, doctrina que el totalitarismo presenta como un sucedáneo del derecho. Los pueblos del viejo mundo se han dividido en dos grupos: unos son llevados ciegamente al desangradero por el despotismo; otros como Francia, y también Inglaterra, saben adónde van y por qué van; marchan al frente convencidos de que defienden las normas elementales de la convivencia civilizada, así de las comunidades como de los individuos. Más aún: saben que les espera una guerra redentora y aspiran a emancipar a los pueblos, ocasionalmente adversarios, de los dictadores cuyo afán de perpetuarse en el poder los ha empujado a esta conflagración. Tal identificación de la masa con los ideales de las clases cultas explica la actitud de los intelectuales, quienes, sin renunciar a su cometido específico, luchan en igualdad de condiciones.

Otra es la misión de los pensadores y artistas en los países donde se ha decretado la neutralidad y, particularmente, en esta parte de América. Por eso, el mensaje de Ozorio de Almeida debe meditar con singular detenimiento. Lo que en Europa ha ocurrido puede repetirse en estas latitudes en que el impulso primario obra a flor de piel. Ofrecemos un terreno propicio para las exaltaciones fáciles, para los movimientos demagógicos, para el entronizamiento de los llamados gobiernos fuertes cuya concomitancia con el totalitarismo europeo puede es-

capar incluso a sus promotores; no se diga ya al hombre de la calle. Añádase la escasa tradición que la cultura tiene en América y se comprenderá fácilmente el peligro, nada utópico, que señala Ozorio de Almeida: el retorno a la barbarie, la repetición del grito: "¡Muera la inteligencia!".

Es en estos países americanos, sobre todo, donde menos debe ser restringida la libertad de pensamiento y de conciencia. Cuanto más públicamente sean debatidos y expuestos los problemas, el confusionismo dirigido

dispondrá de menor campo de acción. Al situarnos en la línea de la democracia, podemos decir de nuevo que todavía formamos parte del Imperio Romano y, por lo tanto, invocar los principios de claridad y de orden.

Constituimos pues su retaguardia y en ella es donde el intelectual tiene a su cargo una función teórica de "limpieza" o sea de esclarecimiento y puntualización con respecto a la propaganda ideológica, así como de rectificación frente al planteo tendencioso de los hechos y los problemas.

INDICE

LA GUERRA

	Pág.
Vísperas de guerra, por <i>Victoria Ocampo</i>	7
Los límites de la teoría, por <i>Francisco Romero</i>	20
Ensayo de imparcialidad, por <i>Jorge Luis Borges</i>	27
Posición del escritor frente a la actual guerra europea, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	30
La balanza y la espada, por <i>Rafael Pividal</i>	36
Hitler corre el amok, por <i>Enrique Anderson Imbert</i>	41
Los intelectuales y la guerra europea, por <i>Patricio Canto</i>	46
TESTIMONIO FRANCÉS, por <i>R. C.</i>	51
La guerra en las conciencias, por <i>Jean Cazaux</i>	53
Condición del reservista, por <i>A. M. Petitjean</i>	78
Naturaleza del hitlerismo, por <i>Roger Caillois</i>	93
Oración fúnebre de los atenienses, por <i>Tucídides</i>	108
DOCUMENTOS: Contestaciones a una carta de Ozorio de Almeida	115
Amado Alonso	116
Augusto José Durelli	117
Pedro Henríquez Ureña	118
Eduardo Mallea	118
Sebastián Soler	118
Luis Emilio Soto	120

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921

Título de marca N° 159.486.

ESTE SEXAGÉSIMO PRIMER NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA Y UNO DE OCTUBRE DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE,
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

cocina eléctrica cocina PERFECTA



La COCINA ELECTRICA es la más cómoda, económica e higiénica. Permite preparar rápidamente y con éxito, cualquier plato o postre. Deja más tiempo libre a la dueña de casa. Evita el humo, el hollín, las cenizas... Funciona con sólo dar vuelta una llave. Su consumo goza de una tarifa especial, reducida.



COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 812

y Sucursales en Capital y Provincia

U. T. 35, Libertad 3001



FUNDADO EN 1822

EL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ofrece los servicios de su sección

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

la que además de la función inherente a su especialidad, se ocupa de la colocación de dinero en hipoteca por cuenta de terceros, de los cobros de pensiones y jubilaciones, etc. Atiende tanto a los propietarios radicados en ésta, como a los que se ausentan del país.

CASA MATRIZ — LA PLATA
AVENIDA ING. LUIS MONTEVERDE 726

CASA CENTRAL — BUENOS AIRES
CALLE BAL. MITRE 451-457 — SAN MARTIN 241-253

84 SUCURSALES EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
10 AGENCIAS EN LA CAPITAL FEDERAL

Beba siempre

COPELINA

A G U A
M I N E R A L
N A T U R A L

ACABA DE APARECER:

SOLEDAD, SOLEDADES...

POR

JUAN BAUTISTA MIHURA

Un poema donde se describen
las sucesivas etapas de la
creación estética.

Editor: DOMINGO VIAU & Cía.
FLORIDA 530

En venta en todas las librerías

Precio del ejemplar: \$ 2.50 m/n.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Para conocer en sus orígenes y desarrollo los actuales acontecimientos europeos deben leerse los siguientes libros:

THOMAS MANN:	m\$n.
EL TRIUNFO FINAL DE LA DEMOCRACIA	1.50
NORMAN ANGELL:	
LA PAZ Y LOS DICTADORES	4 —
MANDIN, DURET, PERRIN, DESCAGES, CRÉMIEUX, SERGE, ROSSI Y CASSOU:	
HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES	4 —
IGNAZIO SILONE:	
LA ESCUELA DE LOS DICTADORES	3 —
BERTRAND RUSSELL:	
EL PODER EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS	4 —
NICOLAS BERDIAEFF:	
LAS FUENTES Y EL SENTIDO DEL COMUNISMO RUSO	3 —
MANUEL AZAÑA:	
LA VELADA EN BENICARLÓ	2.50
CHARLES SEIGNOBOS:	
HISTORIA COMPARADA DE LOS PUEBLOS DE EUROPA ..	6 —
CARLOS VAZ FERREIRA:	
SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES	2.50
JACQUES MARITAIN:	
ACCIÓN CATÓLICA Y ACCIÓN POLÍTICA	3 —

PRÓXIMAMENTE:

EMIL LUDWIG: HITLER, MUSSOLINI Y STALIN.
D. STURZO: LA MORAL Y LA POLÍTICA.
GILBERT MURRAY: LIBERALISMO Y CIVILIZACIÓN.
AUGUSTO J. DURELLI: EL NACIONALISMO ANTE EL CRISTIANISMO.



Pida nuestro nuevo catálogo. Adquiera estos libros en todas las buenas librerías o en:

EDITORIAL LOSADA, S. A.

TACUARI 483

BUENOS AIRES

HEMOS *adquirido* PRESTIGIO

como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ
al servicio del libro

PERU 666 • BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

EDICIONES SUR

Los católicos, la política y el dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

• (\$ 2.50 m/n.)

VIAJE OLVIDADO

por

SILVINA OCAMPO

Imaginación y lirismo, novedad y gracia de expresión se alían en las páginas de este primer libro, auténtica revelación de un valor nuevo en las letras argentinas.

• \$ 2.— m/n.

SUR

SUMARIO DEL Nº 60

NUESTRA ACTITUD ☆ VICTORIA OCAMPO:
Camino a Sarrebrück ☆ CARLOS ALBERTO
ERRO: La Argentina frente a la nueva guerra ☆
ROGER CAILLOIS: La pampa ☆ MARÍA LUISA
BOMBAL: El árbol ☆ JEAN ROSTAND: Heren-
cia y racismo ☆ NOTAS ☆ Los LIBROS por *Emile*
Gouiran, Roger Caillois, Enrique Anderson Imbert,
Rafael Dieste, Jorge Luis Borges, Francisco Luis
Bernárdez y J. E. P. ☆ V. O.: José Ortega y Gasset
☆ AUGUSTO J. DURELLI: Los cristianos y el
reposo ☆ JUAN MARINELLO: Una imprenta di-
ferente ☆ CRÍTICA DE ARTE ☆ JULIO E. PAYRÓ:
Exposición de pintura francesa ☆ CINEMATÓ-
GRAFO ☆ J. L. B.: "Prisioneros de la tierra" ☆
CALENDARIO.

Algunas publicaciones de SUR

SIR A. S. Eddington

LA NATURALEZA DEL MUNDO FÍSICO

Conde de Keyserling

DEL SUFRIMIENTO A LA PLENITUD

Alain Fournier

EL GRAN MEAULNES

Luis Emilio Soto

CRÍTICA Y ESTIMACIÓN

Eduardo González Lanuza

LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

León Chestov

LAS REVELACIONES DE LA MUERTE

Pierre-Henri Simon

LOS CATÓLICOS, LA POLÍTICA Y EL
DINERO

Roger Caillois

EL MITO Y EL HOMBRE

S U M A R I O

LA GUERRA

VICTORIA OCAMPO: Vísperas de guerra ☆ *FRANCISCO ROMERO*: Los límites de la teoría ☆ *JORGE L. BORGES*: Ensayo de imparcialidad ☆ *E. GONZÁLEZ LANUZA*: Posición del escritor frente a la actual guerra europea ☆ *RAFAEL PIVIDAL*: La balanza y la espada ☆ *E. ANDERSON IMBERT*: Hitler corre el amok ☆ *PATRICIO CANTO*: Los intelectuales y la guerra europea ☆ *TESTIMONIO FRANCÉS* ☆ *JEAN CAZAUX*: La guerra en las conciencias ☆ *A. M. PETITJEAN*: Condición del reservista ☆ *ROGER CAILLOIS*: Naturaleza del hitlerismo ☆ *TUCÍDIDES*: Oración fúnebre de los atenienses ☆ *DOCUMENTOS* ☆ Contestaciones a una carta de Miguel Ozorio de Almeida.

O C T U B R E D E 1 9 3



H0006492

S1CJ.14.4.4

\$ 1.-